

Universidad Autónoma de Querétaro  
Facultad de Psicología y Educación  
Maestría en Psicología Clínica

LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA: UNA  
APRECIACIÓN SOBRE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

**TESIS**

Que como parte de los requisitos para obtener el Grado de  
Maestra en Psicología Clínica

Presenta

Lic. Karla Michael Mora González

Dirigido por:

Dra. Nubia Carolina Roveló Escoto

La presente obra está bajo la licencia:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

### Usted es libre de:

**Compartir** — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

### Bajo los siguientes términos:



**Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.



**NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



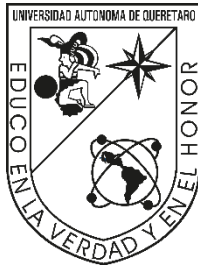
**SinDerivadas** — Si [remezcla, transforma o crea a partir](#) del material, no podrá distribuir el material modificado.

**No hay restricciones adicionales** — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas](#) que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

### Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una [excepción o limitación](#) aplicable.

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.



Universidad Autónoma de Querétaro  
Facultad de Psicología y Educación  
Maestría en Psicología Clínica

LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA: UNA  
APRECIACIÓN SOBRE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

**TESIS**

Que como parte de los requisitos para obtener el Grado de  
Maestra en Psicología Clínica

Presenta  
Lic. Karla Michael Mora González

Dirigido por:  
Dra. Nubia Carolina Roveló Escoto

**SINODALES**

Dra. Nubia Carolina Roveló Escoto  
Presidenta

\_\_\_\_\_  
Firma

Dra. Sonia Sujell Velez Baez  
Secretaria

\_\_\_\_\_  
Firma

Dra. Araceli Gómez García  
Vocal

\_\_\_\_\_  
Firma

Mtra. Jazmín Agreda Ríos Correa  
Suplente

\_\_\_\_\_  
Firma

Mtro. Germán Rodríguez Sánchez  
Suplente

\_\_\_\_\_  
Firma

## RESUMEN

El análisis con perspectiva de género ha permitido introducir una mirada distinta a diversos fenómenos en el campo social actual que permanecieron invisibilizados por la concepción androcéntrica del sujeto, particularmente a aquellos referentes a las distintas violencias ejercidas sobre las mujeres. En lo que refiere al campo psicoanalítico, son diversas las revisiones críticas que han sometido a discusión sus hipótesis sobre la sexualidad femenina, la subjetividad y la alteridad, así como la presencia de sesgos sexistas en sus teorías; sin embargo, poco se han explorado las repercusiones que tal revisión teórica tendría en la práctica clínica y donde además se cuestione la posibilidad de una neutralidad en el ejercicio analítico. En la presente investigación utilizaremos el método cualitativo mediante un estudio exploratorio a través del análisis discursivo en publicaciones de psicoanalistas que aborden casos clínicos de mujeres que han experimentado violencia de género, con el propósito de identificar los sesgos que atraviesan la escucha y sus consecuencias en la práctica según el marco referencial del analista. Con este trabajo se busca aportar a discusiones actuales sobre la supuesta neutralidad del analista y la posibilidad de enriquecimiento del campo psicoanalítico a través de la integración interdisciplinaria y la perspectiva de género.

**Palabras clave:** perspectiva de género, psicoanálisis, violencia de género, neutralidad analítica, análisis discursivo.

## SUMMARY

Analysis from a gender perspective has made it possible to introduce a different perspective on various phenomena in the current social field that remained invisible due to the androcentric conception of the subject, particularly those related to the various forms of violence against women. As far as the psychoanalytic field is concerned, there are several critical reviews that have discussed its hypotheses on female sexuality, subjectivity and otherness, as well as the presence of sexist biases in its theories; however, little has been explored the repercussions that such a theoretical review would have on clinical practice and where the possibility of neutrality in the analytical exercise is also questioned. In the present research we will use the qualitative method by means of an exploratory study through discursive analysis in publications of psychoanalysts who deal with clinical cases of women who have experienced gender violence, with the purpose of identifying the biases that cross the listening and its consequences in practice according to the analyst's referential framework. This work seeks to contribute to current discussions on the supposed neutrality of the analyst and the possibility of enriching the psychoanalytic field through interdisciplinary integration and the gender perspective.

**Keywords:** gender perspective, psychoanalysis, gender-based violence, analytical neutrality, discourse analysis.

## **DEDICATORIA**

*A todas las que, sin saberlo, con sus luchas despertaron en mi la urgencia por realizar este trabajo.*

## **AGRADECIMIENTOS**

A la Universidad y a la Coordinación de la Maestría en Psicología Clínica por el espacio formativo que hizo posible este trabajo.

A la Dra. Nubia Carolina Rovelo Escoto, por su confianza en este proyecto y su acompañamiento riguroso, por su generosidad al compartir las observaciones que enriquecieron este trabajo.

A las y los docentes que, a lo largo del programa, ampliaron mi mirada clínica y sostuvieron preguntas que hoy atraviesan estas páginas.

A mi familia, la de sangre y la elegida, por el sostén constante y la paciencia en los tiempos de escritura, por escuchar, acompañar y recordarme la importancia de este trabajo.

A las mujeres cuyas historias de vida han interpelado mi quehacer clínico y para quienes es el fruto de este esfuerzo académico.

## Índice.

<b>I. Introducción / planteamiento del problema y justificación.....</b>	<b>10</b>
Introducción.....	10
Planteamiento del problema.....	12
Pregunta de investigación .....	13
Supuesto.....	13
Justificación.....	14
<b>II. Objetivos .....</b>	<b>19</b>
General: .....	18
Específicos: .....	18
<b>III. Antecedentes/estado del arte.....</b>	<b>19</b>
Antecedentes .....	19
Estado del Arte .....	26
<b>IV. Metodología.....</b>	<b>33</b>
<b>V. Fundamentación teórica .....</b>	<b>34</b>
5.1 Los sesgos androcéntricos y sexistas en la teoría freudiana .....	34
5.1.1 La vagina freudiana.....	40
5.1.2 La mujer, considerada como un hombre castrado .....	50
5.2 Algunos efectos del androcentrismo y sexismo en la clínica freudiana ....	58
5.2.1 Bertha Papenheim (Anna O). .....	59
5.2.2 Ida Bauer (Dora).....	63
5.2.3 Aurelia Ohm (Katharina).....	70
5.2.4 Más que objetos de estudio .....	75
5.2.5 La feminización de la histeria .....	78
5.3 Algunos efectos de la práctica psicoanalítica sin perspectiva de género en analizantes con vivencias de violencia de género.....	89
5.3.1 Las histéricas.....	91
5.3.2 Las provocadoras .....	95
5.3.3 Las Cassandras.....	97

5.3.4 Las masoquistas.....	101
5.3.5 Las salvadoras.....	106
5.4 La práctica psicoanalítica con perspectiva de género y sus efectos en analizantes que han padecido violencia de género.....	114
5.4.1 Sobre el complejo edípico.....	115
5.4.2 Sobre la pasividad femenina .....	116
5.4.3 El caso de una psicoanalista con perspectiva de género .....	119
<b>VI. Resultados y discusión.....</b>	<b>123</b>
Resultados.....	123
Discusión .....	125
<b>VII. Conclusiones.....</b>	<b>129</b>
<b>VIII. Referencias .....</b>	<b>132</b>

## Índice de cuadros

Cuadro 1. Comparación de las fantasías eróticas que acompañaban la masturbación en pacientes hombres y pacientes mujeres en el artículo Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919), según las tres fases descritas por Freud.....	43
Cuadro 2. Contribuciones epistemológicas al psicoanálisis de las pacientes de Estudios sobre la histeria.....	77

## Índice de figuras

<b>Figura 1.</b> Concepciones sobre las mujeres que experimentan violencia de género. .....	111
--	-----

## Índice de Imágenes

Ilustración 1 La bendición [óleo sobre tela] .....	38
Ilustración 2 Sansón and Dalia [óleo sobre tela].....	39
Ilustración 3 Edipo y la esfinge [óleo sobre lienzo].....	51
Ilustración 4 Fotografía de Bertha Pappenheim a los 22 años.....	61
Ilustración 5 Fotografía de Ida Bauer (Dora).....	68
Ilustración 6 El transporte de prostitutas al Hospital La Salpêtrière óleo sobre lienzo].....	83
Ilustración 7 Augustine fotografiada por Regnard, en la publicación médica "Iconographie Photographique de la Salpetriere".....	85
Ilustración 8 Performance de Peter McCain y Stella Maclaine.....	87

# **I. Introducción / planteamiento del problema y justificación**

## **Introducción**

La perspectiva de género ha permitido distinguir sesgos que persisten en numerosas disciplinas, entre estas el psicoanálisis, que como campo disciplinario no ha quedado exento de tales diálogos, desde críticas hasta puntos de convergencia, pues se reconoce que como teoría del psiquismo produce subjetividad y tiene una participación activa en la conformación de la realidad y sus interpretaciones. Por ello, vale la pena realizar un análisis desde la perspectiva de género de su corpus teórico, así como de su dispositivo clínico. Para esta investigación nos enfocaremos en los aportes que se centran en exponer cómo repercuten las teorizaciones psicoanalíticas que son androcéntricas y heteronormadas en la práctica clínica.

Desde las ciencias sociales se reconoce la importancia de la perspectiva de género, en tanto que se le problematiza como una categoría histórica (Hernández, 2006), que es cambiante según las determinaciones de la época y que posibilita, además, la participación de otras categorías, que se han analizado desde la teoría interseccional, como la etnia de pertenencia, la clase socioeconómica, la localización geográfica, etc. Esto ha complejizado los abordajes de sus objetos de estudio, que comprenden a otras personas y a sus subjetividades.

Este enfoque sociohistórico e interseccional que nos posibilitan los estudios de género, parece no haber sido lo suficientemente explotado en el campo psicoanalítico, pues pareciera que su objeto de estudio, el psiquismo, se sigue interpretando con sesgos de género y de invisibilización de las opresiones y privilegios, muestra de ello es el abordaje de la diferencia sexual que continúa con la tradición heteronormativa.

Para los estudios de género un tema de interés es la violencia sistémica, entendiéndola como aquella que se ejerce a través de las prácticas y discursos normativos afectando a colectivos subordinados y cuyas raíces se encuentran en las condiciones materiales de un sistema sociocultural que posibilita esta violencia, le da sentido, la encubre y por lo tanto, el ejercicio de la violencia no puede atribuirse a una persona en concreto, pues participan varios actores con su silencio, sus aplausos y su complicidad (Martínez y Cabezas, 2022).

Por su parte, el psicoanálisis pocas veces perfila a la violencia como un eje relevante en la distinción sexo-género, aun cuando la violencia es reconocida como un síntoma predominante en nuestra contemporaneidad, síntoma que se presenta en lo cotidiano incluso cuando la violencia no se ejecuta, pues se trata de una amenaza constante en nuestra existencia (Ons 2009).

En cuanto a las relaciones desiguales de género, se puede encontrar aportes recientes como la de la psicoanalista Irene Fridman (2020) quien reconoce que, aunque el psicoanálisis se ha ocupado de la descripción de las construcciones subjetivas diferenciadas por género, también ha tenido un efecto prescriptivo en estas.

## Planteamiento del problema

Las mujeres académicas del psicoanálisis y otras disciplinas se han ocupado de la revisión de este efecto prescriptivo y de los sesgos androcéntricos que se presentan en algunos desarrollos teóricos del psicoanálisis. Silvia Ons (2016), señala que la mujer que aparece en las teorías es producto de una dominación sexista en el interior de los campos de saber, donde ocurre una racionalización de relaciones de poder y donde se arroja una construcción social específica de lo femenino.

Esta crítica al androcentrismo<sup>1</sup> no es nueva, pues Luce Irigaray (2007) señalaba que, cualquier teoría de sujeto había sido construida en orientación a lo masculino, donde el Uno neutro es masculino y lo femenino es una alteridad indefinible por sí misma por lo que para la autora, el estudio de la feminidad había sido sesgada y privada de su autodeterminación.

Este sesgo teórico tendría efectos en el ejercicio clínico, pues actualmente resulta común encontrar en la clínica psicoanalítica interpretaciones a los discursos, especialmente los que provienen de mujeres analizantes que hablan sobre las experiencias de violencia que han sufrido, que están relacionadas a rivalidades edípicas, al complejo de Edipo no resuelto, la negación de la castración, los deseos incestuosos, el masoquismo femenino, etcétera. Tales interpretaciones pueden incluso sesgar las causas de la violencia que padecen las personas analizantes, pues se les puede dar el peso de la responsabilidad de estos actos u omisiones a cuestiones individuales de quien las experimente (Horney, 1970, Dio Bleichmar, 1997, Errázuriz, 2012, Bochar, 2016), y con ello revictimizando a la persona que lo padece.

Por ello, existe la necesidad de repensar la teoría, el método y las técnicas psicoanalíticas en función de los sesgos revictimizantes en el complejo de Edipo sin resolver, el masoquismo

---

<sup>1</sup> La Comisión Interna para la Igualdad de Género de la DGBSDI, UNAM (s. f.) define el androcentrismo como “lo masculino como medida de todas las cosas y representación global de la humanidad, ocultando otras realidades, entre ellas, la de las mujeres” (párr. 1). Además, refiere que las prácticas androcéntricas están presentes en todas las sociedades, siendo algunas de las expresiones más relevantes, en el lenguaje y los sesgos epistemológicos de la investigación.

femenino o la negación de la castración, que se van reconociendo y que están asociados con la pretensión de conformar una disciplina a la altura de la subjetividad de nuestra época (Rutenberg, 2022), es decir, implica su fortalecimiento como campo de estudio en tanto que se legitima con la autocrítica y rechaza la tradición dogmática, que no contradecía y seguía fielmente a Freud y a otros psicoanalistas y sus seguidores, para buscar otras posibles explicaciones a los conceptos y teorías que éstos desarrollaron sobre el psiquismo, la sexualidad y el género con las limitaciones y prejuicios del momento histórico.

## **Pregunta de investigación**

¿Cómo incide la perspectiva de género en la dirección de la cura psicoanalítica con mujeres analizantes que han experimentado violencia de género?

## **Supuesto**

La incorporación de la perspectiva de género en la práctica psicoanalítica incide en la dirección de la cura, al posibilitar una lectura del sufrimiento psíquico que experimentan las mujeres, al articular la conflictiva intrapsíquica con las condiciones socioculturales de producción de la violencia, favoreciendo procesos de simbolización del trauma y disminuyendo interpretaciones que individualizan o patologizan experiencias derivadas de la violencia de género.

## **Justificación**

Un tema fundante para el psicoanálisis ha sido la sexualidad, ha habido resistencias para aceptar a la categoría de género, las problemáticas subjetivas a las que se enfrenta la clínica psicoanalítica remiten a incorporar la noción de género como performance social con repercusión en la formación de subjetividades y que se diferencia del sexo y sus determinaciones biológicas (Rubin, 1986, Preciado, 2002, 2004; Lamas, 2002).

Sin embargo, Jacqueline Bochar (2018) encuentra una escasez de trabajos den los que se relacione el psicoanálisis con los estudios de género en los congresos (entre 1.6 y 6.7% de los trabajos presentados en la FEPAL en los 10 años anteriores a su investigación) y que los espacios para seminarios con este enfoque son de carácter optativo casi siempre.

Bochar (2018) refiere también, que las investigaciones de psicoanálisis y los estudios de género muestran mayor interés en el estudio de la homosexualidad y la transexualidad; que muy pocos trabajos analizan el tema de violencia de género o violencia contra las mujeres. Y que, en donde sí se aborda este tema, no se visualiza la violencia doméstica, conyugal o sexual como formas de violencia de género, sino que se interpreta muchas veces como rivalidades edípicas, complejos edípicos, perfiles masculinizados, complejos fraternos, deseos incestuosos o masoquismo femenino.

Estas posturas teóricas psicoanalíticas que podemos denominar conservadoras en tanto patriarcales y heteronormadas, influyen en las prácticas clínicas y con ello en que las y los analistas interpreten a sus pacientes puede traer consigo una experiencia revictimizante en especial en casos de violencia de género. La revictimización se trata de una respuesta enfocada a la conducta de la víctima, donde se le cuestiona y responsabiliza de la agresión bajo el supuesto de que tuvo

cierta predisposición para desencadenar la violencia, llegando al punto de criminalizar sus actitudes o conductas lo que trae como consecuencia una disminución de la responsabilidad del agresor. (Montoya, s.f.; Garrido, Redondo y Stangeland, 1999; Soria, 2005 citados por Gutiérrez de Piñeres Botero, Coronel y Pérez, 2009).

Es un tema que ha sido más abordado en instancias jurídicas, la revictimización también ocurre en el espacio analítico o psicoterapéutico. Esto debido a que en ocasiones se presenta la actitud hostil y el clima de duda del o de la analista al recibir el testimonio de la consultante, que puede ser generado por una aceptación indiscriminada de ideas estereotipadas acerca de la víctima (Krahé, 1988 citado por Trujano, 1992).

Es común, que en el caso de las mujeres víctimas de violencia conyugal, las intervenciones de algunas y algunos analistas, tal como lo concibe el agresor, consideran que la agresión se pudo evitar si las mujeres hubieran modificado su conducta cediendo a todas las demandas del agresor para evitar el conflicto. Esto es un reflejo de cómo la actitud del o de la analista hacia la víctima resulta un factor determinante para la atención que se le brinde (Buzawa y Schlesinger, 1996; Pérez-Sales y Navarro, 2007 citados por Gutierrez de Piñeres Botero, et. al, 2009).

En ello radica la importancia de advertir sobre la incidencia de los prejuicios teóricos, tanto en la formación como en la práctica clínica de las y los analistas, también en la alta probabilidad de recibir en el consultorio a mujeres que refieren vivir algún tipo de violencia de género.

Las cifras a nivel nacional, indican que de 2013 a 2018, la tasa de sensación de inseguridad de las mujeres en México aumentó de 74.7% a 82.1%, según la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2018). Los mismos datos reflejan que

las mujeres se sienten más inseguras que los hombres tanto en lugares públicos como en los privados, como son: cajero automático en vía pública (87.4%), transporte público (74.2%), calle (72.9%), carretera (69.5%), mercado (65.5%), parques (62.1%), automóvil (48.9%), escuela (39.2%), trabajo (36.2%) y casa (26.7%).

Sin embargo, el hogar es el lugar con mayor riesgo de violencia de género y este hecho quedó demostrado tras la emergencia sanitaria por la pandemia de COVID-19, y es que desde que comenzó el periodo del confinamiento, hubo un incremento del 80% en las llamadas de emergencia a la Red Nacional de Refugios, una ONG que atiende a mujeres víctimas de violencia en México (La Jornada, 2020).

Y es que la violencia que ejercen parejas, esposos, exnovios o exesposos contra las mujeres en México es "severa y muy severa", pues en 64.0% de los casos, de acuerdo con la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (INEGI, 2017). Antes del periodo de confinamiento había abrumadoras cifras de feminicidios en todo el país. De acuerdo con la precursora del "Mapa de Feminicidios en México" María Salguero, "en México se asesinan entre 10 y 11 mujeres al día" (Salguero, 2020).

Se habla de un aumento de casos de violencia de género, pues tan solo en abril de 2022 ya se tenían registrados más feminicidios que en todo 2021, cifras que además indican que, en enero de 2022, de un total de 292 casos de mujeres asesinadas tan solo 75 fueron investigados con perspectiva de género (La Jornada, 2022).

Y es que según datos de la Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las mujeres (La Jornada, 2022), hay un aumento de registro en feminicidios año con año, señala que en 2015 fueron 63 casos; en 2016 hubo 95 casos; en 2017 se contabilizaron 120 casos; en 2018 el registro fue de 139 casos; en 2019 se reportaron 142; en 2020 fueron 167; en 2021 sumaron 154, y hasta abril del 2022

se han registrado 157, rebasándose así en 4 meses del 2022 más que lo registrado en todo el año anterior.

Como lo enuncia Osborne (2008), no se trata de que haya aumentado la violencia en sí, si no de que la mirada con la que se le aborda al tema es diferente: ya no como un asunto privado y personal entre los miembros de una pareja o de una familia si no, como un problema político y social. Por lo tanto, hoy en día podemos hablar de una visibilidad distinta de la problemática, reconociendo que se trata de un problema estructural, ya que el género funciona como un organizador de lo social y comunitario y no solamente de lo individual.

## **II. Objetivos**

### **General:**

Analizar la dirección de la cura psicoanalítica en casos de mujeres con vivencias de violencia de género a nivel teórico y clínico comparando las intervenciones psicoanalíticas que tienen perspectiva de género de aquellas que no.

### **Específicos:**

1. Identificar los sesgos androcéntricos, sexistas y misóginos en la teoría psicoanalítica y que inciden en el trabajo clínico con mujeres que han padecido violencia de género.

2. Describir cómo estos sesgos androcéntricos, sexistas y misóginos en la teoría psicoanalítica se reflejan en cómo se aplican los métodos y las técnicas de intervención psicoanalítica en los casos de mujeres con vivencias de violencia de género.

3. Reflexionar sobre la dirección de la cura psicoanalítica de la práctica psicoanalítica sin perspectiva de género que tienen en las analizantes con experiencias de violencia de género.

### **III. Antecedentes/estado del arte**

#### **Antecedentes**

La relación entre feminismo y psicoanálisis se ha caracterizado por la crítica a las explicaciones que Freud y sucesores les han dado a los constructos psíquicos, a la feminidad y a las mujeres. Sin tratarse de una crítica al personaje, se hace referencia a la conformación del corpus teórico que desde sus inicios colocó a mujeres y hombres en posiciones específicas según la diferencia anatómica de los sexos (Errázuriz, 2012).

Pérez (2000) consideró dos debates fundamentales entre el psicoanálisis y los feminismos, en orden cronológico distingue que el psicoanálisis se trata de la afirmación de un monismo sexual, donde para ambos sexos se presupone un genital masculino pues, de acuerdo a los supuestos freudianos, se plantea que solo hay sujetos con pene (hombres) y sujetos sin pene (mujeres). Por lo que expone que, previo a la pubertad, niños y niñas tienen un desconocimiento de que existe la vagina. De este supuesto surgen nociones clave como las fantasías sexuales infantiles, el complejo de castración y el complejo de Edipo.

Las teorizaciones de que entonces la niña solo supera el complejo de Edipo de forma tardía e incompleta, sirvieron para atribuirle como características de la feminidad la inferioridad originaria y pasividad. Por ello, Freud consideró a la pasividad como distintivo de la feminidad porque asumió que las mujeres tenían un superyó débil debido a los celos por envidia del pene, y que esta condición perduraba toda la vida. Estas fueron algunas de las nociones más criticadas por las primeras psicoanalistas que pudieron percibir el sesgo androcéntrico de las teorías psicoanalíticas en los años veinte y treinta (Errázuriz, 2012). Entre las primeras analistas disidentes se encuentran Karen Horney (1926), quien sostuvo que las mujeres se han adaptado al deseo de los hombres creyendo que esto refleja una verdadera naturaleza femenina.

Además de posturas que recriminan o defienden al psicoanálisis, podemos encontrar aquellas que proponen diferencias clave a sus principales postulados, tal es el caso de las teorizaciones sobre las relaciones objetales como las que propuso Melanie Klein, quien desde 1928 empezó a diferir con Freud respecto al complejo de Edipo, pues Freud sostenía que la castración era causada por el odio de la niña hacia la madre y desarrollaba envidia del pene debido a la figura central que es el padre.

Para Klein (1990) la niña no entraba en el complejo de Edipo por supuestas tendencias masculinas, sino desde una feminidad primaria, ya que le otorgó una mayor importancia al papel de la madre, pues ella y el/la bebé forman una unidad diádica, de la que después el niño o la niña podía emerger si contaba con el apoyo psíquico de la madre, una identidad propia. Horney (1939) se preguntó qué tanto el psicoanálisis está construido desde la mirada masculina, por lo que cuestionó varios conceptos clave como la envidia del pene que era el supuesto origen de la sexualidad femenina. Propuso que lo que las mujeres anhelaban es la igualdad de poder y que la tesis freudiana no abarcaba complejidad de la experiencia femenina, ella argumentó que habría que buscar motivos culturales y no biológicos para explicar las conductas de las mujeres y que la sexualidad femenina no se limitaba únicamente a la maternidad.

El segundo debate al que se refiere Pérez (2000) ocurre cuando se populariza el psicoanálisis en los años cincuenta, donde las críticas se amplían porque intervinieron mujeres feministas desde diferentes campos del saber, como la filosofía, el periodismo o la política. Una de las representantes más notorias fue Simone de Beauvoir, para quien lo femenino es una construcción del hombre.

Simone de Beauvoir señaló desde 1949 que en la historia de la humanidad se extienden simbologías de la alteridad y de la dualidad como: el Sol y la Luna, el día y la noche, el bien y el mal y, por lo tanto, lo masculino y lo femenino. Sostuvo que el hombre necesitaba un otro de sí, la construcción de una alteridad que haría de sujeto fuera del lugar del uno legítimo, que es el sujeto masculino.

Beauvoir (1976 y 1958) refirió que el varón deposita en la mujer su horror a la muerte, la finitud, la castración y por lo tanto hay un repudio a todo lo que representa lo femenino. Aunque tuvo algunos puntos de coincidencia con el pensamiento freudiano, Beauvoir afirmó que el orden simbólico (las leyes, los mitos) es la dominación masculina, por lo que instalando a la mujer en el lugar del otro resultó beneficioso para el sistema patriarcal.

Ésta y otras críticas fuera del psicoanálisis favorecieron las problematizaciones al interior del campo psicoanalítico, podemos distinguir las aportaciones de la psicoanalista Betty Friedan, quien en 1963 planteó la existencia de “la mística de la feminidad”, una noción que perpetuó la idea de que la identidad de las mujeres se construye únicamente a través del rol de esposas y madres, con ello distinguió que esto representaba una presión social y familiar de cumplir tales roles lo que ocasionaba la insatisfacción de muchas mujeres.

También es importante mencionar a Juliet Mitchell (1974) quien estudió la incidencia del feminismo en la teoría y práctica del psicoanálisis, intentó de hecho, propiciar una reconciliación entre el psicoanálisis y el feminismo, pues afirmó que para el psicoanálisis es necesario comprender la construcción social que oprime a las mujeres y las patologiza.

Para Mitchell (1974) fue muy importante leer a Freud como un teórico intentando comprender como surge el psiquismo femenino, ella centró su lectura desde el marco referencial del psicoanálisis y se alejó de las posturas historicistas que referían a Freud como un patriarca victoriano, pues para ella, Freud marcó su época al romper varios paradigmas científicos.

Estos aportes sentaron las bases para teorizaciones como las de Robert Stoller (1968) quien propuso la identidad masculinidad como un fenómeno secundario a la identificación con la madre, asunto que difiere de la idea freudiana de que las niñas se perciben como pequeños varones en el inicio de la infancia.

Además de la perspectiva meramente psicoanalítica, voces disidentes desde la filosofía y la lingüística señalaron el falocentrismo en la noción de sujeto, fue Luce Irigaray (2007) quien escandalizó a intelectuales de la filosofía y el psicoanálisis cuando señaló que la noción de subjetividad es concebida según la estructura del género dominante. Irigaray encontró que cualquier teoría de “sujeto” había sido, hasta ese momento, construida en orientación a lo masculino y, por lo tanto, que el estudio del inconsciente suponía un sesgo que colocaba a la mujer como una alteridad indefinible.

Y es que cuando el sujeto del conocimiento asegura su posición de sujeto parlante, asume el control sobre el objeto de conocimiento para medirlo, delimitarlo o definirlo. Pero la crítica de la autora, aunque es fundamentalmente a la teoría psicoanalítica, es mucho más amplia. Se extiende al entendimiento patriarcal donde el Uno neutro es masculino y el otro, la mujer, es eso otro inferior (Errázuriz, 2012).

Para Irigaray (2007), el estudio de esta alteridad femenina a través del sesgo masculino termina reduciendo su significado a cualquier significado que se proyecte en ella, lo explica como la devolución de una imagen en un espejo cóncavo, donde el objeto deviene del sujeto. Irigaray explicó que, del otro lado del espejo, en el lugar de lo indefinible se encuentra un continente oscuro, un objeto de estudio que ha sido silenciado y privado de su autodefinición.

Se trató de una crítica a Lacan refiriendo que, en el orden simbólico, la mujer tiene función de espejo para el hombre pues éste no la ve como es sino como el contrario de sí: ese otro en condición de inferioridad, de falta. Esto debido que el hombre convirtió el inconsciente en una propiedad de su lenguaje y si el inconsciente está estructurado como lenguaje, nos enfrentaríamos a lo siguiente: una manipulación del inconsciente a través del lenguaje y su hablante masculino (Irigaray, 2007)

Esta crítica se extiende también al pensamiento de Freud, de quien señaló que consideró al varón como paradigma del desarrollo psicosexual y, por lo tanto, la mujer termina siendo solamente una negación de eso que el hombre es. Argumentó

que a la sexualidad femenina se le atribuye una pérdida (envidia del pene), por lo que así las mujeres se reducen a ser hombres inferiores (Irigaray, 2007). Tales señalamientos valieron a Irigaray la expulsión de L'École freudienne de Paris.

Desde la sociología también se aportaron nuevas propuestas para transformar la idea sobre la división sexual del trabajo, por ejemplo, Nancy Chodorow (1984) quien se preguntó acerca de la maternidad y rastreó desde distintos enfoques del psicoanálisis para plantear que la familia es la que transforma a las mujeres en madres, a partir de las relaciones interpersonales que en las familias se construyen de manera diferenciada entre las niñas y los niños durante su desarrollo.

Posteriormente fue Jessica Benjamin (1988) quien introdujo otro punto clave para repensar la sexualidad femenina, pues su revisión a la teoría freudiana hace referencia a que la envidia no es al pene sino a los privilegios y al poder al que tienen acceso los varones. Refirió que en el inconsciente no existe la diferencia sexual, y que es en las relaciones sociales en donde se instaura tal diferencia, por lo que el psiquismo y sus conflictos son efectos del proceso de socialización.

Tanto Chodorow (1984) como Benjamin (1988) descentralizaron las nociones del psicoanálisis sobre aspectos meramente intrapsíquicos, y dieron cuenta del modo en que la diferencia jerárquica de los sexos influye en las formas en que se crean las identidades a partir del género. Sin embargo, con sus aportaciones: “[...] emerge la falta de una teoría social de la dominación que explique estas posturas centradas en un psicoanálisis que pretende articular sus ideas con marcos sociológicos del poder” (Constantino y Amiconi, 2015, p.89).

Entre los intentos de mujeres académicas por dar nuevas explicaciones a conceptos psicoanalíticos encontramos también a Emilce Dio Bleichmar (1985), que problematizó la noción de histeria. Explicó que la niña entra al Edipo devaluada en tanto género aun cuando género no es una formulación en Freud, si hace referencia a los resultados de la sexuación), devalúa en consecuencia a la madre que antes fue su sostén narcisista primario y la socialización le irá indicando los mandatos

sobre su sexualidad hasta llegar al destino asignado por ser mujer: ser objeto de deseo del hombre.

Esto conlleva una lucha de contradicción, pues la mujer es incitada a sentirse completas al satisfacer el deseo masculino y poner al servicio de éste su sexualidad mientras que, al mismo tiempo, es penalizada por ello. Para Dio Bleichmar (1991), con la histeria la mujer resiste contra el deseo del otro debido a una contradicción que caracteriza al deseo femenino: se asume que el lugar de la mujer es el lugar de objeto, que la subordina al deseo de un sujeto, resultando una herida narcisística pero que aun así no puede prescindir de ese papel. Para la autora, las variantes de la histeria tienen como eje el grado de aceptación o rechazo a los roles de género vigentes, de modo que “la histeria sería un representante por excelencia de la conflictiva asunción de la feminidad” (Errázuriz, 2012 p.415).

Otro intento valioso de articulación teórica-clínica en cuanto a los ejercicios de poder fue la de Mabel Burin (1987, 1990) quien se interesó por describir los procesos que designaban un lugar a las mujeres como sujetos, identificó algunos recursos simbólicos y materiales que generaban subjetividades femeninas vulnerables. Se trata de las prácticas asociadas al rol materno (la función materna, el deseo de maternar, etc.) dentro del espacio doméstico.

Burin (1996) también explicó que el ejercicio de funciones de regulación emocional dentro de la familia y un rol sumiso al poder económico de otro, le daba a la mujer un acceso al poder de los afectos. Con esta división definida en las áreas de poder según el rol femenino o masculino, se pretendía garantizar un lugar dentro de la cultura que marcara las pautas para pensar, actuar y desempeñar roles delimitados y que cumplir cabalmente con tales funciones habría de asegurar un estado pleno de salud mental.

Sin embargo, los cambios socioeconómicos modificaron las prácticas de las mujeres al introducirse éstas al campo fuera de lo doméstico, atentando así con el cumplimiento eficaz de las funciones esperadas que se asociaban a la feminidad,

surgiendo así otras maneras de expresar su malestar subjetivo. La autora hace referencia a los modos paradigmáticos de las mujeres para expresar su malestar, anteriormente con la histeria y los estados depresivos en la época actual (Burin,1996)

Estas han sido críticas importantes de los efectos teóricos que promueven en las mujeres sus intentos por apegarse a los roles de género vigentes en cada época y cómo han sido patologizados por presentar malestares en respuesta a las demandas específicas de lo asociado a la feminidad. En general, se trata del reconocimiento de la imposibilidad de un análisis neutral o ajeno a la influencia de los mandatos de género en la constitución de la subjetividad y ésta misma neutralidad<sup>2</sup> es imposible en la interpretación<sup>3</sup>. Es un asunto que ya había señalado Mitchell en los años sesenta y que se sigue señalando: “los y las psicoanalistas de la época privilegiarán un tipo de interpretación que remitirá a la construcción de los sujetos por el sistema sexo-género vigente” (Errazuriz 2012, p. 245).

Es con este recorrido como podemos dar cuenta que, si bien el psicoanálisis surge como producto de la representación del mundo desde una mirada hegemónica y patriarcal, desde sus inicios ha habido mujeres psicoanalistas disidentes que aportaron valiosas críticas y enfoques que favorecieron a una construcción de lo femenino desde el autonombramiento y fuera del sesgo masculino, que dieron luz al llamado continente oscuro y, que además, se han apoyado de la interdisciplinariedad para brindar nuevas y enriquecidas respuestas a la canónica pregunta de El Padre del psicoanálisis: ¿Qué quiere la mujer? (Ruthenberg, 2022).

---

<sup>2</sup> En cuanto al concepto de neutralidad, Laplanche y Pontalis señalan “El analista debe ser neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera, y abstenerse de todo consejo; neutral con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la fórmula «no entrar en el juego del paciente»; por último, neutral en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder a priori una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones” (2018, p. 256).

<sup>3</sup> “A) Deducción, por medio de la investigación analítica, del sentido latente existente en las manifestaciones verbales y de comportamiento de un sujeto. La interpretación saca a la luz las modalidades del conflicto defensivo y apunta, en último término, al deseo que se formula en toda producción del inconsciente. B) En la cura, comunicación hecha al sujeto con miras a hacerle accesible este sentido latente, según las reglas impuestas por la dirección y la evolución de la cura” (Laplanche y Pontalis, 2018, p. 201).

## **Estado del Arte**

Si bien nos interesa la revisión de las discusiones teóricas a la relación psicoanálisis y feminismo, nos enfocaremos en los aportes que se centran en exponer cómo repercuten tales teorizaciones en la práctica clínica. Como lo es el trabajo de Aguilar (2009), quien realiza en Venezuela una investigación cualitativa sobre la aplicación del psicoanálisis con perspectiva de género en un grupo de mujeres sobrevivientes a relaciones de pareja violentas.

En dicho trabajo, Aguilar (2009) propone cuestionar la identificación de la identidad femenina con un rol de pasividad, sugiere privilegiar el análisis de la etapa pre-édipica para la verbalización y análisis de abusos vividos, someter a juicio los aprendizajes de esa etapa y reconocer los efectos que tuvieron en la estructura de su personalidad. La investigadora enfatiza en la aspiración de que las intervenciones con perspectiva de género no solo permitan recuperar las capacidades yojicas aplanadas como consecuencia de la violencia vivida, sino que además favorezcan al desarrollo de una vida libre de violencia en el futuro.

Los aportes de Aguilar (2009) resultan ser uno de los pocos trabajos que contemplan al género como una categoría que direcciona la intervención práctica psicoanalítica, y es que Jaqueline Bochar (2014) apunta que si bien existen investigaciones que contemplan el género en la teoría y técnica del psicoanálisis, las temáticas estudiadas son sobre todo referentes a la transferencia, la posición del analista, el deseo, la sexualidad femenina y el Complejo de Edipo. Refiere que no se indaga lo suficiente sobre cómo interviene el género en la práctica de las y los psicoanalistas, es decir, sobre cómo interviene el orden del género en la relación terapéutica y como inciden los referentes desde donde se interpreta.

Bochar ya había realizado una investigación en Uruguay entre 2009 y 2014 con el objetivo de demostrar si el androcentrismo de la teoría psicoanalítica permeaba en la práctica clínica. Algunas preguntas que condujeron su investigación fueron

“¿intervienen las ideas de género del psicoanalista en la forma como interpreta sus casos?, ¿se considera la variable género en las interpretaciones actuales de los casos clínicos?”.

En este estudio Bochar (2014), resalta la experiencia de una psicoanalista en particular de nombre Adriana. La investigadora distingue la aplicación de la perspectiva de género por parte de esta psicoanalista, quien reconoce que a raíz del análisis propio reinterpretó su feminidad y la historia de la locura en mujeres de su familia, esto tuvo repercusiones no solo en su vida personal, sino que también en su práctica.

Una de las conclusiones más importantes de este trabajo es que, a partir de que la psicoanalista comienza a integrar la categoría de género en su práctica, se marca un punto sin retorno, pues a través de las herramientas de esta perspectiva metodológica le fue posible cuestionar algunos conceptos teóricos psicoanalíticos canónicos como, por ejemplo: la interpretación del complejo de Edipo femenino, el superyó en la mujer, el concepto de narcisismo, la construcción del deseo femenino y el abuso sexual; el concepto lacaniano de la función paterna y el lugar que ocupa en la construcción del aparato psíquico. Señala que, a partir de sus estudios sobre el género, el Edipo se volvió socio-histórico.

Bochar (2018) continúa investigando posteriormente en México y afirma que, se puede observar que el sexo sí influye en la transferencia, pues el analizante transfiere según lo que el analista evoca con su sexo y su género.

Otra aportación reciente sobre la incidencia de los estudios de género en la práctica clínica es la revisión a la obra freudiana que propone Sofía Rutenberg (2022), quien señala la importancia de visibilizar los complejos entramados de poder en la teoría y en ejercicio de la práctica analítica, con el propósito de dejar de reproducirlos por sus efectos negativos en las intervenciones que pueden hacer las y los analistas que aplican la perspectiva de género.

Esos entramados de poder a los que se refiere tienen que ver con la noción de que las mujeres están castradas más allá de lo simbólico, pues sus genitales están prohibidos, inutilizados, mutilados, extirpados no solo del cuerpo sino de la teoría ya que, para Freud, el placer sexual del clítoris es un placer infantil al que se tiene que renunciar para ser una mujer, priorizando así la penetración del pene. Para Rutenberg (2022), esta renuncia del placer clitoridiano se traduce también al mandato de que las mujeres deben ceder su placer al otro, poner su sexo a disposición del placer y del goce del otro.

Un componente más de los entramados de poder que refiere la autora es la noción de que las mujeres solo puede resarcir la castración a través de los hijos, ya que la maternidad se constituyó como mandato para completarse como sujeto y trajo consigo malestares que, al ser enunciados, le valdrían a las mujeres la penalización por incumplimiento de sus funciones sociales y familiares.

Por estos dos componentes, Rutenberg (2022) se cuestiona acerca de la prevalencia del biologicismo en el psicoanálisis en la actualidad, pues para la analista, la importancia de una relectura de la obra freudiana radica en que, si se extrae aquello que Freud dejó fuera o que dejó en meras descripciones teóricas, entonces se posibilita la transformación de la teoría en algo que esté a la altura de la subjetividad de nuestra época.

Entre las críticas actuales que apuntan a un psicoanálisis alejado de determinismos y de las lógicas de dispositivos de poder, también distinguimos los aportes de Jorge Reitter (2018) cuya obra inicia preguntándose si es heteronormativo el psicoanálisis, apunta a que en la actualidad se sigue negando la implicación política del género tanto en la práctica clínica como en el ejercicio de su investigación. La invitación que hace Reitter (2018) es a trascender de la ortodoxia en la teoría y práctica psicoanalítica, a implicar a las y los nuevos lectores del psicoanálisis en una participación política de la sexualidad y los dispositivos que la regulan.

Podemos dar cuenta de cómo los aportes actuales siguen cuestionando nociones canónicas de la teoría psicoanalítica, distanciándose de la idea de que no se debe contradecir a los precursores o que no hay posibilidad de nuevas lecturas de sus aportaciones teóricas y clínicas. También se resalta la repercusión en la práctica clínica en tanto que ocurre dentro de una relación de poder, entre el o la analista y el o la analizante, asunto especialmente delicado cuando se trabaja con población vulnerada por la violencia sistémica y por ello, resulta tan necesaria la participación política en el ejercicio analítico.

Desde que la psicoanalista freudiana Karen Horney (1939) cuestionó la mirada masculina con la que las teorías psicoanalíticas habían sido constituidas, se destacó que, nociones clave como la envidia del pene en realidad no abarcaban la complejidad de la experiencia femenina. Horney puso sobre la mesa que, más que una explicación biológica habría que buscar motivos culturales para explicar los malestares y las conductas de las mujeres para quienes las condiciones sociales en las que habitaban, les representaban desventajas en comparación a los hombres.

Para Horney, la neurosis en la mujer es una herramienta para defenderse de los roles que le imponen componentes sociales, económicos, políticos adjudicados tras su condición sexual de mujer, por lo que su neurosis, sería indispensable para devenir en mujer normal, ajustada a las normas (Horney, 1924 como se citó en Bochar, 2014).

Una figura clave para la elaboración de esta investigación será la filósofa, lingüista y psicoanalista de las escuelas freudiana y lacaniana Luce Irigaray (2007), quien extiende su crítica al sexismo en el campo psicoanalítico hacia cualquier teoría de sujeto, pues señaló que el estudio de la subjetividad había sido construido en orientación a lo masculino. Para la autora, el análisis del inconsciente a través del sesgo masculino supone colocar a la feminidad como una alteridad indefinible, un objeto de estudio que ha sido privado de su autodefinición y más bien, funciona como un espejo cóncavo del cual se reduce su significado a cualquier significado que se proyecte en este.

El enfoque culturalista de Horney y la postura crítica de Irigaray serán las posturas teóricas principales para la revisión de este trabajo, así como la propuesta de la psicoanalista freudiana Juliet Mitchell (1974) sobre la posibilidad de una lectura distinta a las obras de Freud. Ya que Mitchell precisó que, si el psicoanálisis es falocéntrico, como ya venían argumentando lectoras feministas, no se debía a que utilizara una razón biologicista para explicar la sexualidad femenina como producto de un orden natural sino, que es debido a un orden social que articula al sujeto. El argumento de Mitchell es que el psicoanálisis lejos de ser la causa del patriarcado, puede ser una herramienta para el análisis de este.

“La ley patriarcal habla a cada uno y por cada uno en su inconsciente; la reproducción de la ideología de la sociedad humana queda asegurada de este modo en la adquisición de la ley por cada individuo. El inconsciente que Freud analizó podría describirse, entonces, como el lugar de la reproducción de la cultura o ideología” (Mitchell, 1974 p. 417).

También se considerarán los aportes de la filósofa idealista Judith Butler (1990), quien cuestionó la categoría del sujeto a través de una crítica genealógica del sujeto emergente en el discurso y describió como se construye socialmente la performatividad de la sexualidad. Su explicación a cerca de cómo el género no son causas sino efectos de la repetición de actos performativos estuvo basada en discusiones con la filosofía, ética, teoría política, sociología, feminismo y psicoanálisis. Especialmente con este último, se destaca una lectura crítica de la teoría lacaniana en donde pone en cuestión que el registro de lo real había sido articulado, por Lacan y sus sucesores, en un ocultamiento de la posición histórica del enunciador.

Tanto para Lacan como para Butler se entiende que la constitución de los sujetos sexuados ocurre a partir del significante falo, concepto que Butler refiere como un efecto imaginario de mecanismos especulares, es decir, mientras que Lacan postula dos posiciones en el orden simbólico (posición masculina y femenina) que se

constituyen a partir del “ser” y “tener” el falo, para Butler (1990) los sujetos sexuados más bien son el resultado de prácticas de poder.

Asimismo, lo señaló la psicóloga feminista Mabel Burin (1996), para quien los estudios de género se centraron en las implicaciones sobre la subjetividad femenina y masculina a través del ejercicio de poder de los afectos en el género femenino y el poder racional y económico en el masculino.

Burin (1996), desde el psicoanálisis destacó lo necesario que es reconocer el género como categoría de análisis siempre relacional, es decir, como una categoría histórica de dinámica cambiante que tiene que ver con una variedad de determinaciones en nuestra construcción como sujetos como lo son la raza, clase, religión, entre otros, por lo que el género jamás aparece en su forma pura.

Entre los aportes contemporáneos, se considerará a Jacqueline Bochar (2018), psicoanalista e investigadora en psicología social que aboga por repensar la técnica psicoanalítica considerando los resultados de investigaciones recientes en materia de ciencias sociales y humanidades, además de los estudios foucaltianos y los estudios queer. Según sus investigaciones, el sexo influye en la transferencia, pues el analizante transfiere según lo que el analista evoca según su sexo y su género, la autora también refiere que no se indaga lo suficiente sobre cómo participa el género en la práctica psicoanalítica, por lo que es importante considerar cómo intervienen los referentes desde donde se escucha e interpreta, es decir, que es necesario analizar la relación de poder entre analista y analizante.

El concepto de género, como categoría analítica relacional que busca dar cuenta de las asimetrías entre varones y mujeres, permite explicar y evidenciar las diferencias, así como las relaciones jerárquicas y de subordinación, las cuales no son otra cosa sino relaciones de poder. Interesa cuestionar categorías, revelar sujetos y dimensiones ocultas, explicar cómo se expresan las diferencias entre hombres y mujeres en las desigualdades (Falú, 2011, citada por Bochar, 2018 p.186).

Como también lo señalaba la psicoanalista feminista Silvia Tubert, tanto hombres como mujeres están incluidos en la opresión por el género, aunque esto no significa que estén colocados en un estatus equivalente, ocupan sus posiciones de manera diferenciada pero relacionados entre sí, donde no puede negarse que, en la mayoría de las sociedades, sistemáticamente se generan, mantienen y reproducen relaciones genéricas de dominación (Tubert, 1996 como se citó en Errázuriz, 2012).

Tener presente esta noción sociohistórica enriquece nuestra perspectiva del campo psicoanalítico, en tanto el reconocimiento de que sus concepciones teóricas no son dadas en la neutralidad y, por lo tanto, pensarlos como referentes estáticos significarían repercusiones en la práctica clínica y probablemente pondría en juego la vigencia y la relevancia del hacer psicoanálisis, además de que los estudios de género también pueden verse enriquecidos con la intersección con el psicoanálisis, según la psicoanalista Pilar Errázuriz (2012), los estudios socio culturales deberían estar al tanto de la dimensión de lo inconsciente y las construcciones fantasmáticas en los sujetos.

Errázuriz además recupera las aportaciones de Débora Tajer (2000) para quien una teoría psicoanalítica que considera el género como componente analítico de la subjetivación, no necesariamente asegura una lectura crítica de ésta, por más advertida que se pretenda de la relación histórico social y los padecimientos subjetivos. Para Tajer, se trata de desmontar el patriarcado como criterio de salud mental, procurando que la interpretación psicoanalítica no se convierta en una normativa sexista a pesar de resistencia que suponga la misoginia interiorizada de parte de la o el analista (Tajer, 2000 como se citó en Errázuriz, 2012).

## IV. Metodología

El presente trabajo es una investigación de tipo **básica**, en tanto que está orientada a la producción de conocimiento teórico, tiene el objetivo es contribuir a la discusión en torno al género, particularmente en el fenómeno de violencia de género.

Para ello, se utilizará la **revisión bibliográfica de textos teóricos y casos clínicos publicados**, a través del **método deductivo**, partiendo de los marcos teóricos del psicoanálisis como fueron planteados por Freud y seguido de las críticas y análisis posteriores que con perspectiva de género que realizaron algunas psicoanalistas como: Nancy Chodorow (1984) , Emilce Dio Bleichmar (1997, 1985), Karen Horney (1970, 1981, 1939), Irene Meler (1997, 2007), Sofía Rutenberg (2019, 2022), Pilar Errázuriz (2012), Jessica Benjamin (1988) y teoría feminista, según autoras como Luce Irigaray (2007, 2009), Mabel Burin (1987, 1996, 1990, 2000), Marcela Lagarde (1990), Raquel Aguilar (2024), Jaqueline Bochar (2014, 2016, 2018), Elena Bravo (2024) entre otras.

El instrumento principal será el **análisis de discurso** de los textos seleccionados, mismos que fueron elegidos por su relevancia conceptual y su pertinencia para el diálogo entre psicoanálisis y teoría feminista.

## V. Fundamentación teórica

### 5.1 Los sesgos androcéntricos y sexistas en la teoría freudiana

“De la vida sexual de la niña sabemos menos que la del niño. Pero no tenemos por qué avergonzarnos de esta diferencia, pues también la vida sexual de la mujer adulta continúa siendo un continente oscuro para la Psicología” (Freud, 1926).

En este capítulo, exploraremos brevemente el entorno histórico en el que Freud desarrolló su teoría, considerando las observaciones que hicieron posible su propuesta, así como las limitaciones impuestas por los valores de su época. Nos interesa la revisión de algunos de los sesgos androcéntricos en la teoría freudiana, los cuales reflejan la visión dominante de la sexualidad que estaban presentes mientras el psicoanálisis se fundaba.

En 1791 en medio de una Revolución Francesa, Olympia de Gouges advertía que el documento que proclamaba marcar el inicio de un nuevo orden social, cuyos pilares eran la libertad, la igualdad y la fraternidad, en realidad estaba omitiendo a la mitad de la humanidad. Olympia denunció que la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, no contemplaba los derechos de las mujeres ni el reconocimiento de ellas como ciudadanas, por eso se dispuso a crear la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, en donde defendió la igualdad entre el hombre y la mujer tanto en la vida pública como la vida privada.

La paráfrasis que hizo Olympia a un documento que se pretendía revolucionario, haciendo notar la carencia de representación de las mujeres, evidenció un sesgo importante entre los más respetados intelectuales de la época. Aquellos hombres que se proclamaban hacedores de una nueva realidad libre de opresiones, no estaban contemplando la posibilidad de que sus compañeras de lucha pudieran ser dueñas de propiedades, con acceso a una educación emancipadora, con la

oportunidad de votar, de divorciarse, de tener presencia en la vida pública y en la política.

Casi al mismo tiempo, pero en Inglaterra, en 1792 Mary Wollstonecraft redactaba otro texto reivindicativo para las mujeres, texto que surge en respuesta a las defensas a la monarquía y la aristocracia por parte de Edmund Burke, quien justificaba la existencia de un gobierno aristocrático, defendía la existencia de una sociedad cuya base era el paternalismo y la primogenitura. Además, proclamaba un papel secundario de las mujeres en lo que a la vida pública respectaba, por lo que otro componente que mantenía el orden supuestamente adecuado para las sociedades civilizadas era la pasividad de la mujer.

Wollstonecraft no solamente criticó su argumentación, sino que también señaló el lenguaje sexista con el que estaba relatado el discurso de Burke, llegando incluso a debatir las ideas de Jean-Jacques Rousseau, para quien la educación en las mujeres debía fungir como método de preparación para cumplir el rol de esposa, cercenando así las posibilidades de las mujeres para desempeñarse en ámbitos públicos o intelectuales.

Hoy en día, Wollstonecraft es considerada una profeminista, ya que, si bien el término feminismo no surgiría sino hasta el siglo XIX, su uso de la retórica racional atribuida hasta ese entonces exclusivo de los intelectuales varones, fue abriendo paso a autoras que continuaron las discusiones a cerca del rol impuesto a las mujeres y de las representaciones públicas de éstas.

La Ilustración trajo consigo, además de un profundo cambio en lo económico y político, una perspectiva sobre lo humano muy distante de las supersticiones y las explicaciones teológicas, sin embargo, la racionalidad que ahora invocaban las autoridades y los intelectuales parecía haber omitido a la mitad de la población que pretendían liberar y transformar.

La razón ilustrada, que además se pretendía una razón universal, justificaba las diferencias de derechos entre hombres y mujeres, bajo el supuesto de que la naturaleza había dotado de características que destinaban roles específicos a cada género. Para unos, la naturaleza les había dado la fuerza y el intelecto, habilidades que lo colocaban cómodamente en la vida pública donde debía demostrarse como un ser útil, dominante y autónomo. Para otras, al tener la capacidad de gestar y dar a luz, les serían atribuidas las tareas de crianza y cuidados, desarrollados sobre todo en la vida privada.

Fue ampliamente aceptado el modelo educativo de Jean Jacques Rousseau, que proclamaba una diferencia en el intelecto de hombres y mujeres, así como un distinto rol social que niños y niñas cumplirían al crecer:

La educación de las mujeres debe estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útil, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos, y esto es lo que desde su niñez se les debe enseñar (Rousseau, 1762, como se citó en Luna, 2022, párr. 8).

Siendo Rousseau uno de los referentes más notables de la Ilustración, resulta necesario revisar la cuestión del género en sus supuestos filosóficos y la influencia que tendría su pedagogía en los hombres y las mujeres de la época.

En Austria, en la época en la que vivió Freud, las mujeres manifestaban interés por educarse en temas que distaban a los propuestos por Rousseau. Las mujeres burguesas y de clase media leían vorazmente textos sobre política y filosofía, se enteraban de lo que acontecía en el mundo a través de los periódicos. Incluso Martha Bernays, esposa de Freud, también compartía dicho interés intelectual con sus amigas feministas (López, 2021; Bravo, 2024).

Resulta necesario analizar las representaciones de las mujeres que en ese momento se podían encontrar, ya que estas representaciones eran leídas, estudiadas y reproducidas tanto por las mujeres lectoras como por los intelectuales que, bajo pre concepciones sexistas, reiteraban lo que suponía que eran las mujeres. En la conformación de las representaciones de la sexualidad no solamente participaba la medicina, también el arte, la filosofía y la literatura.

Entre las expresiones artísticas de Europa a finales del siglo XIX y principios del XX, autoras como Errázuriz, (2012), López, (2021) han distinguido algunas categorías atribuidas a las mujeres en esa época: la madre abnegada, la esposa ángel del hogar, la mujer mística, la mujer objeto sexual, la devoradora de hombres o mujer vampira.

El arquetipo de la *mujer ángel del hogar*, pone de manifiesto que era responsabilidad de las mujeres encaminar a los hombres hacia la virtud, fungiendo como guardiana de la moral en el ámbito doméstico, privado en su rol de madre, hermana o esposa, y cuyas cualidades eran la amabilidad, la pureza, el civismo y la delicadeza, es decir, cualidades más bien relacionadas con la pasividad (López, 2021), como se puede ver en la en la Imagen 1.

## Imagen 1

Chardin, S. (1740). La bendición [óleo sobre tela]. Museo del Louvre



*Nota:* Una madre instruyendo a sus hijas a bendecir los alimentos. Este era el prototipo de la mujer ángel del hogar, guardiana de la moral en el núcleo de la organización social: la familia.

Por otro lado, la antítesis de la mujer santa, ángel del hogar, era la mujer prostituta y malvada, la mujer hipersexualizada que era acreedora del deseo erótico y carnal de los hombres, que no podía ser dirigido a la madre-esposa. Esta *femme fatale* o mujer vampira, se interpretaba como una devoradora de hombres y por lo tanto representaba un peligro para ellos como podemos apreciar en la Figura 2. Esto se refleja en la enunciación schopenhaueriana de que la mujer y su sexualidad es la perdición espiritual del hombre y que la única virtud en ella, es que posibilita la propagación de la raza humana (Schopenhauer, 1851). Es decir, que se reducía el valor de las mujeres a su capacidad reproductiva.

## Imagen 2

Moreau, G. (1882) *Sansón and Dalila* [óleo sobre tela]. Museo Gustave Moreau.



*Nota:* Moreau fue uno de los pintores que representaba a la mujer como un ser peligroso. En esta obra, reposa sobre el regazo de Dalila, un derrotado Sansón. Antes poderoso y ahora traicionado por las artimañas y seducciones de Dalila, quien descubre el secreto de su fuerza y lo mutila. El corte de cabello podría ser una analogía de la castración.

Errázuriz, (2012) distingue que, tanto en el psicoanálisis como en la filosofía, las representaciones de mujer, madre, sexualidad femenina y feminidad se articulaban ambiguamente produciendo una confusión que terminaba amalgamando todas estas representaciones en un todo mitificado. Como explica Errázuriz (2012), esta confusión se debe a que los textos clásicos fueron elaborados mucho antes de que se integrara el concepto género como categoría de análisis. Se confunde en los textos clásicos del psicoanálisis, por ejemplo, el término feminidad como si fuera un sinónimo de sexualidad femenina.

Emilce Dio Bleichmar (1985), señaló que fue hasta la incorporación del concepto de género a la teoría de Freud, cuando se habilitó el establecimiento de la dimensión simbólica de la feminidad.

### 5.1.1 La vagina freudiana

Ya que los destinos de las mujeres de la época de Freud eran encaminados casi exclusivamente a la maternidad, el matrimonio y las labores que se desarrollaban en el ámbito de lo privado, se advertía un carácter pasivo de las mujeres en el contexto cultural, llegando incluso a negarles lo que Irene Meler, (2007) distinguía como *la adultez social*, pues ocurría para estas mujeres un pasaje de la tutela del padre a la tutela de un esposo.

Las mujeres de clase alta, que eran las que tendrían acceso a tratamientos médicos como el que ofrecía Freud, eran fácilmente patologizadas y consideradas emocionalmente incapaces de tomar decisiones, por lo que se justificaba el control sobre decisiones sobre su vida y sobre sus bienes por parte de los esposos, padres, parientes masculinos o incluso médicos (Showalter, 2017).

En la actualidad, se puede ser testigo de espacios dedicados al estudio del psicoanálisis donde aún se reitera y repite tanto en la teoría como en la práctica clínica, el lugar de las mujeres como un lugar inferior e infantil (Rutenberg, 2019).

En junio de 1883, Freud le escribía esta carta a Martha Bernays, su futura esposa:

Estamos de acuerdo, creo, tú y yo, de estimar que el quehacer del hogar, la educación de los niños y los cuidados a prodigarle acaparan completamente a un ser humano y excluyen casi toda posibilidad de ganar dinero. ¿Debería, por ejemplo, considerar a mi dulce y delicada querida como una *competencia*? En ese caso, terminaría por decirle, como lo he dicho hace diez y siete meses, que la amo y pondré todo de mi parte para sustraerla a esta competencia y que le atribuyo como dominio exclusivo la apacible actividad de mi hogar. Es posible que una *educación nueva llegue a ahogar las cualidades delicadas de la mujer, su necesidad de protección* que no impide para nada sus victorias, de modo que ella pueda, como los hombres, ganarse la vida. Es posible que, en ese caso, *se deplora la desaparición de la cosa más deliciosa que el mundo nos ofrezca: nuestro ideal de la feminidad*. (S. Freud, en E. Jones, A. Martha, 15-11, como se citó en Errázuriz, 2012).

Lamentablemente, no se cuenta con las respuestas que Martha Bernays le dirigió a Freud, poco se sabe si era deseo de ella ajustarse a los imperativos de mujer-esposa en el espacio doméstico, lo que sí se sabe es que cumplió a cabalidad ese rol.

La investigación de Elena Bravo Cenicerros (2024), señala la importancia de Martha en la historia del psicoanálisis: desde su participación como interlocutora en el ejercicio de autoanálisis de Freud, además de la discusión de casos clínicos con ella antes de Fliess, hasta fungir como conciliadora en los desencuentros de su esposo con colegas y discípulos. Bravo (2024) resalta, sobre todo, la gestión de Martha en las labores domésticas y familiares, de modo que Freud contara con el espacio y el tiempo necesarios para dedicarse a la clínica y a la investigación. La autora apunta entonces, a Martha Bernays como la mujer que hizo posible que Freud inventara el psicoanálisis, no obstante que ese lugar no le ha sido reconocido.

Freud, fue un agudo observador de la subjetividad de su época, supo distinguir que pocas mujeres de su contexto eran encaminadas hacia las actividades públicas y remuneradas, describió entonces lo que parecían tendencias psíquicas que tenían las mujeres hacia la pasividad, tendencias asociadas sobre todo al contexto social. Sin embargo, ocurre un momento en su teoría que omite el papel de la organización cultural y sus efectos en las conformaciones psíquicas.

Meler, (2007) nos advierte de ese momento en que la teoría de Freud se torna biologista, pues considera a los genitales femeninos fundamentalmente pasivos, receptivos, tal como lo señaló Thomas Laqueur (1994), desde la antigüedad griega hasta el siglo XVII, para la comprensión del sexo predominaba el modelo de un único sexo, donde tanto el cuerpo masculino como el femenino eran vistos como una variación de un mismo modelo, siendo el cuerpo del hombre considerado como la forma más completa y el cuerpo femenino como una versión menos desarrollada de éste, de menor jerarquía.

Laqueur (1994), señaló que la vagina sería un pene invertido, que no había salido por completo. Incluso los ovarios se interpretaron como testículos internos. Esta perspectiva, le negaba su especificidad a la vagina. A partir del siglo XVIII, con el surgimiento de las ciencias biológicas, se consolidó el modelo de los dos sexos. Esta nueva perspectiva permitió que a hombres y mujeres se les percibiera con características sexuales propias y diferentes entre sí, sin embargo, la vagina siguió siendo definida en relación con el pene, reducida a un órgano pasivo cuya función era recibir al pene, como un espacio vacío en espera de ser llenado.

Debido a esto, fue sencillo para Freud a partir de la condición anatómica de las mujeres como fuente de las características observables en su subjetividad, describiendo así la meta sexual femenina fundamentalmente pasiva, que incluso tiende a recibir placer en el dolor.

En el artículo *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919), Freud hace una revisión de las fantasías eróticas que acompañaban a las prácticas de masturbación en cuatro mujeres y dos hombres, que se puede revisar de forma sintetizada en el Cuadro 1; en dicho trabajo planteó que la posición erógena femenina estaría expresada en fantasías masoquistas, dando por hecho que las metas sexuales de las mujeres son pasivas.

Freud, (1919) expuso un hecho curioso y es que, tanto en las pacientes mujeres como en los paciente varones, las imágenes que aparecen en sus fantasías, son imágenes de niños varones que son azotados.<sup>1</sup> Esto lo explica como una identificación masculina por parte de las niñas a manera de expresión a su renuncia edípica, pues la fantasía femenina de ser varón representaría la condensación de sus deseos por elevar su autoestima (Meler, 2007). Se observó también, como las

---

<sup>1</sup> Para los propósitos de este trabajo, nos vamos a centrar en las fantasías de las pacientes mujeres.

fantasías de paliza en los pacientes hombres son considerados una actitud pasiva frente al padre, posición que además era considerada como trastornada, mientras que dichas fantasías en las pacientes mujeres eran consideradas normales.

### Cuadro 1.

Comparación de las fantasías eróticas que acompañaban la masturbación en pacientes hombres y pacientes mujeres en el artículo *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919), según las tres fases descritas por Freud.

Fases		Fantasías en varones	Fantasías en mujeres
1°	Primero, para ambos hay una fantasía de que un niño rival, con el que se compite por el amor, es azotado por el padre. Freud explica que el disfrute en esta fase no es masoquista, sino sádica, ya que se satisface la aspiración libidinosa con el padre, la satisfacción es que entonces el padre me ama a mí.	El origen es el complejo de Edipo, deseo hacia la madre y rivalidad con el padre.	Freud explica que sería una identificación masculina (envidia del pene) al fantasear con ser activas en la competencia por el padre.
2°	También es el padre el que azota, pero el que es azotado es el sujeto que fantasea, esta fase es inconsciente. Por el sepultamiento del Edipo, se reprime esta fantasía, aparece la culpa y ésta la modifica, convirtiéndola en fantasía masoquista. Se recibe un castigo tras los impulsos incestuosos.	Es el padre el que azota. El castigo que se recibe es a consecuencia de los deseos incestuosos con la madre.	Es el padre el que azota. Es una aceptación a la castración y rol pasivo respecto al padre, la internalización del rol pasivo
3°	Ya no es el padre, son otras figuras de autoridad como maestros u otros adultos. ya	Es el sujeto mismo quien es azotado, esta	En la tercera fase, son niños varones los azotados, ni

	tampoco es el mismo sujeto quien es azotado, ahora son un grupo de niños desconocidos varones. Esta es una escena sádica, pero con satisfacción masoquista.	vez por una figura femenina y no por un sustituto paterno	niñas. Freud explica esto como complejo de masculinidad en la niña
--	---	---	--

Es así como se entiende que, si la meta sexual femenina es pasiva, y la pasividad es posteriormente transformada en deseo de castigo, entonces es fácil de aceptar la hipótesis de que muchas mujeres permanecen en vínculos donde son violentadas<sup>2</sup>, ya que encuentran algún tipo de satisfacción erótica.

Con esta afirmación, parecía que Freud las responsabiliza así de perpetuar su malestar y restándole responsabilidad a la contraparte agresora, que por lo regular eran hombres. De este modo, Freud justifica la violencia por la supuesta búsqueda inconsciente de placer en el dolor:

El concepto freudiano de “masoquismo femenino”(1924), así como su referencia a la femineidad en el artículo “Pegan a un niño”(1919), fue utilizado para producir un proceso de victimización secundaria, mediante el cual se ha intentado responsabilizar a las mujeres maltratadas de su propio padecimiento, mediante el supuesto de que existiría una búsqueda inconsciente de un goce en el dolor, un “más allá del principio del placer” (1920), que las induciría a buscar castigo por razones erógenas (Ver Deustch 1925 y Bonaparte 1949, etc. (Meler, 1997, p.4).

El masoquismo es descrito por Freud de tres maneras en el texto *El problema económico del masoquismo* (1924): *masoquismo erógeno*, que es una condición que antecede a la excitación sexual, *masoquismo femenino*, que él definió como una expresión de la naturaleza femenina y el *masoquismo moral*, que refiere a la búsqueda inconsciente de castigo.

---

<sup>2</sup> Que pueden ser violentadas de distintas maneras: física, sexual, simbólica, emocional, patrimonial o económica.

Meler, (2007) apunta a este llamado masoquismo femenino como un ejemplo claro de la concepción imaginaria, en la teorización de Freud, sobre la pasividad de la vagina. Señala que, aunque Freud le denominó femenino a esta forma de masoquismo, en realidad sus componentes tienen más que ver con la vida sexual infantil que con la feminidad. La autora apunta a como en los casos de masoquismo femenino hay fantasías de ser denigración, maltrata, ser atado/a; fantasías que, enlazándose con el imaginario freudiano, se colocan de lado de la feminidad. En otras palabras, implica que el hecho de que las mujeres sean sometidas sexualmente, den a luz, percibir las como seres castrados, son atributos de los que Freud denominó “naturaleza femenina”.

Como lo señala Rutenberg (2019), no se niega la existencia de un más allá del principio de placer, ni que haya un masoquismo primario o una tendencia en la neurosis hacia la autodestrucción, una pulsión de muerte; lo que se cuestiona es la supuesta predisposición de las mujeres a un gusto por sufrir, sin contemplar que es el sistema social, histórico y cultural el que castiga su emancipación.

Es en varias ocasiones donde Freud hizo referencia a que la meta sexual de las mujeres es ser pasiva, como analizaremos a continuación:

En *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), argumenta la diferencia entre la meta sexual activa (masculina) y la pasiva (femenina).

En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) sostuvo que la niña, al descubrirse en diferencia anatómica con el varón, desarrolla la envidia al pene y adopta un rol pasivo respecto a tal diferencia.

En su conferencia *La feminidad*, Freud (1933) señala la importancia de la envidia del pene en la conformación de la subjetividad de la niña, pues a partir de esta falta

aparecen huellas trascendentes que perdurarán hasta en la vida adulta y reitera que la pasividad es el destino psíquico de la niña, determinado por su biología.

Esta interpretación genitalizada del psiquismo femenino también habilitó explicaciones sesgadas sobre el desenvolvimiento intelectual de las mujeres, pues para Freud el deseo de saber estaría asociado a la curiosidad infantil por saber de dónde vienen los bebés (1905, 1909, 1910, 1913, 1925, 1933).

Para Freud los niños varones quienes tendrían más permitida la exploración de temas relacionados a la sexualidad y la reproducción puesto que, como se ha señalado anteriormente, a las niñas se les remitía a actividades pasivas, donde quedaba poco espacio para la exploración activa hasta de sus propios cuerpos y la limitación de su creatividad.

De algún modo, esta circunstancia sirvió para explicar que carecer de un pene estaba asociado a la poca participación femenina en el ejercicio intelectual, dejando de lado que su origen fuera la configuración social y cultural en la que se desarrollan las niñas, y más bien asumiendo que supuestamente era derivado del carácter pasivo de su órgano genital.

Aunque en el texto *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna* (1908), Freud sí le adjudicó a la represión sexual y a la educación diferenciada esta falta de desenvolvimiento social y cultural de parte de las mujeres. También en *Tótem y Tabú* (1913) apuntaló que la estructura familiar y los roles que las mujeres juegan ahí, no propician que éstas participen en la misma medida que los hombres en el campo académico. Más tarde, en 1925 haría énfasis en el sentimiento de inferioridad producto de la envidia del pene, que deviene un sentimiento de inferioridad que influye en la capacidad para sublimar en actividades científicas.

En su Conferencia 33 (1933) reafirmaría que la envidia del pene desemboca menor capacidad para la sublimación en actividades intelectuales, y además añadiría que la organización psíquica de las mujeres les predispone a actividades creativas más pasivas en comparación con los varones.

El supuesto de la envidia fálica de las mujeres ha sido uno de los pilares en la teoría de Freud y este concepto fue determinante para el psiquismo femenino. Meler (2007), explica como las niñas sí podrían manifestar un deseo pregenital de poseer un pene, pero el hecho de que esta elucidación freudiana se haya dado en un contexto que sublevaba a las mujeres, permitió que éste fuera un tema crucial para el entendimiento de la feminidad. Incluso en la actualidad, donde perdura “el paradigma de mujer castrada, frustrada, envidiosa, reprimida, histérica e insatisfecha” (Rutenberg, 2019, p.13).

Además, en varias ocasiones, Meler (1997, y 2007) ha planteado que la consideración de la vagina como un órgano pasivo es, en realidad, de carácter imaginario. Que la vagina freudiana era una representación que surgió de lo observado por Freud en un contexto donde las mujeres eran pasivizadas, y que esto se refleja en los estudios psicoanalíticos posteriores, donde la imagen de la vagina era diferente.

Por ejemplo, Irigaray (2007) argumentó que Freud, y posteriormente Lacan, conceptualizaron la vagina en función del pene, asumiendo a las mujeres como seres en “falta” en relación con el falo y considerando a la vagina como un órgano pasivo. Esta fue una fuerte crítica a la supuesta promulgación de la diferencia sexual por parte del psicoanálisis, pues Irigaray subrayó que se le diera lugar autónomo a la vagina y la planteó como un órgano capaz de un goce múltiple, no acotado a la lógica fálica.

Karen Horney, (1981) pionera en argumentar sobre las influencias de la cultura en el desarrollo de la subjetividad, además de la importancia de las interacciones del niño con su madre, dejó de lado la explicación basada en el complejo de Edipo.

Para Horney, (1917, como se citó en Aranque, 2010) la explicación freudiana sobre la subjetividad femenina que se basaba en la envidia del pene y el complejo de castración, no era una explicación sólida, pues la autora propondría la explicación alternativa de la envidia del niño por la maternidad, y sentenció que es la niña quien se identifica con la madre, soslayando así la explicación alrededor de la rivalidad que surge con la madre en la competencia por el padre.

Horney (1926, como se citó en Aranque 2010) además sugirió que, si había una falta de aceptación de la teoría de la envidia de la maternidad, sería porque esta es fácilmente reprimida o sublimada en una sociedad androcéntrica, donde además el psicoanálisis, creación de un hombre y cuyos discípulos en su mayoría también son hombres, se trataba de una disciplina donde predominan las perspectivas falocéntricas.

En la teoría se llegó a afirmar que el clítoris es tan solo un pequeño pene, dejando así sin lugar al estudio de la vagina, como, por ejemplo:

Este (el varón) tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril. Nos consideramos autorizados a suponer que durante muchos años la vagina es como si no estuviese, y acaso sólo en la época de la pubertad proporciona sensaciones (Freud, 1931, p. 230).

Por ello, Horney publicó el libro *La negación de la vagina* (1970) donde argumentó la sobrevaloración del órgano masculino, como una expresión narcisista del niño en respuesta al miedo exacerbado del hombre a los genitales de la mujer. Que no es

miedo a la carencia del pene en la mujer, sino que el niño vive el genital femenino *demasiado grande* y eso es lo que le atemoriza.

En dicha publicación, la autora también defendió que la sexualidad primaria de la niña es vaginal y no fálica, como dijo Freud. Criticó también la idea de la vagina como órgano pasivo, argumentando que más bien, es un órgano que participa activamente en la experiencia del placer en la vivencia sexual, y que el placer femenino, al no depender exclusivamente de la penetración, es una experiencia mucho más compleja de lo que Freud había sugerido.

Julia Kristeva también cuestionó la reducción del papel la vagina en el psicoanálisis, pues argumentó que la organización de la subjetividad con base a la presencia o ausencia de falo, coloca a la mujer en la posición de subordinación, pues no es definida por lo que, si tiene, sino por lo que le falta.

Kristeva (1980) introdujo el concepto de *abyección*, descrito como aquello que se expulsa para definir su propia identidad, en este sentido, la vagina (y la feminidad) era considerada como algo abyecto o que ha de ser rechazado para sostener el orden simbólico del falo. Por lo tanto, la vagina lejos de ser un órgano activo es más bien definido como un espacio de ausencia. Pero Kristeva (1974) propuso una alternativa a tal visión, pues para ella la vagina era un lugar de creación, donde en lugar de una ausencia, hay una potencialidad para producción.

Estos estudios posteriores son algunas muestras que para Meler (2007), ponían de manifiesto el carácter imaginario de la explicación freudiana acerca de la vagina. Siendo éste un error epistemológico importante de los inicios del psicoanálisis: haber considerado como base de esta constitución anatómica imaginaria de la supuesta vagina pasiva, para explicar todas las conductas asociadas a las mujeres.

Hasta ahora, se nos ha presentado por el psicoanálisis hegemónico una idea de la vagina pasivizada, un órgano que insta a las mujeres a buscar el castigo, que limita el desarrollo de su intelecto, bajo esta concepción de la vagina resulta comprensible que surja el deseo por eso otro, por poseer aquello que en el orden simbólico es privilegiado.

### **5.1.2 La mujer, considerada como un hombre castrado**

La figura de Edipo ya aparecía en las bellas artes en el siglo XIX, véase la Figura 3, representando la tragedia narrada por Sófocles donde un pequeño príncipe es abandonado por sus padres los reyes de Tebas que recibieron una terrible profecía por parte de un oráculo que vaticinó que el Rey Layo sería asesinado por su hijo, por lo que deciden que se le abandone para que muera.

El príncipe Edipo fue rescatado por un pastor y adoptado después por los reyes de Corinto. En su juventud Edipo acudió al oráculo de Delfos que le profetizó que mataría a su padre y luego se casaría con su madre. Tratando de escapar de ese destino, Edipo cuando es mayor huye de Corinto a Tebas, en el camino en una encrucijada se enfrenta con el Rey Layo, sin saber que era su padre, tienen un altercado y al defenderse lo mata.

Edipo continúa su ruta y la entrada de Tebas se encuentra con la Esfinge, una criatura que fue enviada por la diosa Hera para castigar a Tebas, quien confrontaba a los viajeros con un acertijo y si no lo resolvían eran devorados.

Edipo tras resolver el enigma, libera al reino de Tebas y en recompensa es coronado rey y se le ofrece la mano de Yocasta la reina viuda. Aun cuando el héroe resulta victorioso, más adelante descubre que la mujer con la que se casó era su madre biológica y el hombre que mató era su padre, cumpliéndose así lo vaticinado por el

oráculo. Esta tragedia trae consigo interpretaciones sobre la imposibilidad de huir del destino y de pecar de arrogancia al intentar cambiarlo.

Es en 1910 cuando Freud incorporó, por primera vez en su obra, el mito edípico en el artículo “Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre” donde brindó una explicación sobre el destino de la diferencia sexual en varones y niñas, donde se tiene como base la prohibición del incesto.

### **Imagen 3.**

Moreau, G. (1864) Edipo y la esfinge [óleo sobre lienzo]. Museo Metropolitano de Arte.



Nota: No siempre la esfinge fue representada como una mujer, Moreau es conocido por representar figuras amenazantes como figuras femeninas y esta obra es parte de las representaciones donde se asoció a la mujer con el mal.

Para el niño, el deseo inconsciente por su madre traería consigo una rivalidad con el padre y aparece la amenaza de ser castigado (castrado) si persiste su deseo por esa mujer que le es prohibida. Es el temor a la castración, la ley del padre, lo que hará que el niño renuncie a ese deseo por la madre y lo reprima, para que en la etapa adulta elija a otra mujer, fuera de la familia, tal como lo hizo el padre.

En esta teoría en la niña, el amor originario hacia la madre ha de ser transferido al padre para convertirse en mujer: tras la percepción de falta de falo, la niña asume que ha sido castrada e interpreta esto como un rol inferior respecto al varón; Rutenberg (2022) lo explica como un trabajo de duelo, pues la niña al advertir que su madre no es quien tiene el poder, descubre que ella tampoco lo tiene por su condición de género y procede a buscarlo en el padre identificándose en el síntoma (el dolor de la madre). Esto deriva en la supuesta envidia por el órgano genital que si posee el niño, y al no poder poseerlo busca su sustitución del falo con un hijo.

Mientras esto sucede, la niña, que antes tenía sentimientos amorosos hacia la madre, ahora transfiere ese afecto al padre y genera enojo hacia la madre por haberla privado del falo y colocarla en el mismo rol de inferioridad que ella, y como solución recurre a la posibilidad de darle un hijo al padre. Este hijo supuestamente compensaría su inferioridad, pues le transfiere a este la ambición que ella tuvo que reprimir, renunciando así a todo rastro de su complejo de masculinidad (impulsos libidinales activos) (Freud, 1933).

Además, según Freud al despreciar su condición femenina, tras el reconocimiento de esta diferencia anatómica, la niña se vería forzada a apartarse de la masculinidad (la masturbación masculina, del clítoris) para desembocar en nuevos caminos en el desarrollo de la femineidad (Freud, 1925). Ocurren entonces el deseo de tener pene y el deseo de dar un hijo al padre, ambos deseos inconscientes perduran toda la vida y, por lo tanto, no se planteó una disolución completa del Edipo en la mujer (Freud, 1924).

Según Errázuriz (2012), esta cadena de acontecimientos deja entrever que no hay manera de que la mujer alcance su autonomía como sujeto, pues a la fijación por el padre, luego al marido con quien procreará el hijo, y después al hijo (varón) coloca a la mujer en posición de subordinación el ordenamiento simbólico de sexo-género.

Esto significaría para las mujeres una situación de desaliento, el saberse de antemano castradas y determinadas a un sentimiento de inferioridad, que trae consigo la búsqueda de la valoración a través de la maternidad y la presencia de vivencias emocionales relacionadas a, lo que la autora denomina, el camino que recorre la feminidad para encontrar su destino: “de ser carente a ser madre” (Errázuriz, 2012, p.177).

Mientras que en el varón el complejo de Edipo es elaborado a partir del miedo a ser castrados, en la mujer el complejo de castración es apenas la inauguración de este proceso psíquico, aunque, tanto para mujeres como para hombres, lo masculino opera como el referente universal a la hora de explicar la constitución de la subjetividad.

Más tarde, en 1913 en el texto “Tótem y tabú” Freud extendió esta explicación desde el mito edípico ahora desde un ángulo antropológico, para describir la universalidad de la organización social, esto significó que esta explicación de la diferencia sexual no solamente aplicaría en las neurosis, también explicaría la instalación de un orden cultural “dando un fundamento histórico al mito del Edipo [...] y mostrando que la historia individual de cada sujeto no es más que la repetición de la historia de la humanidad” (Roudinesco y Plon, 1998 como se citó en Errázuriz, 2012, p. 134)

La envidia del pene, además, derivaría un supuestamente débil sentido de la justicia. Freud (1905) también manifestó que la diferencia sexual anatómica articula una diferencia en el Super yo, dependiendo de cómo se elabore el complejo edípico:

los niños, amenazados de castración lo elaboran como sepultamiento del complejo de Edipo<sup>3</sup>, comprendiéndolo como una elaboración plena, con la formación de la instancia psíquica del Super yo abstracto, capaz de reconocer de manera impersonal y universal las normas.

En cambio, las mujeres tendrían una disolución paulatina (en lugar de sepultamiento) del complejo de Edipo, incluso se llegó a plantear la indefinida duración del mismo, pudiendo perdurar toda la vida de la mujer, superándolo apenas incompletamente (Freud,1933).

Para Freud (1923), esta elaboración distinta en las mujeres también implicó un sentido moral que transgrede las normas dependiendo del caso en particular, es una ética relativista en comparación con el de los hombres y Freud lo tradujo entonces en términos de déficit pues lo que hace falta es aquello que únicamente sucede en un Edipo sepultado, le posibilita adherirse a una moral universal.

Esta supuesta ley universal, que fue considerada la medida para establecer la calidad moral de los sujetos, ha sido analizada por Burin y Meler (2000) y quienes subrayaron la función de ésta para regular las luchas propias de una sociedad androcéntrica, donde se establecen jerarquías en torno al género masculino donde se lucha por el prestigio, que es un sistema en el que al rival se le pretende o bien aniquilar o bien subordinar y, por lo tanto, estas normas morales funcionan para arbitrar la dinámica de dominio-subordinación, por ello:

El reparto freudiano, que ubica a las mujeres del lado de la psicosis, la perversión, la enfermedad y la hipocondría y asigna a los varones el amor hacia los demás, el altruismo, la donación, la salud mental y la cultura, no es más que una expresión de un simbolismo social producto de la dominación

---

<sup>3</sup> El complejo de Electra fue un planteamiento de Carl Jung en 1913, donde expuso la idea del deseo sexual inconsciente de la niña hacia el padre, fue una de las primeras aportaciones que cuestionaron la universalidad el complejo de Edipo, sin embargo, Freud desestimó este planteamiento por contraponerse al complejo edípico al colocar una inclinación primaria de la niña hacia la madre.

masculina, del cual la teoría psicoanalítica ha quedado prisionera por la dificultad para hacer consciente ese inconsciente cultural (Meler, 2007, p.18).

Meler (2007) recuperó los estudios de Carol Gilligan que en 1985 aplicó las escalas de Lawrence Kohlberg acerca de la diferencia del sentido ético entre hombres y mujeres. Kohlberg, con formación como psicoanalista, se ocupó de crear las escalas que evaluarían la construcción moral en hombres y mujeres jóvenes, según las características freudianas del super yo. Las niñas y jóvenes evaluadas resultaron con puntajes más bajos en comparación con los evaluados masculinos.

Posteriormente, Gilligan retomó las mismas escalas y señala que los criterios de clasificación estaban elaborados según el modelo masculino, lo que repercutía en los puntajes e interpretación que se les daba a las mujeres evaluadas.

Gilligan (1985) no desmintió la existencia de una diferencia en las respuestas de hombres y mujeres, pero explicó que esto no necesariamente implicaba un déficit en las mujeres. Que mientras que los hombres respondían en función de la defensa de los intereses individuales, las mujeres respondían en función de lo que la autora llamó “ética de cuidado”, es decir, en ellas estaba presente una mayor inclinación por la defensa de los más débiles.

Esto se explicó acorde a la división sexual del trabajo, pues para los hombres, trabajando en el ámbito público, era necesaria una ética del derecho, donde hay litigio por los derechos individuales. Mientras que, para las mujeres, trabajando el ámbito privado, era necesaria una ética del cuidado en el ambiente familiar donde pueden encontrarse sobre todo infancias u otras personas en estado vulnerable.

Este sesgo androcéntrico deviene entonces de la construcción teórica que marca la diferencia en la elaboración del complejo de Edipo para los varones y el complejo de amenaza de castración para las mujeres. Para Freud (1923) la fase fálica en la

niña le provocaría sentirse acomplejada, propuso que la niña era un niño frustrado y la mujer un hombre castrado.

Tanto el complejo de castración como la envidia del pene ocuparán un lugar importante en su subjetividad, ya que es a partir de éstos que la niña deviene en mujer, se le otorga un lugar tanto en la identidad sexual como en la vida social que “dejan huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se supera sin un serio gasto psíquico” Freud (1933, p. 116).

Dio Bleichmar (1997), citada en Tena Valades (2024) cuestionó la relevancia que se le ha otorgado al complejo de Edipo dentro del psicoanálisis:

Edipo se eleva y se sostiene como una de las verdades últimas del ser humano. Edipo se erige como el símbolo de la razón contestada. Lo que no se ha cuestionado es que el mito mismo es una producción simbólica atravesada por el principio de presencia/ausencia, y que el mito no sólo revela, sino que crea la dominación, exclusión y la asimetría. Deberíamos interrogarnos sobre cuál es la función que cumple el mito de Edipo en el proceso de enmascaramiento y, si en realidad, no estamos frente a otro juego más de engaño y disfraz (párr.20).

Posteriormente, en sus últimos escritos sobre la feminidad, Freud (1933) puntualizó sobre lo necesario para devenir mujer: renunciar a la madre como primer objeto de amor. Mientras que para los varones se mantiene la elección de objeto heterosexual, la niña deberá atravesar una doble renuncia, la de desligarse con la madre y posteriormente aceptar la castración. La aceptación de la pasividad, renunciando a la actividad asumida como *masculina*, elaborar la identificación con la madre, así como aceptar el destino biológico de la maternidad.

Para Bleichmar, (1997) la sexualidad (y la feminidad) puede ser reformulada desde sus mitos, sus imágenes y teorías, entendiendo que la sexualidad humana es cultural, donde el concepto de género, como categoría de análisis que no existía en

el tiempo de Freud, y se normativizaba la sexualidad y sujetaba a las mujeres a una categoría preexistente, que influiría en su subjetividad.

Estos hallazgos en la teoría freudiana, exponen que aún con su carácter revolucionario al introducir el estudio del inconsciente, está atravesada por sesgos androcéntricos que perpetúan la subordinación de lo femenino. Que si bien, estos sesgos no son meros errores a causa del momento histórico, hoy pueden considerarse como producto de una cultura que erigió a lo masculino como referente universal, reflejándose así en la literatura, la filosofía, la medicina y no solamente en el psicoanálisis.

La revisión de dichos sesgos en la teoría, además, antecede a la revisión de sus efectos en la clínica actual, con el propósito de evitar la perpetuación de estereotipos diagnósticos.

## 5.2 Algunos efectos del androcentrismo y sexismo en la clínica freudiana

“Existe un feminismo espontáneo en la histeria que consiste en la protesta desesperada, aberrante, actuada, que no llega a articularse en palabras, una reivindicación de una feminidad que no quiere ser reducida a la sexualidad” (Emilce Dio Bleichmar, 1985).

En el presente apartado, se abordarán algunos ejemplos de la influencia de los sesgos teóricos, anteriormente mencionados, en la clínica psicoanalítica de Freud desde sus inicios. Nos interesa resaltar, sobre todo, cómo actualmente continúan teniendo influencia en cómo se brinda atención clínica en los casos de violencia de género tanto en mujeres adultas como en menores.

Nos daremos a la tarea de revisar algunos de los casos que son punto de referencia de la práctica analítica, casos que fueron referentes del nacimiento de un nuevo método de cura, pero en los que poco o nada se consideró la experiencia de vida de estas mujeres en donde las atravesaban demandas del orden sexo-genérico como lo son la docilidad, la pasividad y la conformidad ante experiencias como violencia sexual, la demanda de las tareas de cuidado y la objetivización sexual.

Si bien, estas pacientes son conocidas por los pseudónimos que se tuvieron que utilizar para proteger su identidad, para este trabajo se privilegiará el nombre real de las mujeres detrás de la afamada categoría histérica:

- Bertha Papenheim (Anna O.)
- Ida Bauer (Dora)
- Aurelia Ohm (Katharina)

### **5.2.1 Bertha Pappenheim (Anna O).**

Uno de los casos emblemáticos en el psicoanálisis es el de una joven de 21 años que llega a la consulta de Joseph Breuer en 1890, presentando parálisis por contractura, estrabismo, sonambulismo, entre otras perturbaciones, siendo una de las más notables la parafasia, una afección que la llevaba a perder la capacidad del habla o a olvidar su lengua nativa, el alemán, y en su lugar hablar en inglés o francés. Su nombre era Bertha Pappenheim, aunque en la literatura psicoanalítica es más conocida por su seudónimo de Anna O.

Presentaba un cuadro de síntomas aparentemente desconectados entre sí, se interpretaron por Breuer y Freud como consecuencia de traumas reprimidos vinculados a las vivencias como cuidadora de su padre enfermo. Su caso fue publicado en el texto Estudios sobre la histeria (1895), y fue considerado el primer tratamiento psicoanalítico. En dicha publicación, se documentaron los esfuerzos por tratar a Anna O. con hipnosis y morfina, pero parecían funcionar poco, fue ingresada a hospitales psiquiátricos antes y después de sus encuentros con el psicoanálisis, incluso se expone que su tratamiento fue abruptamente interrumpido después de, lo que hoy en día, se conocería como un embarazo psicológico.

A pesar de la imagen generalizada de Anna O. como la paciente cero del psicoanálisis, el objeto de estudio que dio pie a la creación de un nuevo método de cura, el método catártico, Bertha Pappenheim estuvo lejos de ser solamente una receptora pasiva del tratamiento.

Breuer señaló las aptitudes intelectuales de Bertha, resaltando su dominio de varios idiomas, sus dotes para la poesía y “un entendimiento tajante y crítico”. Este último la volvía también por completo insugestionable; “porque atendía solo argumentos, no afirmaciones, influían en ella” (Freud y Breuer, 1895, p.47).

En cierto momento, Bertha pareció olvidar el alemán, su lengua materna, y en su lugar se dirigía a las personas en inglés, francés o italiano. De ese dominio de lenguas extranjeras resultó su denominación al tratamiento como *talking cure* o método de cura a través de la palabra. La describió también como el *chimney sweeping* o deshollinamiento, asociando metafóricamente la limpieza de las chimeneas y la liberación que ocurría en ella tras la enunciación de sus malestares.

Raquel Aguilar (2024), expone la participación de Bertha Pappenheim (y otras pacientes de los inicios del psicoanálisis<sup>4</sup>) como una participación no pasiva, no reducida a la de un objeto de estudio sino, de una participante que contribuyó epistemológicamente al método al que estaba sujeta. Aguilar (2024) señala que, si bien el caso de Anna O. hoy se lee desde la transferencia erótica no analizada, también puede haber cabida a otras preguntas para su análisis de caso, considerando las características que tienen que ver con la condición de género de Bertha, tanto por la posibilidad de una vida satisfactoria sin la necesidad de pasar por el matrimonio o la maternidad, así como la designación familiar de ocuparse de las tareas de cuidado de su padre enfermo.

Aguilar se pregunta por qué Anna O. olvidó precisamente el alemán y hablaba en inglés, y quizá una respuesta sea la que planteó Errázuriz (2012) sobre tratarse de un “signo de pertenencia simbólica al movimiento feminista anglosajón” (p.56), ya que Bertha tuvo una notable militancia hacia el feminismo, que se vio reflejado en todas las labores sociales que realizó en defensa a los derechos de la mujer y la infancia.

Además de que se le adjudica una gran labor periodística en temas de defensa de los derechos de la mujer, también tradujo al alemán el texto “Reivindicación del derecho de las mujeres”, de Mary Wollstonecraft, se estableció como la primer

---

<sup>4</sup> Estos casos serán abordados más adelante.

asistente social en Alemania, fundó la liga de mujeres judías, estuvo a cargo del orfanato de niñas en Frankfurt, se ocupó especialmente en el trabajo con víctimas de trata y prostitución forzada en Galicia, Rusia y los Balcanes, instauró una casa para niñas en Neu-Isenburg que acogía a madres solteras, jóvenes embarazadas.

Todas estas actividades significaron un proyecto revolucionario, pues el destino de estas mujeres y niñas era un tema tabú en la sociedad del imperialismo alemán (Heroínas, 2019), y el trabajo de Bertha contribuyó significativamente a su cuidado y protección.

#### **Imagen 4.**

Fotografía de Bertha Pappenheim a los 22 años (1882)



*Nota.* Fuente: Wikipedia  
([https://tr.wikipedia.org/wiki/Bertha\\_Pappenheim#/media/Dosya:Pappenheim\\_1882.jpg](https://tr.wikipedia.org/wiki/Bertha_Pappenheim#/media/Dosya:Pappenheim_1882.jpg)).

A pesar de ser considerada la primera paciente tratada con el método de cura por la palabra, este tan sólo fue uno de los muchos tratamientos a los que fue sometida.

Roudinesco y Plon (2007) recuperan una revisión historiográfica de este caso y como, a pesar de ser considerada un mito fundador del psicoanálisis, Bertha Pappenheim no fue curada por el método de catarsis como fue asegurado por Freud en su autobiografía, ella incluso no recomendaba el tratamiento psicoanalítico y se oponía fuertemente a que las personas a su cargo recurrieran a éste.

En realidad, se sabe de su cura hasta 1890 después de retomar su trabajo social feminista. Se sugiere que, a manera de estrategia, Freud y Breuer recurrían al caso de Anna O. para demostrar el descubrimiento del método catártico cronológicamente antes que el médico francés Pierre Janet, y que más adelante lo usarían también para demostrar el descubrimiento del amor transferencial a partir del mito del embarazo histérico (como se citó en Errázuriz, 2012).

Resulta paradójico como lo que de acuerdo con la narrativa dominante era el primer gran caso de histeria curada por la palabra, es en realidad la historia de una mujer que consiguió salir de su estancamiento a través de su fuerte compromiso y militancia por las causas de su género. Cabe entonces preguntarse sobre la influencia que tendrían, tanto para ella como a otras mujeres de su época, las condiciones sociales de opresión sobre las manifestaciones en sus cuerpos aquejados por padecimientos psíquicos.

## 5.2.2 Ida Bauer (Dora)

Dora era hija de un ex paciente de Freud que, a los 18 años presentó síntomas tales como afonía, migrañas, *taedium vitae* y lo que interesantemente se catalogó como “insociabilidad histérica”. Es llevada al consultorio de Freud por su padre, quien le confiere al médico que la componga y la ponga en buen camino (Freud, 1905).

Dora, quien en realidad se llamaba Ida Bauer, asistió a la consulta de Freud casi obligada, pues además de su desconfianza por los médicos, se trataba de un tratamiento que era demandado por su padre, quien no creía en la veracidad de sus relatos.

Para este tiempo, Freud se encontraba trabajando en su libro *La interpretación de los sueños* (1900) y otros textos sobre las formaciones del inconsciente<sup>5</sup>, por lo que el tratamiento de Ida consistió sobre todo en el análisis de dos sueños que ella relató, además de la interpretación de sus síntomas.

El relato de Ida, se centraba en la presencia de un matrimonio con el que su padre llevaba una amistad cercana, el señor K y la señora K, e Ida cuidaba de los hijos de esta pareja mientras mantenía una estrecha relación con la señora K, la cual sería interpretada después con distintos calificativos (amor filial, amor homosexual, admiración narcisista) mujer con quien, además, Ida presenciaba una relación adúltera con su padre.

La madre de Ida, por su parte, figuraría poco en sus relatos pues pasaba su tiempo limpiando o haciendo limpiar los muebles y utensilios de la casa, limitando incluso que estos objetos se usaran por la familia para evitar ensuciarlos. Ida no tenía una

---

<sup>5</sup> *La psicopatología de la vida cotidiana* (1901), *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905) y *Tres ensayos de una teoría sexual* 1905.

buena relación con su madre y temía ser una mujer como ella, pues sus intereses estaban lejos del ámbito doméstico, ya que Ida ocupaba su tiempo estudiando o asistiendo a espacios académicos.

En cuanto a la causa de sus malestares, Ida distinguió una ocasión como en la el señor K le hizo insinuaciones sexuales cuando ella tenía solamente 16 años. Ella lo abofeteó y le contó a su padre, quién confrontó al señor K y éste negó lo ocurrido, alegando que quizá, Ida al encontrarse leyendo historias románticas, habría confundido o fantaseado una historia similar.

Más adelante, en sus encuentros con Freud, Ida relató un episodio anterior donde el señor K busco quedarse a solas con ella cuando tenía 14 años de edad, donde aprovechó y “le robó un beso” y le dijo <<Mi mujer no significa nada para mi>>, acto seguido ella salió corriendo sintiendo náuseas y opresión en el pecho.

Para Freud no cabía la posibilidad de que Ida no deseara al señor K, fue sorprendente para él que en lugar de excitarse con sus insinuaciones sexuales ella sintiera asco, Esta reacción es lo que bastó para diagnosticar a Ida como “claramente histérica”, pues para él la explicación era que la respuesta displacentera estaría relacionada con una represión sexual así lo explicaría en su texto “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905)<sup>6</sup>, ahí comentó lo siguiente: “Yo llamaría histérica, sin vacilar, a toda persona, sea o no capaz de producir síntomas somáticos, en quien una ocasión de excitación sexual provoca dominante o exclusivamente sentimientos de displacer” (Freud, 1905, p. 27)

Freud no consideró la validez de que una muchacha se angustie ante los acercamientos invasivos y no deseados que provenían de un hombre adulto, casado, con ventajas sobre ella. Por más que haya sido admisible la teoría de que las reacciones de excitación que recién se conocen en la adolescencia, resultan

---

<sup>6</sup> La razón para denominarla como “fragmento” fue porque el tratamiento es interrumpido por Dora. Freud argumentó que, de haber continuado, el tratamiento habría llegado a buen término.

confusas o abrumadoras, se trataba de una joven que además tenía que tramitar las emociones que le provocaban varias situaciones:

- 1) saberse la moneda de cambio que su padre le ofrecía al señor K para comprar su silencio debido a la relación amorosa que él mantenía con la señora K.
- 2) sentirse traicionada por ella, la mujer en la que había encontrado una identificación con su género.
- 3) Ya que Ida no mantenía buena relación con su madre y en general no compartía la misma visión que ella sobre la feminidad y su destino volcado a los roles domésticos, Ida encontró en una señora K que gustaba de la lectura a un prototipo de la feminidad que podía admirar.

Dio Bleichmar (1985) planteó un análisis a cerca de Dora y su enmarcación como un caso de homosexualidad. En primer lugar, resaltó que entre 1901 y 1905 Freud se encontraba en pleno auge de su tesis sobre el deseo edípico y que, por lo tanto, no es de extrañarse que se empeñara en sostener y demostrar esta teoría hasta donde era posible. Por ello, su interpretación se centró sobre la represión de los deseos incestuosos, ya sea que fueran dirigidos a su padre, al señor K o a la señora K.

Freud interpretó que el señor K estaría fungiendo como representante del padre y que, por lo tanto, se trataba de una escena edípica que confirmaba su teoría. O bien, que se trataba de un desplazamiento del deseo y que Ida en realidad amaba a la señora K como sustituta de su madre, esto debido a que, a pesar de ser su rival por el amor de su padre, mantenía con ella una estrecha amistad. La señora K era su confidente, leían juntas la *Fisiología del Amor* de Mantegaza, le obsequiaba regalos que eran bien apreciados por Ida.

Freud señaló nunca haber escuchado alguna hostilidad de Ida hacia la señora K y, por lo tanto, dedujo que Dora le dirigía afectos de carácter masculino. Dio Bleichmar

(1985) sugirió que sí, que Dora se encontraba más interesada en la mujer que en el hombre, pero no en su sexo, sino que le interesaba encontrar un ideal de Yo femenino que hasta entonces tenía desdibujado.

Dio Bleichmar (1985) rescató que esta cercanía con la señora K le habría mostrado a Dora algo más allá del mundo doméstico que habitaba su madre, pues su madre era despreciada por los hombres de la familia. Tenía como referencia a su intelectual y dominante padre, a su ambicioso y exitoso hermano mayor y por supuesto, al avasallador señor K, pero ahora, tenía a una mujer que le compartía un saber sexual, un saber sobre qué era ser mujer.

Por esto, la traición de la señora K sería tan dolorosa, ya que Dora primeramente ocurría el resentimiento de que su padre, la figura que se supondría que iba a velar por su honra, que esperaba el recato de su hija y que ésta contuviera su deseo sexual, en realidad pretendía intercambiarla con el Sr. K para que su padre pudiera estar con la Sra. K. Se trató de una herida narcisista: Ida no solo fue aplazada por su padre quien prefirió a la señora K, sino que además éste le demostraba el valor que le otorgaba a su sexualidad femenina, un signo de degradación, algo más allá de la moral victoriana, según Dio Bleichmar, se trataba de su valoración como ser humano por parte de quien ella consideraba su ideal del Yo.

Cuando el señor K se defendió, señalando la posible perversión de Dora al confundir la situación por las ideas literarias sobre romances, busco evadirse y mostrarse como un pobre hombre seducido. Dora entendió que su informante sobre su afición a esta literatura ha sido su esposa, quien conocía sus gustos por las confidencias que le había compartido.

Dora supo que, en realidad, a la señora K le interesaba mantener un vínculo cercano con ella para estar cerca de su padre. Esto sería la confirmación de que, tanto para el hombre como para la mujer, la sexualidad femenina no es una virtud y, por el

contrario, es algo que la desvaloriza. “¿No es éste también el conflicto de la histérica, como gozar sexualmente en un mundo en que tanto las mujeres como los hombres no consideran este goce como legítimo y engrandecedor de la mujer? (Dio Bleichmar, 1985, p.199).

Un conflicto edípico no era problema cuando Ida se relacionaba con mujeres “rivales” por el amor a su padre (su madre, la señora K y su institutriz que también estaba enamorada de su padre), y así:

Solo se desató la furia narcisista de Dora cuando advirtió que por sí misma <<no significaba nada>> en ausencia de su padre la institutriz se mostraba indiferente a la joven. <<Mi mujer no significa nada para mi>>, en boca de su padre y del señor K, o la conducta de la institutriz encerraba un mismo significado, la descalificación de su género. La herida infligida era al narcisismo, más que a la libido. A su vez, Dora <<no significaba nada>> para las propias mujeres que sucesivamente fue considerando sus modelos (Dio Bleichmar, 1985, p.199).

Katia Weissberg (2024) señala que Freud parecía acusar a Ida en cada interpretación, que en su intento por comprobar su teoría dejó de escucharla y en su lugar le impuso una sexualidad que resultó incluso violenta. Subraya también, que en momentos parecía incluso despreciar a Dora, haciendo énfasis en sus sentimientos de venganza, celos, transferencia negativa hacia él, resaltando su aparentemente constante rabia.

Es así que otra interpretación sería que: “Dora es una adolescente que percibe los efectos de la violencia sexual de los hombres que la rodean, pero al no poder expresarlo en palabras (ni Freud estar dispuesto a escucharlo) lo sintomatiza con un sentimiento de humillación, rabia e indignación constante” (Rutenberg, 2022, p.35).

¿Qué le enojaba tanto a Dora? Podríamos apuntar a la pregunta que planteó Dio Bleichmar:

¿Qué destino podía imaginar para sí como futura mujer, si la señora K, la única jerarquizada dentro de ese conjunto, también caía en la categoría de una nada?” (1985, p. 200). Y que, por lo tanto, no se trataba únicamente de la transformación de su impulso sexual en asco, si no que se trató de una repulsión debido a su narcisismo herido. Dio Bleichmar enmarca entonces el caso Dora como “una búsqueda desesperada por la reivindicación narcisista de un género poco narcisizado en la historia de la cultura (Dio Bleichmar, 1985, p. 200).

### Imagen 5.

Fotografía de Ida Bauer (Dora)



*Nota:* Tomada de Sociedad Freudiana de la Ciudad de México (s.f.). *La Dora de Freud: ¿El primer gran caso psicoanalítico es un fracaso?* Recuperado de <https://sfreudiana.mx/sfreudiana/la-dora-de-freud-el-primer-gran-caso-psicoanalitico-es-un-fracaso/>

Estando Freud tan interesado en escuchar a las mujeres, a las histéricas, ¿Qué impidió que escuchara a Dora sin poner de por medio la mirada de su padre y del señor K? ¿Qué tanto podríamos decir que se trató de un sesgo por apresurarse a comprobar sus supuestos y qué tanto por, lo que hoy llamaríamos, el pacto patriarcal? Una posible respuesta es que: “El historial está escrito en clave masculina. En él se privilegian los intereses del padre, las intenciones del señor K, y la propuesta teórico-clínica de Freud. Dora quedó no dicha, silenciada, perdida para la histeria y para la historia” (Weissberg, 2024, p.78).

Aún si Ida no contaba con las palabras para declarar su subjetividad no hubo nadie que la escuchara. Ni su madre, ni su padre que la tachó de fantasiosa, ni su hermano quien abogó por no entrometerse en los asuntos de sus padres, ni su confidente la Sra. K que reveló sus secretos para su beneficio, ni su psicoanalista que estaba más interesado en corroborar su teoría.

A Ida no le quedó otro lenguaje que no fuera el de los síntomas de conversión sobre su cuerpo que delataban su indignación y asco frente al acoso sexual del Sr. K, la doble traición por parte de la Sra. K que solamente estaba interesada en continuar la relación con su padre, y de su propio padre que no tuvo problemas en intercambiar a su hija Ida con el Sr. K para cerrar el círculo de infidelidad con la Sra. K.

Bajo esta óptica, se devela todo el trasfondo de relaciones e intereses sexuales del mundo adulto que avasalló primero a Ida cuando era una adolescente y después como una adulta joven y todavía inocente, por eso la salida inconsciente de Ida fue somatizar como consecuencia de verse forzada a participar en la trama perversa que orquestaron su padre y la pareja de los K.

Los síntomas de Ida actuaron como un mecanismo de defensa frente a las perversiones de los adultos más cercanos, que en lugar de protegerla buscaron como abusar de ella, convirtiéndola en un objeto de intercambio que posibilitará continuar con sus infidelidades. Todos los adultos que rodearon a Ida, incluido Freud, prefirieron señalarla a ella como enferma y a la que había que tratar por histérica, que aceptar y señalar lo obvio que era la violencia de aceptar el acoso del señor K y de forzarla a participar del intercambio perverso de parejas al que ella se oponía.

### 5.2.3 Aurelia Ohm (Katharina)

También en Estudios sobre la Histeria (1895) fue recopilado el que Freud nombró como el caso de Katharina. Ella no fue una paciente de Freud, era una joven con la que se encuentra durante unas vacaciones en las montañas de Hohe Tauern, en los Alpes Orientales. Ella, al enterarse que era médico recurre a él y tras una entrevista dirigida por Freud, ella le enumera los síntomas que le atormentaban. Aurelia padecía de sensaciones de ahogo, vómitos, mareos, presión en el pecho y los ojos, así como pánico a morir y a ser atacada por la espalda. A estas sensaciones le acompañaba la visualización de un rostro horrible que la asustaba, pero que no sabía de quién se trataba; Freud se interesaría en llegar a develar a quien le pertenecía este rostro.

Al preguntarle cuando comenzaron estos males, Aurelia le respondió que hacía dos años, a la edad de 16, mientras se encontraba con una tía trabajando en un albergue de otro monte, sorprendió a *su tío* en una habitación con su prima Franziska, el cuerpo del tío yacía sobre el de ella. De inmediato siente la falta de aire, así como la opresión en los ojos y en la cabeza, Freud le pregunta si reconoce lo que esa escena le ha aterrado, pero Aurelia dice que no, que ni siquiera entendió en ese momento lo que estaba ocurriendo. Después de esto comenzaron los vómitos, signo que Freud ya había intentado traducir anteriormente con Breuer en otros casos de histeria por lo que, atinó a preguntarle a Aurelia si este síntoma estaba relacionado con alguna sensación de asco.

Aurelia refiere que sí, pero no sabe a razón de qué. De pronto recuerda dos momentos: el primero tuvo lugar cuando ella tenía catorce años, ese mismo *tío* tuvo aproximaciones sexuales con ella. Estando acostada en su habitación y sin estar todavía en sueño profundo, él se subió sobre el cuerpo de ella y se despertó al sentir el peso de su cuerpo, y la hizo levantarse molesta, dicha molestia fue sobre todo porque él no la dejó dormir. Aunque el tío le insistió a que no se levantará ella se

quedó de pie hasta que el tío se quedó dormido. Refiere que no interpretó estas acciones como un ataque sexual por parte de él, sino hasta tiempo después.

Rutenberg (2019) recuperó este caso para explicar lo que para Aurelia parecen ser los dos tiempos del abuso sexual: cuando ocurre el abuso y cuando es descubierto como tal por la víctima.

Cabe señalar que no fue la única vez que este hombre intentó abusar sexualmente de ella, esto le permitió hilar en su relato un segundo momento: Katharina reconoció haber notado que algo sucedía entre su tío y una de sus primas, lo que parecían ser encuentros clandestinos. Estas situaciones le sorprendían, pero no le hacían sentido para hilar cabos, aunque si venían acompañadas de angustia.

La lectura de Freud fue que Katharina comenzaría a comprender y a defenderse solamente hasta que presenció a la pareja copulando, lo que advino en una sensación de asco que se manifestó en vómitos; que lo que Katharina comprendió fue que su tío ahora hacía con su prima Franziska lo que había tenido intención de hacer con ella.

Sobre el enigma de la visión de la cara horripilante, Aurelia concluyó que se trataba de la cara de enojo de su tío, quien furioso la acusaba de ser la causante de su divorcio, porque después de verlo abusando de su prima Franziska lo delató con su tía. Cabe mencionar que, para ese entonces, el tío ya estaba viviendo con su prima Franziska, quien se encontraba embarazada, y el resto de la familia se había ido de aquel hogar.

Respecto al miedo a ser atacada, Katharina lo relacionaba entonces con todas las veces que temió que el tío cumpliera sus amenazas de golpearla (y quizá, de hacerle daño de otra forma). Lo interesante de este caso, al menos en cómo está narrado en la publicación de Freud, es que años más tarde, en 1924, añade un pie

de página aclarando que en realidad ocultó la verdadera identidad del supuesto tío, ya que se trataba en realidad del padre de Aurelia, y lo expresó como sigue:

Después de tantos años, me atrevo a infringir la discreción entonces observada y a indicar que Katharina no era la sobrina, sino, la hija de la hospedera. Vale decir que la muchacha había enfermado a raíz de unas tentaciones sexuales que partían de su propio padre (Freud, 1985 nota al pie en p.149).

Si bien, Freud calificó como “ataque sexual” a la experiencia vivida por Aurelia, refirió que lo angustioso para ella radicó en el conocimiento del mundo sexual: “Harto a menudo había discernido la angustia en muchachas jóvenes como una consecuencia del horror que invade a un ánimo virginal cuando el mundo de la sexualidad se le abre por primera vez” (Freud, 1895, pp.142-143).

Aun cuando Freud en cierto momento reconoció la soltura de esta joven para hablar sobre los temas sexuales, pues expresó: “me resta agradecerle que resulte tanto más fácil hablar con ella que con las mojigatas damas de mi práctica urbana, para quienes todas las cosas naturales son obscenas” (Freud, 1895, p. 147), también conjetura que, ya que la experiencia de Aurelia aconteció en una etapa presexual, esto no debió causar efecto alguno sino hasta después, por eso:

...el caso de Katharina es típico; en el análisis de cualquier histeria que tenga por fundamento traumas sexuales, uno halla impresiones de la época presexual que, *no habiendo producido efectos* sobre la niña, más tarde cobran, como recuerdos, una violencia traumática al abrirse para la joven virgen o la esposa el entendimiento de la vida sexual (Freud, 1895, pp.148-149).

Aunque Freud reconocería más tarde la importancia de los impulsos sexuales en la niñez temprana,<sup>7</sup> corrigiéndose a sí mismo respecto a este caso, es notoria la influencia de este sesgo teórico para el análisis de Katharina. Si no se trató

---

<sup>7</sup> Fue en 1905, en la Nota Introdutoria de Tres ensayos de teoría sexual.

solamente de su “ánimo virginal” entonces es posible una lectura distinta sobre la escena del descubrimiento sobre el suceso de violencia sexual:

Lo traumático de la escena no es “ver sexo” sino el recuerdo que esa visión evocó: cuando el padre se metió en su cama. Lo que descubrió Katharina no es simplemente que el padre puede hacerle a ella lo mismo que hace con la prima. El descubrimiento es que el padre está violando a la prima. Ni descubrió el sexo, ni los genitales, ni la infidelidad del padre: ¡descubrió una violación! Y se enfermó. (Rutenberg, 2019, p. 2).

Lo que no queda claro es a razón de qué ocurre la desfiguración por parte de Freud de un dato tan importante, que le llevó a decir que fue el tío y no el padre quien cometió el abuso. Se podría pensar que se trató de un intento por mantener la confidencialidad de la paciente y de su familia, aunque, Freud ya acostumbraba utilizar pseudónimos para dicho propósito. Para Aguilar (2024) mostrar un parentesco más distante con el agresor parece ser más bien una estrategia para “atenuar el horror del incesto” (p.55).

La psiquiatra feminista Judith Herman (1991) realizó una revisión sobre la historia de la histeria, recuperando así la posibilidad de una razón más tangible de esta decisión de Freud, y es que la autora reconoce que, en un inicio, Freud se mostró curioso sobre la etiología de la histeria, que estaba dispuesto a escuchar, aún sobre sus propias certidumbres, que atrás de los signos de histeria más recientes y triviales se encontraban ocultas experiencias de violencia sexual, abuso e incesto. Para Herman (1991), es notable como cambia la línea de investigación freudiana puesto que en:

Su correspondencia deja claro que estaba cada vez más preocupado por las radicales implicaciones sociales de su hipótesis. La histeria era tan común entre las mujeres que, si las historias de sus pacientes eran ciertas y su teoría era correcta, se vería obligado a concluir que lo que él llamaba <<actos perversos contra los niños>> eran endémicos, no solo entre el proletariado de París, donde estudió por primera vez la histeria, sino también entre las respetables familias burguesas de Viena, donde había instalado su consulta.

La idea era sencillamente inaceptable. Estaba lejos de ser creíble (Herman, 1991, p. 35).

Fue en la carta 69 de su correspondencia con Fliess, donde expresó su sorpresa a que ocurran tantos casos de histeria cuyo trasfondo tuviera ataques sexuales incluso de los propios padres, aunque: “en todos los casos el padre hubiera de ser inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre [...] cuando es poco probable que la perversión contra niños esté difundida hasta ese punto” (Freud, 1933, p. 301).

Sin embargo, ocurrían estas violencias sexuales, aún ante la sorpresa o ingenuidad Freud, en la urbanidad de Viena y en las montañas de los Alpes Orientales de la época victoriana y también en todas las latitudes en la época actual, tal como lo explicó Rutenberg (2019):

La fantasía de seducción existe, pero se origina sobre una realidad: sobre los padres, abuelos, tíos, hermanos, que miran y tocan a las mujeres, siempre exculpados en el mito de que existe una pulsión viril incontrolable que se descarga en cualquier parte, incluyendo el cuerpo de sus hijas (p.3).

El caso de Aurelia permite develar no únicamente como operó la neurosis en un caso de *ataque sexual*, también exhibió la manera en que Freud manejó el descubrimiento de que estos ataques eran mucho más frecuentes de lo que él podía concebir. Hoy en día se sigue cuestionando su decisión de cambiar *tío* por *padre*, ya sea con intenciones de atenuar el horror, por incredulidad, por la interpelación a su propia teoría, por pacto patriarcal, etcétera.

Lo cierto es que actualmente esto sigue teniendo influencia en cómo se brinda atención clínica en casos de violencia de género, pues tanto a mujeres adultas como a menores, se les escucha con un dejo de duda cuando denuncian haber sufrido algún tipo de violencia sexual. Siempre surgen cuestionamientos en cuanto a la veracidad de los hechos, la decisión de hablarlo ahora y no antes, si las mujeres buscan dañar al exponer a quien supuestamente le agredió o que si lo acontecido en los relatos de las mujeres no fueron más bien actos fantaseados o deseados. Se

usan todos los argumentos para intentar desestimar y desvalorizar los testimonios de las mujeres que denuncian en la violencia sexual.

#### **5.2.4 Más que objetos de estudio**

Raquel Aguilar (2024) propone una lectura de *Estudios sobre la histeria* desde una epistemología feminista. Explica que la redacción de los casos clínicos ahí contenidos, centran la atención en los motivos de consulta y los síntomas que las pacientes presentaban, ya que: “desde mi punto de vista, dicha coherencia, no obstante, coincide también con una lectura patriarcal: poner “primero” el cuerpo de mujeres, un cuerpo ajeno, caótico y con necesidad de ser controlado” (p.50).

Esta perspectiva la comparte Errázuriz (2012) pues denunció todo lo que implicó la puesta en escena de los martes en La Salpêtrière, donde se exhibían a mujeres en crisis histéricas inducidas por barbitúricos<sup>8</sup>, representando el imaginario social de que las mujeres enfermas eran objetos que estaban en manos de hombres científicos, como una expresión de la jerarquía en la salud mental.

Por esto, Aguilar (2024) propone que los casos de Anna O., Emmy von N., Lucy R., Katharina y Elisabeth von R. también sean revisados desde su contexto familiar. Por ejemplo, hay que resaltar el hecho de que en la mayoría de éstas pacientes había recaído la labor de cuidados de familiares enfermos (como fue el caso de Elisabeth, Emmy y Anna), ya que las tareas de cuidado estaban, de por sí, designadas casi exclusivamente para ser cumplidas por las mujeres.

Aguilar (2024) indica que Freud llegó a la conclusión de que, al menos durante el tiempo que duraban dichas labores de cuidado tan demandantes, estas mujeres no

---

<sup>8</sup> Prácticas que hoy en día, no serían éticas.

tenían oportunidad de elaborar afectos que estaban sintiendo durante ese periodo que estaban fungiendo en su extenuante trabajo como cuidadoras y enfermeras, lo que condujo en parte a enfermarlas.

Además de las condiciones socio-histórico-culturales que colocaban a las mujeres en espacios que limitaban su desarrollo intelectual y sus habilidades para enfocar su tiempo y energía a los quehaceres domésticos y al cuidado de otros. De ahí que Mitchell (1974) defendiera que, aunque Freud patologizara a sus pacientes histéricas, al mismo tiempo develó los efectos de la opresión sexual en la sociedad victoriana.

De igual manera, Irigaray (2007) en su crítica a Freud por la falta de consideración a la sexualidad femenina como una sexualidad autónoma, señala que las histéricas revelaron los límites del discurso falocéntrico al desafiar con sus síntomas a las imposiciones de su género. Como lo expresaría también Dio Bleichmar (1985), cuando precisó: “la histeria no es sino el síntoma de la estructura conflictual de la feminidad en nuestra cultura” (p.28).

Esta perspectiva que aborda el contexto familiar y social de las pacientes histéricas, se aleja de la mirada clínica que en un inicio se centró solamente en sus síntomas o que las colocaba solamente como objetos de estudio para la obtención de conocimiento psicoanalítico. Aguilar (2024), recupera las contribuciones epistemológicas de estas mujeres en el siguiente esquema que se puede ver en el Cuadro 2:

## Cuadro 2.

Contribuciones epistemológicas al psicoanálisis de las pacientes de Estudios sobre la histeria (p.66).

Paciente	Contribución epistemológica	
Emmy von N.	Empleo del silencio para que la agencia esté del lado de la paciente. Necesidad de organización de las experiencias vividas.	Pasaje del foco de atención: del signo nosológico al discurso de la paciente.
Katharina	Noción de <i>après coup</i> (retardamiento) de lo vivencial, particularmente en el trauma.	
Elisabeth von R.	Discernimiento de la resistencia y nacimiento de la asociación libre.	
Anna O.	Nominación de un tratamiento terapéutico <i>sui generis</i> .	

El esquema recupera como estas mujeres le pusieron nombre a lo que ocurría en el dispositivo analítico, asunto que va más allá de lo que se esperaba de una mujer con el cuerpo enfermo, cuya voz se escuchaba solamente para la enumeración de sus síntomas. En sus relatos se pueden encontrar demandas, modos en los que querían ser tratadas, desde la insistencia a que se les permitiera hablar y que con ello se abandonara la hipnosis, hasta el descubrimiento de que se transferían a los médicos sus afectos.

Las pacientes, aunque patologizadas, fueron fundadoras involuntarias del psicoanálisis, que participaron en la elaboración de un lenguaje aún por descifrar, un lenguaje que es el del inconsciente.

### **5.2.5 La feminización de la histeria**

Dado que la histeria reflejó a las mujeres como eso otro enfermo o un territorio a controlar primero por la psiquiatría y después por el psicoanálisis, cabe preguntarse por qué este diagnóstico fue concebido como parte de la fragilidad biológica femenina.

Diane Chauvelot (2001) hizo un recorrido histórico sobre la histeria e investigó cómo Hipócrates, aconsejaba a las jóvenes a conseguir esposo y procrear, ya que dentro de ellas viviría un animal deseante de hacer niños, que cuando pasaba demasiado tiempo siendo estéril se molestaba y le causa a la mujer molestias y enfermedades. La histeria, empezó siendo entonces una enfermedad asociada al útero, a la sexualidad, al ser mujer. Aunque Galeno había reconocido la incidencia de la histeria también en varones, la historia (y el propio Galeno posteriormente) privilegió al útero como la causa fehaciente de la histeria.

Chauvelot (2001) da cuenta de que después la histeria se apartó de la causa biológica y se volvió prueba de la herejía, convenientemente, como una evidencia que se encontraba únicamente en las mujeres.

Después, con el surgimiento de la psiquiatría, la histeria es estudiada como una patología del alma, la medicina relevó a la religión para las explicaciones en torno a los cuerpos y la sexualidad, se empezó incluso a sugerir que la causa era una patología que se sitúa en el cerebro y no en la matriz. Pero no es hasta finales del S. XIX que Charcot introduce la posibilidad de la cura a través de la palabra que la histeria va tomando forma de neurosis, es decir, de que era un padecimiento físico con una causa psíquica.

Con el surgimiento del psicoanálisis y su tesis de la masculinidad primaria, es decir, que la niña es un varoncito hasta que se da cuenta que no, quedó inaugurando para

las mujeres un supuesto y permanente deseo de ser varón el resto de sus vidas. Esto, aparentemente, es lo que hace a las mujeres proclives a padecer histeria (Dio Bleichmar, 1985). La histeria, fue una condición tipificada como la enfermedad femenina por excelencia en el siglo XIX (Errázuriz, 2012), que representó un hito de las intervenciones psicoanalíticas desde su fundación.

La tesis de que la histeria tendría una etiología cerebral y no precisamente uterina, ponía de manifiesto la posibilidad de encontrar esta afección en varones también, sin embargo, esta afección estaría asociada para los hombres a sucesos traumáticos en el cumplimiento de sus labores como, por ejemplo, a accidentes en ferrocarril o haber participado en batallas bélicas, pero, aun así, la histeria en la población masculina siempre tendría cierta asociación con lo femenino, como podemos apreciar:

La histeria masculina no es, si se quiere, muy rara. ¡Eh, bien! Señores, si juzgo por lo que veo cotidianamente entre nosotros, estos casos son en general poco reconocidos, incluso por médicos distinguidos. Se concede que un joven afeminado pudiera, luego de excesos, penas, emociones profundas, presentar algunos fenómenos histeriformes; pero que un artesano vigoroso, sólido, no enervado por la cultura, un chófer de locomotora, por ejemplo, nada emotivo hasta entonces, al menos en apariencia, pudiera, como consecuencia de un accidente de tren, de una colisión, de un descarrilamiento, volverse histérico, igual que una mujer, esto sobrepasa la imaginación. Nada mejor probado que esto, y habrá que hacerse a la idea. Esto vendrá, como otras proposiciones que se han establecido en los espíritus como verdades demostradas, después de que durante mucho tiempo hayan encontrado el escepticismo y a menudo la ironía. (Charcot, 1971, como se citó en Errázuriz, 2012, p. 50).

Aun contando con casuística en varones, la literatura médica como heredera del dominio masculino pareció resistirse a darle lugar a la histeria masculina, en tanto que se afirmó que únicamente bajo ciertos rasgos o ciertas condiciones traumáticas extremas un hombre podría llegar a ser tan histérico como una mujer.

Mark Micale (2008) expone que la histeria en varones ha sido un fenómeno mucho más común de lo que se ha admitido. Utilizó como ejemplo a miles de hombres que sirvieron como soldados durante la Primera Guerra Mundial, quienes durante las batallas o a su regreso de la guerra presentaron síntomas histéricos que fueron diagnosticados por médicos del ejército con “neurosis de guerra” o *shell shock*.

Este cambio en la terminología para nombrar un padecimiento fue un intento por desvincular la supuesta debilidad femenina asociada a estos síntomas que los hombres enfermos presentaron durante y tras la guerra. Micale (2008) criticó la invisibilización de la histeria masculina y la patologización de los varones que fueron catalogados como degenerados o con una desviación de su virilidad.

Micale (1995), también expuso que la histeria en realidad fue “artificialmente” definida como feminizada, al excluir sistemáticamente de la literatura médica los casos de varones que presentaban esta sintomatología, y al considerarla que era una condición propia que afectaba a las mujeres. De modo que, el mito de la mujer histérica se vio fortalecido en el discurso de los hombres de ciencia que se dedicaron a explicar desde su lógica androcéntrica qué les pasaba a las mujeres enfermas, quiénes eran ellas y cuáles eran sus deseos.

Rutenberg (2022) señaló que la pregunta que enuncia por excelencia la mujer histérica con sus síntomas, a partir de las interpretaciones psicoanalíticas es “¿quién soy?”. Debido a que es la mujer quien tiene la falta de un saber sobre sí misma, son otros los que definen quién es ella, otros hablan por ella y son quienes saben cómo es ella debería gozar.

Coincidiendo con lo que expuso Dio Bleichmar (1985), que la mujer histérica ha sido erróneamente interpretada con una indefinición sexual tras producir fantasías que son asociadas por los psicoanalistas con poseer un pene o la necesidad de que un hombre con supuesto saber le defina quien es ella, pero que estos no son más que intentos de narcisización, son intentos que le quedan en su posición de inferioridad en la jerarquía sexo genérica, donde no tiene muchos caminos que seguir.

Esta jerarquía y sus determinaciones para las mujeres en las ciencias de la salud, también fue estudiada por la doctora en Historia Medieval y Diplomada en Enfermería, Paloma Moral, quien en 1997 realizó una revisión histórica de la comprensión de la histeria y su tratamiento. Señaló que, a pesar de los avances en la medicina del siglo XIX y de los descubrimientos en materia de salud mental, para las pacientes con síntomas histéricos se siguió considerando que las relaciones heterosexuales eran el mejor tratamiento para la histeria, así como para su prevención, por ello:

La idea de la inferioridad corporal, intelectual y emocional femenina nació con la medicina griega antigua, pero no parece haber hecho otra cosa más que extenderse como dogma; como un principio fundamental que no se puso en cuestión y que, por lo tanto, provocó la identificación de la histeria, el histerismo, los síntomas histéricos o la histeralgia con las mujeres; como una idea que se aceptó sin necesidad de justificación (Moral, 1997, p. 67).

Esta puntualización histórica sobre el cuerpo femenino y la concepción de la histeria, converge con la que realizó Rigoberto Hernández, (2019), quien señaló como en la Grecia Antigua, era el hombre el que se acercaba al mundo de las ideas mientras que la mujer era más bien parte del escenario de la naturaleza y más que racionalidad, le fue atribuida la animalidad.

Por lo tanto, el deseo de reproducción debía ser satisfecho por la mujer, no tanto porque realmente lo deseara sino porque con su cuerpo se cumplía la función de la naturaleza. Así, la teoría del útero errante se convirtió en la explicación por excelencia para la justificar el control sobre el cuerpo de las mujeres, pues ya no era solo la explicación a su malestar individual, además, “los síntomas histéricos eran el reclamo del cosmos interrumpido en su funciona-miento natural” (Hernández, 2019, p. 194).

La población en riesgo de enfermar de histeria era entonces, las mujeres vírgenes, las viudas y las estériles, a quienes se les trataba con fumigaciones nasales y vaginales para intentar que el útero llegase a ocupar el lugar adecuado en el cuerpo,

posteriormente, la indicación era mantener relaciones sexuales e idealmente quedar embarazadas (Moral, 1997). Estas recomendaciones dejan entre dicho que, si bien, la histeria estaba asociada a la falta de copulación y la insatisfacción sexual femenina, también se le asociaba la falta de procreación, ya que en esta visión androcéntrica aparece la asociación mujer-madre, como lo explicó Isabel Clúa (2007) quien señaló:

Como la naturaleza, también, la mujer debe ser fecundada, no es productiva por sí misma. Idea que viene a reforzar la isotopía de la pasividad y la falta de genio propias de la condición femenina. Ese vínculo mujer-naturaleza adquiere muchas facetas en los textos finiseculares, desde la exaltación de la pasividad femenina, pasando por la alabanza de la maternidad, hasta consideraciones extremas de la mujer como una especie distinta del hombre, como un ser más próximo a los animales que a éste y como fuerza, en fin, involutiva. (Clúa, 2007, p.161, como se citó en Abeijón, 2019, p. 209).

Más adelante, Charcot rompería con esta tradición donde la histeria se interpretaba con una falta de especificidad y, en un intento por otorgarle mayor rigor científico, Charcot ubicó una serie de síntomas para enmarcar la histeria de carácter neurológico, dando origen a la categoría de la “Gran Histeria” y a la producción de un cuerpo histérico. Sin embargo, esta ruptura no ocurrió así con los sesgos androcéntricos que se han mencionado con anterioridad y para ello, vale hacer mención del escenario canónico donde ocurrió la catalogación de la histeria como categoría clínico-patológica.

En un edificio que había sido construido para la fabricación de salitre, en 1657 por Luis XIV, ahora albergaba a mendigos, delincuentes, hombres y mujeres pobres, lisiados, seniles, con epilepsia, prostitutas etc. El pabellón donde se encerró particularmente a las mujeres fue en La Salpêtrière, como se observa en la Imagen 6.

**Imagen 6.** Jeurat, E. (1757) El transporte de prostitutas al Hospital La Salpêtrière [óleo sobre lienzo]. Museo Carnavalet.



*Nota:* Luis XIV tenía la intención de frenar la mendicidad y la ociosidad, que catalogaba como fuente de todo desorden, por lo que el Hospital General de París no fue precisamente concebido como un establecimiento para la cura o los cuidados, sino como un lugar para la reclusión y exclusión de las personas que actuaban fuera del orden establecido.

Los tratamientos para la histeria en La Salpêtrière continuaron con la tradición de centrar dicha afección como consecuencia a la insatisfacción sexual en las mujeres, ya no se concebía la idea del útero errante como lo habían señalado los griegos, sino que ahora se trataba de “el útero afectado de neurosis” (Dubois, 1833, como se citó en Abeijón, 2019, p. 208).

Por lo que las recomendaciones para tratar este padecimiento seguían siendo el matrimonio, la copulación y la reproducción, además del masaje uterino que solamente podían practicar el médico, el esposo o la matrona. Ahora, el masaje se

enfocaba en la presión ovárica y era utilizado frecuentemente por Charcot, tanto para desencadenar ataques histéricos como para detenerlos.

Cada semana, en *las lecciones de los martes*, Charcot realizó demostraciones clínicas de mujeres histéricas, en lugar de las rondas tradicionales en las salas hospitalarias optó por realizar entrevistas públicas a dichas pacientes en el anfiteatro de La Salpêtrière. Eran invitados médicos e intelectuales tanto de Francia como del extranjero, que querían presenciar las experimentaciones de Charcot sobre los cuerpos de mujeres enfermas, mujeres que cabe mencionar, eran de clase baja, y que acarreaban con ellas historias de abuso sexual, físico y que en general, estaban en situaciones de desamparo económico y social.<sup>9</sup> Estas mujeres que hasta entonces habían sido excluidas, eran ahora el centro de atención de médicos eminentes.

Los experimentos de Charcot consistían en hipnosis, inducción de crisis epilépticas, manipulación de genitales, inhalaciones de nitrato de amilo, electroshock. Todo esto ante la observación de médicos y estudiantes que además registraban en imágenes las contorsiones, posturas y desmayos de las pacientes, imágenes que funcionaron para la documentación de métodos experimentales, pero también propició una dinámica de espectáculo clínico.

Una de las pacientes que más participaron tanto en las lecciones de los martes como en la *Iconographie Photographique de La Salpêtrière*, fue Louise Augustine Gleizes, conocida como Augustine o como "A", quien sufrió castigos corporales y un abuso sexual de parte de la pareja de su madre. Fue ingresada a los 15 años por múltiples ataques de histeria en un día.

---

<sup>9</sup> Contrastando con las mujeres histéricas pero burguesas que tendrían acceso a la cura por la palabra con el Dr. Freud.

**Imagen 7.** Regnard, P. (1876-80), Augustine fotografiada por Regnard, en la publicación médica "Iconographie Photographique de la Salpêtrière"



*Nota.* En muchas de las imágenes, a manera de pie de foto, se podían leer descripciones como “actitudes pasionales”.

Augustine, considerada como una de las favoritas del médico y fotógrafo Paul Regnard, como se ve en la Imagen 7 fue retratada como una muestra ejemplar de mujer histérica, porque:

Todo en ella anuncia a la histérica. El cuidado que dedica a su aseo, el arreglo de sus cabellos, las cintas con las que gusta adornarse. La necesidad de adorno es tan aguda que cuando está sufriendo ataques, si se produce una remisión, aprovecha para atar una cinta a su camisola; esto la distrae, le resulta agradable. De más está decir que la mirada de los hombres le resulta agradable, que le gusta mostrarse y desea que se ocupen de ella (Bourneville y Regnard, 1878, p. 168 como se citó en Abeijón, 2019, p. 212).

Abeijón, (2019) además recuperó la argumentación de Butler (1990), sobre el carácter performativo del género, que contradice la existencia de un cuerpo antes

de las normativas que le invisten. Para Butler (1990) el cuerpo no es resultado de las construcciones culturales, sino que el cuerpo es en sí, una construcción misma.

Por ello, Abeijón (2019) propuso que el cuerpo histórico es una producción performativa, que si bien, Charcot pareció ser un médico que imprimió una mirada científica sobre el cuerpo de sus pacientes histéricas, lo que sucedió fue una enmarcación de síntomas según algunos valores androcéntricos: la pasividad femenina, la atención al aseo de su imagen y la falta de inteligencia. Según el autor, la categorización clínica de la histeria se fundamentó en que ésta era una experiencia visual, sin embargo, no se consideró que dicha experiencia era de carácter performativo:

La supuesta mirada científica de Charcot, muda y sin gesto aspiró a ser una mirada clínica ideal, capaz de captar los signos de la enfermedad que se manifestaba en el espectáculo de la histeria [...] el cuerpo sobre el cual se imprime la mirada del médico, y sobre el cual se visibilizan una serie de afecciones previas a la mirada, es un cuerpo producido (Abeijón, 2019, p. 210).

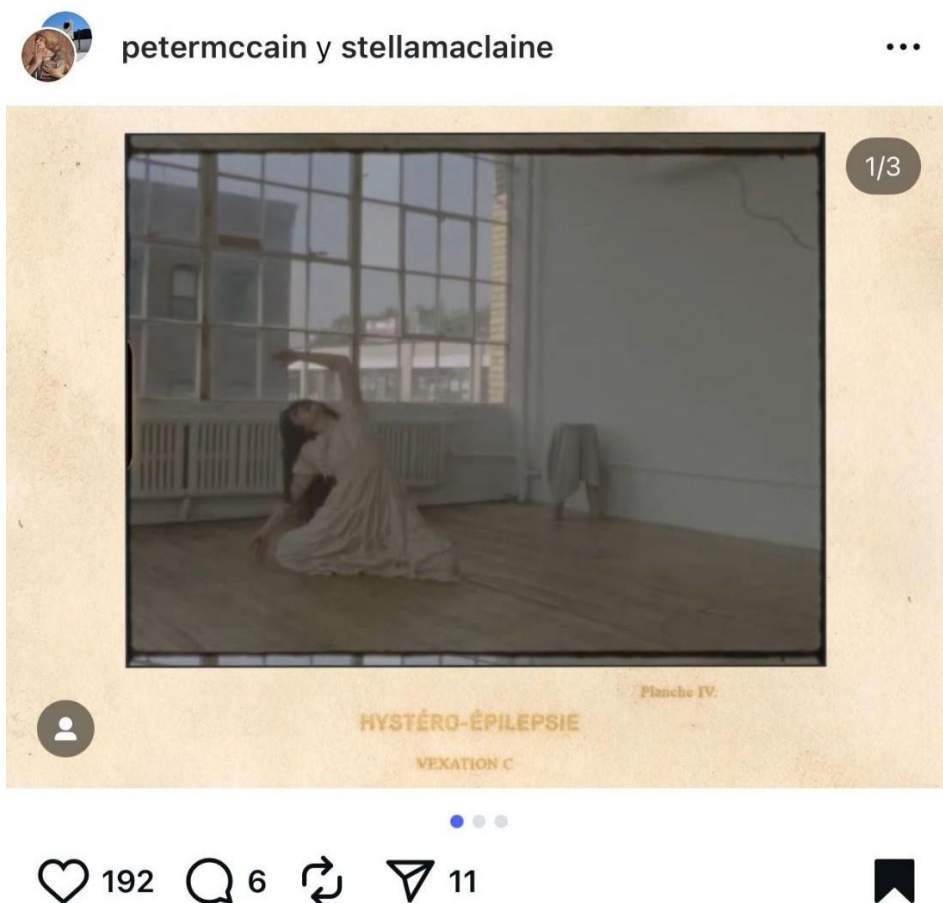
Aun en la actualidad, se preserva una mirada hacia Augustine (y hacia las histéricas de La Salpêtrière) que las acusa de haber sido histriónicas, oportunistas o faltas de ética debido a la falsificación o exacerbación de los síntomas mostrados para el público o las cámaras. Ejemplo de ello está la obra artística del fotógrafo Peter McCain, quien en 2024 junto con la bailarina Stella Maclaine realizaron un performance sobre *la posesión* de Augustine que se aprecia en la Imagen 8, acusándola de arribista o falta de ética, que supo aprovechar que personajes cultos e influyentes le tomaran en serio, señalan que:

El comportamiento errático de Augustine ante la cámara era muy probablemente una mera actuación, cuya ética resulta cuestionable, pero que se produce en un momento crítico de la historia, cuando en Occidente se estaban reconstruyendo las ideas sobre el mundo metafísico. Si Augustine era una intérprete, también era una oportunista, ya que aprovechó una de las primeras ocasiones en la historia moderna occidental en la que podía cautivar

al público con su imprevisibilidad y hacer que la tomaran en serio, que se le interpretara de forma esotérica y se la documentara con curiosidad por parte de personas cultas e influyentes. Aquí está nuestra oda a su proceso creativo (McCain, 2024, la traducción es mía).

Este retrato de Agustine, parece replicar aún en tiempos modernos, la dicotomía de mujer supuestamente enferma es una seductora que con falsedades cautiva a hombres cultos.

**Imagen 8.** Performance de Peter McCain y Stella Maclaine (29 de octubre 2024).



*Nota.* La muestra artística representa los estadios por los que atraviesa Agustine, con movimientos cada vez más desorbitados conforme avanza de etapa, es en la fase última donde aparecen movimientos más mesurados y termina mirando hacia la ventana a su costado. Probablemente esto último se trate de un guiño a su escape de la Salpêtrière disfrazada de hombre, después de años de internamiento sin la mejora de sus síntomas.

Aunque pudieran denotarse como falsas o histriónicas, quizá las pacientes de La Salpêtrière tenían una motivación para llevar a cabo el ejercicio performativo de la histeria, como lo explicó Didi-Huberman (2007): estas mujeres podían gozar de un trato especial si posaban para las fotografías y se sometían a la experimentación ante un público, a cambio de no ser encerradas en el pabellón de las incurables olvidadas.

Los tratamientos psicológicos actuales podrían no estar distantes de los valores androcéntricos que se han mencionado, donde a los malestares físicos o emocionales de las mujeres que acuden a servicios de salud, pudieran atribuirles causas tales como la falta de pareja sentimental, falta de hijos, problemas en su carácter (no asumir un rol pasivo en sus relaciones) o bien, que se trata de un ejercicio teatral para llamar la atención. Tales interpretaciones perpetúan las violencias hacia las mujeres.

Agrandar conclusión

Interpretación

### **5.3 Algunos efectos de la práctica psicoanalítica sin perspectiva de género en analizantes con vivencias de violencia de género.**

En el presente apartado, se busca exponer algunos efectos que la práctica clínica sin perspectiva de género puede producir en analizantes con vivencias de violencia de género. Nos interesa, sobre todo, su incidencia en la dirección de la cura psicoanalítica y sus efectos relacionados a la revictimización o la responsabilización de dichas experiencias a causa de supuestos deseos o goce inconsciente en el sufrimiento, argumentos que le restan responsabilidad a los hombres que violentan y agregan culpa a la víctima.

Una autora relevante para este apartado es Jaqueline Bochar (2018) quien señala como en la literatura, muchos casos de violencia doméstica, conyugal o sexual no son intervenidos como formas de violencia de género, sino que se interpreta muchas veces como rivalidades edípicas, complejos edípicos, perfiles masculinizados, complejos fraternos, deseos incestuosos o masoquismo femenino.

Como lo explicó también Fernández (1997) el *campo psi* ha funcionado como modelo explicativo de la condición femenina a través de supuestas causas psíquicas tales como “envidias, pasividades o posicionamientos algo fuera del lenguaje, para aquello que constituye un complejo precipitado de la inferiorización política de un género sexual” (p.146).

Bochar (2016), también encontró que muchos y muchas psicoanalistas, interpretan casos de violencia psicológica en las relaciones de pareja, como un problema de “mal carácter” del hombre que ejerce la violencia, o un tema de psicopatología ya sea de parte de la víctima o del agresor.

Dichas interpretaciones, cuando se llevan a los casos de analizantes con experiencias violentas, ponen de relieve la responsabilidad de la víctima, pudiendo

resultar en una práctica de revictimización, pues se le destituye de la responsabilidad a los hombres que ejercen la violencia, llevando así, al o la analista a adoptar la misma actitud que el agresor, pues sus discursos instan a las mujeres a modificar su conducta y ceder a la agresión para evitar más conflictos (Gutiérrez de Piñeres Botero, et. al, 2009).

En la atención a casos de víctimas de violencia de género, se pueden encontrar efectos como el desmoronamiento del yo y de su narcisismo, el desvalimiento vivido y que lleva a la víctima a tomar la desvalorización del otro como una evaluación certera de sí misma, resultado de que los recursos psíquicos son insuficientes para tramitar el exceso de violencia (Bassó, 2022).

Tales efectos psíquicos pueden provocar una inhibición en el relato de las mujeres no solo dentro de una posible red de apoyo para quien experimenta violencias, sino también dentro del dispositivo analítico.

Bassó (2022) además expone la inhibición de este relato que muchas veces antecede a manifestaciones somáticas como llantos, crisis nerviosas, dolores de cabeza, palpitaciones, ahogos, etc. y se pregunta si, en otros tiempos, estas señales pudieron haber sido interpretados como síntomas conversivos de la histeria. Esta pregunta que se hace Bassó es en relación a lo postulado por Dio Bleichmar (1985) sobre la supuesta predisposición a la histeria cuando se es mujer, y cómo esto puede determinar la intervención analítica, que ya ha sido abordado en el apartado anterior.

Cabe señalar, que las intervenciones en el espacio analítico no están exentas de ser parte del imaginario social-cultural que ha construido históricamente lo que Fernández (1996) explica como “una forma de subjetividad *propia* de las mujeres” (p.169), que consiste en el tomar la posición de *ser de otro* en lugar de un *ser de sí*, además de tres narrativas dominantes sobre lo que conlleva ser mujer: el mito de

Mujer = madre, el mito del amor romántico y el mito de la pasividad erótica de las mujeres.

De acuerdo con Fernández (1996), es necesario revisar que tales articulaciones sobre lo inherentemente femenino en realidad son construcciones sociales e históricas y estar al tanto de esta diferencia, vuelve imprescindible otorgar una dimensión política a la producción de la subjetividad de las mujeres.

En tanto las posiciones de ser de sí y ser de otro, así como las narrativas dominantes anteriormente mencionadas, se rescatan algunas concepciones sobre las mujeres que atraviesan experiencias de violencia, donde pueden ser vistas como las histéricas, las provocadoras, las sacrificadas o las masoquistas.

### **5.3.1 Las histéricas**

Además de la culpa inconsciente en la niña por la falta de pene, de la sospecha del niño que a ésta le fue mutilado después de hacer algo malo, además de la culpa hacia la madre de la niña por haberla traído mutilada al mundo, existen múltiples exigencias de masculinización hacia los hombres que incluye el rechazo a todo lo considerado como femenino.

Un ejemplo de ello está en el mito entre los deportistas que los insta a un periodo de abstinencia sexual (con mujeres) para no perder la concentración previo a una competencia, pues corren el riesgo de debilitar sus capacidades. Esta creencia “científicamente comprobada” es explicada por Rutenberg (2019) como parte un temor básico de ser contagiado por la feminidad, resultado de la imagen de las mujeres como esa figura ajena e imposible de comprender, desencadenando una generalizada infravaloración, explicada así:

El tabú de la mujer instauro fundamentalmente una desautorización hacia las mujeres por ser consideradas extrañas, diferentes, hostiles y peligrosas. Cabe aclarar que no se trata de un mero narcisismo de las pequeñas diferencias. La desautorización de las mujeres se basa en el menosprecio y la inferiorización de sus pensamientos, ideas, convicciones y actos (Rutenberg, 2019, p. 86).

Esta desautorización se puede ver reflejada en el surgimiento de un término a raíz de la experiencia que compartió en 2008 la escritora estadounidense Rebecca Solnit, cuando acudió junto a una amiga suya a una reunión.

El anfitrión, un hombre “físicamente imponente” que además pertenecía a una clase social alta, hizo esperar a Solnit y su amiga al final de la fiesta, para conversar condescendentemente a cerca de los libros de la autora. Le pregunta sobre qué temas escribe, dice ella, “de la misma manera en que animas al hijo de siete años de tu amiga a que te describa sus clases de flauta” (Solnit, 2019, p. 9).

Cabe señalar que más que una conversación, esta interacción suponía más bien que las mujeres escucharan lo que este hombre tenía para decir acerca de los temas sobre los que se trataban los libros.

Cuando el hombre menciona el título de un libro escrito por Solnit, su amiga replica que ella era la autora, dato que el hombre parece no escuchar.

Este hombre se encontraba inmerso en lo que Solnit describió como una especie de discurso pontificio, con la mirada en el horizonte y ensimismado en sus opiniones, hablando de lo importantísimo que era tal libro y que le recomendaba encarecidamente leerlo.

Después de tal vez tres o cuatro veces que la amiga de Solnit menciona que ese libro fue escrito por su amiga, el hombre al fin la escucha.

Lo siguiente no fue una disculpa, mucho menos alguna pregunta a la autora de un libro que a él le había interesado tanto, libro que además resultó no haber leído, sino que había reconocido del *book review* del New York Times.

Lo consiguiente fue un momento de enmudecimiento, solo para después proseguir con su discurso pontificio.

Si algo resulta destacable de esta interacción no es solo el hecho de que un hombre de por sentado que puede pontificar a una mujer sobre un tema del cual podría ser experta, también destaca el hecho de que, una vez que queda evidenciado que ella de hecho es experta, esto no parece razón suficiente para dejar de explicarle cosas, mucho menos para hacerle preguntas o reconocer su *expertise*.

Si bien, Solnit reconoció que estas actitudes pueden encontrarse tanto en hombres como en mujeres, ella destacó la facilidad con la que hombres explican cosas a las mujeres. La seguridad con la que se desestima que ellas sepan, lo explica de la siguiente manera:

Es la arrogancia lo que lo hace difícil, en ocasiones, para cualquier mujer en cualquier campo; es la que mantiene a las mujeres alejadas de expresar lo que piensan y de ser escuchadas cuando se atreven a hacerlo; la que sumerge en el silencio a las mujeres jóvenes indicándoles, de la misma manera que lo hace el acoso callejero, que este no es su mundo. Es la que nos educa en la inseguridad y en la autolimitación de la misma manera que ejercita el infundado exceso de confianza de los hombres” (Solnit, 2019, pág. 10).

Esta experiencia, fue el punto de partida para la explicación a como estas dinámicas relacionales construyen la autoestima de mujeres y hombres, dando origen al término *mansplaining*, para denominar a la situación donde un hombre explica condescendentemente a una mujer. Pero el término va más allá del acto de explicar, pues se trata de la previa asunción de que la mujer no sabe, que requiere de ser ilustrada por otro.

El asumir que a la mujer se le han de explicar cosas no solo abarca al conocimiento técnico, sino que es extensible al conocimiento sobre sí misma, sobre las causas

de sus dolores, sus verdaderos deseos. Esto se conjuga además con la desacreditación de sus opiniones o la legitimidad de sus sentires, llamándolas exageradas.

En algunos casos de mujeres catalogadas como histéricas, que habían sufrido algún tipo de violencia en sus vidas, por ejemplo, se le había de explicar que el origen de su malestar eran otras cosas no relacionadas al evento violento. En el caso de Katharina, por ejemplo, su malestar se explica como una respuesta al descubrimiento de la sexualidad, como producto del horror del “ánimo virginal”. No solo no se cuestiona que el origen fue descubrir el abuso sexual, sino que además se encubre la identidad real de quien fue el agresor de ella y su prima, mencionándolo como si hubiera sido el tío cuando en realidad era su padre. Se omite con ello, además, el hecho de el padre fuera un perverso.

Esta misma omisión ocurre en el caso de Dora, cuando no se cuestiona que el padre pretendía utilizarla como moneda de cambio y, además, se desestimaron sus denuncias de acosos por parte del señor K, pues era inverosímil la versión de que este hombre no fuese deseado por ella. Se le pretendió explicar que la causa de sus malestares fue que la represión sexual en la que Dora vivía, provocó una respuesta displacentera al experimentar excitación sexual.

Así, a pesar de pudieron existir otras explicaciones a sus malestares, la explicación dominante fue que ellas de hecho no sabían a cerca de la experiencia sexual que ahora enfrentaban, o que desconocían sus deseos *reales*, se explicó pues, que este desconocimiento les produjo síntomas.

La desestimación y la desconfianza del relato de sus síntomas, no solo sirvió para el planteamiento de la explicación oficial, sino que además favoreció que las manifestaciones de la histeria fueran percibidas como una exageración.

### 5.3.2 Las provocadoras

Vamos a iniciar este apartado con una cita que nos parece muy relevante para poder explicar cómo concebimos a las provocadoras:

Me cuesta, aún hoy, reconocermme como víctima y no responsabilizarme un poco. La responsabilidad la entiendo, pero la mía sigue intentando justificar, sigue atenuando la situación, poniéndole un manto de duda a lo que es certeza para comprarme la tranquilidad de estar <<bien>>, <<sana>> y <<buenas>>. De no habitar este cuerpo afectado, cicatrizado, vivo (del Mar, 2024, p. 228).

En su libro “coger y comer sin culpa”, la escritora colombiana María del Mar Ramón relata el abuso sexual que vivió a los dieciséis años, a manos de un vecino de cuarenta y tantos, de “buena familia y buen apellido”. Su relato deja entrever dos momentos: el primero es donde ocurre el encuentro con aquel hombre que vivía en el mismo edificio, que la ve llegando de la discoteca donde dejó olvidada su cartera, él la ayuda pagando el taxi y la invita a pasar a su casa, y relata lo siguiente: “Total, él me había mirado, pero yo había respondido su mirada. Total, unos besos y ya” (p.231).

Así, tras un aparente consentimiento de su parte, a pesar de encontrarse bajo efectos del alcohol y a pesar de que relata recuerdos borrosos, hay un recuerdo muy presente “Quizá no fue tanta la fuerza y yo pienso que sí, es difícil determinarlo. Tengo muy claro, claro como el agua, el punto en el que dije que no” (p.231). Ella le pide a su agresor que pare, pero la fuerza física de él la rebasa.

A la mañana siguiente, un sangrado vaginal la sorprende y, quizá a modo de mecanismo de defensa, lo atribuye a que el agresor tenía *el mérito de tenerla muy grande*, lo cuenta entre risas fingidas a sus amigas. Días después, su cuerpo se paraliza al encontrarse con el vecino, siente miedo, temblores y se le nubla la mente; fue en este segundo momento donde a través de las sensaciones en su cuerpo,

cuando se explica a sí misma que las cosas no fueron como ella las había contado, cuando se da cuenta que lo que ocurrió fue una violación.

Estos dos momentos son los que Rutenberg (2019), plantea como los dos tiempos del abuso sexual, pues no se trata únicamente de cuando ocurre, sino cuando la víctima lo identifica y lo refiere como violencia sexual.

Para explicar por qué la identificación de la violencia sexual puede no suceder al mismo tiempo que ocurre, Rutenberg (2019) hizo referencia a la educación a las mujeres para asumirse culpables de haber provocado el deseo del otro. Lo señaló como un *dispositivo de vigilancia* entre mujeres, que promueve el silencio ante la violación que evite ser vistas como personas arruinadas. Esta percepción sobre sí mismas “establece que la violación no tiene solución y que el único destino es la violencia contra sí misma, sustraerse del campo del deseo por estar contaminadas” (p. 6).

El relato que posiciona a las mujeres violadas como merecedoras de castigo, está relacionada con la responsabilización hacia ellas sobre despertar el deseo en el otro. Cuando Louise Augustine Gleizes fue retratada en la *Iconographie Photographique de La Salpêtrière*, se resaltó su actitud provocadora hacia la cámara y hacia los médicos.

Poco les importó que este performance le suponía cierto trato especial, no accedió a ningún privilegio pues se le sometió al espectáculo y la experimentación y, sin embargo, actualmente sigue siendo representada como una arribista que se complacía con la mirada masculina, que sacó provecho de la fascinación que despertaba en quienes la miraban o que incluso, ella parecía disfrutar ser parte de ese espectáculo.

Que ellas sean responsables de la violencia del otro es algo entredicho en relatos como: “Algo habrás hecho. Si te excitaste entonces no fue una violación. Si dijiste que sí por miedo a que te maten, entonces consentiste” (Rutenberg, 2019, p. 5). Estos relatos, dejan de lado la posibilidad de que el consentimiento en realidad pueda tratarse de una estrategia de supervivencia y no del resultado de deseos inconscientes.

### 5.3.3 Las Cassandras

Rebeca Solnit (2016) expuso que en la actualidad sigue siendo frecuente que el discurso de una mujer sea puesto en duda cuando ésta cuestiona a un hombre o a una institución, especialmente cuando de lo que se aborda es un tema relacionado al sexo, señala que:

Generaciones de mujeres han escuchado como se les repetía que deliran, que están confusas, que son manipuladoras, maliciosas, conspiradoras, congénitamente mentirosas, o todo a la vez: podríamos llamarlo *el síndrome de Cassandra* (p. 70).

Hizo referencia al mito de la princesa Cassandra, hija de Príamo y Hécuba, reyes de Troya. Dotada de gran belleza, cautivó a Apolo el dios de la razón y el orden, quien le ofreció el don de la palabra profética a cambio de convertirse en su consorte. Aunque Cassandra aceptó el don, rechazó a Apolo y éste la maldijo escupiéndole en la boca. Lo notable es que la maldición no consistió en retirarle el don de la profecía, sino en que su palabra no fuera tomada como verdad.

Entre los vaticinios de Cassandra resalta el de la caída de Troya que, a pesar de sus intentos por advertir a los troyanos que recibieron la ofrenda en forma de caballo, no consiguió nada más que reclamos por sus exageradas e infundadas aseveraciones. Intentó con sus propias manos quemar el caballo de madera o

deshacerlo con un hacha, pero los troyanos la acusan de charlatana, volviéndose inevitable la masacre y junto con ello, la esclavitud y la muerte de Cassandra.

Actualmente, el *síndrome o Complejo de Cassandra*<sup>10</sup> es utilizado para la explicación de diversos fenómenos relacionales, sin embargo, resalta su uso como metáfora para referir al escepticismo con el que se consideran las acusaciones de las mujeres que han padecido delitos sexuales cuando se trata de poner en duda a estructuras de poder, aludiendo a la autoridad que les confiere a dichas estructuras por una supuesta racionalidad o dominio lógico, que supuestamente contrasta con la emocionalidad desbordada que expresa una mujer cuando se percibe bajo amenaza.

Este mito hace visible la descalificación al discurso que no se asocia a lo mesurado, lineal, cuantitativo, pragmático, es decir, elementos discursivos que se asocian con una lógica patriarcal.

El espacio analítico no está exento a privilegiar dicha racionalidad en detrimento de los relatos desbordados en emocionalidad que suelen ocurrir ante un riesgo inminente o, por ejemplo, ante la exposición recurrente de las mujeres a personas que ejercen la violencia contra ellas.

La descalificación o sospecha del discurso de las mujeres que han sido violentadas sexualmente, no es algo reciente, incluso podría decirse que, ponerle otros nombres a la violación ha estado tan presente en la cultura que hasta mujeres que se dedican a escribir e investigar sobre feminismos se han encontrado a sí mismas dudando de las denuncias de violación, Virgine Despentes (2018) lo expuso así:

---

<sup>10</sup> El término se le atribuyó al filósofo francés Gastón Bachelard en 1949, quien lo utilizó para describir a lo que les ocurre a las personas que hacen predicciones sobre el futuro -generalmente catastróficas- que los demás no creen y hacen que la persona se sienta desvalorizada. (Gutiérrez Coranti, 2026)

A partir de la publicación de Fólame me encuentro con mujeres que vienen a contarme: “me violaron, cuando tenía tantos años, en tales circunstancias”. Esta situación se repetía tan a menudo que resultaba molesta, y en un primer momento me preguntaba si mentían. En nuestra cultura, desde la Biblia y la historia de José en Egipto, la palabra de la mujer que acusa al hombre de haberla violado es una palabra que ponemos inmediatamente en duda. He aquí un hecho aglutinador, que conecta a todas las clases sociales, todas las generaciones, todos los cuerpos y todos los caracteres (p. 42).

Tal observación también fue explicada por Rutenberg (2019), quien expuso que, cuando una mujer denuncia que ha sido víctima de violación, la palabra de la niña/mujer es una “palabra amenazada” dado que su palabra suele estar puesta en duda. Esto se ilustra en la serie Inconcebible (Cholodenko, 2019) basada en hechos reales que tuvieron lugar en 2008 en Estados Unidos.

Relata la historia de Marie Adler, una joven de 18 años que vivía sola. Un hombre irrumpió en su departamento mientras ella dormía y la violó después de amenazarla con un cuchillo. Los detectives a cargo del caso, dos hombres sin formación en delitos de violencia sexual ni perspectiva de género, desestiman las declaraciones de Adler, así como el reporte médico que confirmaba sus lesiones. Marie Adler fue impuesta a declarar que había mentado en sus declaraciones y posteriormente acusada de falso testimonio.

Para Rutenberg (2019), la “palabra amenazada” de las mujeres que denuncian una violación está relacionada con la concepción de que son los hombres malos los que violan, solo unos cuantos que son enfermos mentales, pero no todos. Que los hombres buenos son los que pueden controlar sus deseos, y que están los patológicos que no pueden controlar sus deseos.

La creencia de que los hombres que violan son unos cuantos, los enfermos, se alimenta de que la duda no sea puesta en ellos, sino en la palabra de las mujeres que los denuncian. Despenes lo explicó así:

Pero ¿Cómo explicar que nunca oigamos al adversario: “fulanita ha violado a fulanita, en tales circunstancias”? porque los hombres siguen haciendo lo que las mujeres han aprendido a hacer durante siglos: llamarlo de otro modo, adornarlo, darle la vuelta, sobre todo no llamarlo nunca por su nombre, no utilizar nunca la palabra para describir lo que han hecho (Despentes, 2018, p.42).

La práctica de no nombrar a la violación como tal, puede favorecer a que se minimice la denuncia de una mujer tras sufrir una violación, el tabú, además de abonar a la narrativa de los hombres buenos que no violan y los hombres malos-enfermos que sí.

En los casos de violación que son denunciados que, si se investigan, se detiene al presunto violador, se les enjuicia y sentencia se descubre que son en general hombres con una fachada de normalidad, adaptados y que, según las autoridades, familiares y conocidos no parece que sean violadores, debemos preguntarnos: ¿Cómo se supone que se debe ver un violador? Para una posible respuesta a esto, es la que ofrece Marcela Lagarde (2005) quien subrayó:

La violación no debe entenderse como un acto aislado de un “enfermo mental”, sino como una expresión estructural de un sistema patriarcal que normaliza y reproduce la violencia contra las mujeres... Debemos desmontar la idea de que los agresores sexuales son “monstruos” excepcionales y recalcar que son producto de una cultura que legitima la dominación masculina (pp. 260-261).

Por supuesto también coincide la declaración de la actriz y activista feminista argentina Malena Pichot:

El hombre que viola no es un enfermo mental aislado, no debe ser comparado con un paria, un psicótico que ha quedado fuera de las normas de la sociedad. El hombre violador no es un hijo enfermo del mundo, es un hijo sano del patriarcado.

Esto queda ilustrado en el caso de Gisèle Pelicot, una mujer de 68 años que en 2020 renunció a su derecho al anonimato cuando denunció a su esposo y a más de

cincuenta hombres de haberla violado en su propia casa, cuando ella se encontraba inconsciente pues su marido la drogaba.

“Los hay jóvenes, viejos, corpulentos, flacos, negros y blancos. Entre ellos hay bomberos, camioneros, militares, guardias de seguridad, un periodista y un DJ” (BBC News Mundo, 2024). Se trató de hombres comunes con empleos, esposas e hijos, miembros de la sociedad que accedieron a violar a una mujer con la excusa de que el marido de ésta lo consintió.

Algunos acusados declararon no haber violado puesto que “no tenían la intención de hacerlo” y que creyeron que se trataba de un acuerdo entre el matrimonio Pelicot. Tal afirmación no puede sostenerse puesto que Dominique Pelicot confesó haberles explicado qué hacer para no despertar a su esposa durante el acto. No llevar perfume ni oler a cigarro, procurar no tener las manos frías y dejar limpio el lugar fueron algunas de las indicaciones que estos hombres debieron acatar a consciencia durante los encuentros.

¿Cómo es que estos hombres pudieron creer que un encuentro sexual con una mujer inconsciente no era una violación? Por supuesto que puede tratarse de un discurso a mantener en los juzgados para apelar a su inocencia, sin embargo, resalta el hecho de que se trata de hombres comunes, de distintas clases sociales, capaces de sostener sus empleos y vidas familiares. Con esto, queda manifiesto que el hombre que viola no es un monstruo o un hijo enfermo del mundo.

### **5.3.4 Las masoquistas**

Cuando Meler (2007), explicó que la teorización freudiana de *masoquismo femenino*, en realidad podría referirse a una concepción imaginaria de Freud a cerca de la meta sexual pasiva en las mujeres, también advirtió la naturalización de la

feminidad asociada con el sufrimiento y el dolor, pero que se trata de una asimilación ideológica, de una concepción dada en un contexto fuertemente patriarcal.

Tales concepciones se perpetuaron por analistas posteriores a Freud, como fue el caso de Helen Deutsch y Marie Bonaparte para quienes era necesario que las mujeres sintieran dolor, ya que la biología lo propiciaba en varias circunstancias de su ciclo vital como la menstruación y el parto. Para estas autoras, desarrollar la capacidad de goce a través del dolor representaba la obtención de madurez propiamente femenina, resaltando así al masoquismo como una característica intrínseca de lo femenino (Anderson y Zinsser, 1991, como se citó en Errázuriz, 2012).

El parto, particularmente, ha sido catalogado como una expresión de placer masoquista por excelencia, como se señala a continuación: “El parto es para la mujer una orgía de placer masoquista, y el temor y la premonición de la muerte que preceden a este acto se deben a la percepción de una amenaza de liberación de los instintos de destrucción” (Deutsch, 1985, p. 54 como se citó en Errázuriz, 2012, p. 203).

Bajo estas concepciones que ligan a las mujeres y al masoquismo, no es casualidad encontrar intervenciones como las de Anabell Pagaza y Jorge Sánchez, (2006) quienes abordan el caso clínico de una pareja supuestamente sádico-masoquista. La viñeta clínica comienza así:

Miriam es una mujer de 26 años que llega a consulta por una severa depresión posterior a su fracaso matrimonial, desencadenado por la amenaza física y de muerte por parte del marido hacia ella y su hijita de cuatro meses de nacida. Miriam es la menor de siete hermanos. Recuerda que en su infancia siempre estaba aislada, esto a partir de que a los cuatro años su madre la encuentra masturbándose, y tras la golpiza que le propina hace una junta familiar en donde expone a los otros miembros lo sucedido y les pide que golpeen a Miriam cuando la vean tocándose los genitales.

La niña se las ingenia para seguirse estimulando, casi siempre después de momentos de gran rabia, ya que también, ante cada manifestación de enojo de la chiquita, era castigada con un golpe más. Comenta que la relación entre sus padres la aterrorizaba, particularmente porque el padre, alcohólico, golpeaba a la madre. La fantasía de Miriam era que el padre la golpeaba porque ella no aceptaba las relaciones sexuales.

En esa misma época (alrededor de los seis años), Miriam relata que creyó ver a su madre quemándose los genitales con una plancha, lo que ella interpretaba como un castigo que la madre se infligía a sí misma por su maldad hacia el padre.

En la adolescencia, cuando tenía alrededor de catorce o quince años, el padre, alcoholizado, trató de abusar sexualmente de una de las hijas, lo que provocó que Miriam se alejara totalmente de él, no permitiéndole nunca más que se le acercara (pp.45-46).

Lo siguiente es la descripción de las extenuantes labores domésticas que Miriam debía cumplir en el hogar, con la intención de hacer feliz a su madre. A continuación, se relata que conoce a Ricardo, un hombre seis años mayor que ella y que se presentó como psiquiatra y actor. Después de cuatro meses de relación contraen matrimonio, posiblemente como un intento de huida del núcleo familiar violento. En su matrimonio, la violencia parece comenzar desde la luna de miel, la viñeta continúa así:

Su luna de miel fue un desencanto, ya que por dos noches no se consumó el matrimonio, y sólo en la tercera sucedió después de una golpiza que le propinó el esposo (p. 46).

Resulta notable la manera de referirse al hecho como *la consumación del matrimonio después de una golpiza* y no como una violación por parte de Pagaza y Sánchez que realizan la viñeta.

Lo que le sigue es la descripción de cómo Ricardo decide que será el psicoanalista de Miriam, valiéndose de su supuesta profesión de psiquiatra. Para ello, insta a Miriam a contarle todo a cerca de su vida sexual previa a conocerse, desde sus fantasías sexuales hasta los pormenores de sus prácticas sexuales. La viñeta continúa:

Durante los dos años que duró casada, el matrimonio se caracterizó principalmente por una fuerte escisión por parte de Miriam: entre el intenso temor y el gran placer. Constantemente era golpeada para que siguiera confesando su vida íntima pasada, con la justificación de que ella necesitaba ser castigada para sentirse perdonada (pp. 46-47).

El “tratamiento” para Miriam consistía en golpes, prácticas sexuales amenazada con cuchillo, u otros castigos cuando Ricardo consideraba que Miriam había actuado de manera infantil y, además, de aplicaciones forzadas de algún psicotrópico inyectado para “levantar las represiones”.

En varias ocasiones, se menciona el gusto de Miriam por el uso de palabras tiernas, el contacto suave, como en contraste con lo que ella definía como las prácticas sadomasoquistas con su esposo.

Después de dos años de matrimonio, Miriam deja a Ricardo después de que éste intentara asesinarla a ella y a su bebé de tres meses, dos meses después, decide buscar atención psicológica.

Entre las preguntas que se realizaron Pagaza y Sánchez, (2006) a Miriam estaban las siguientes: “¿por qué Miriam y Ricardo se eligieron como pareja?, ¿qué es lo que los hizo permanecer en esta situación por casi dos años?” A manera de respuesta, los autores explicaron que Miriam buscaba ser vista ante su familia como una persona valiosa, capaz de ser elegida como esposa y tener “un lugar en la sociedad”, como un intento de rectificar para con ellos las etiquetas de desvalorización que se le habían adjudicado durante su infancia cuando fue sorprendida masturbándose.

Los autores también refieren que se pudo tratar por parte de Miriam de una búsqueda inconsciente, lo explican así:

Sin embargo, sus necesidades inconscientes eran otras. En un primer momento, Miriam buscaba a alguien que le permitiera vivir su sexualidad infantil, perversa y polimorfa, que había sido tan condenada en su niñez. Si recordamos su historia podemos inferir que sus fantasías sexuales estaban matizadas por la agresión (p. 49).

En este relato se muestra la insistencia en pansexualizar las vivencias de violencia física y psicológica que Miriam empezó a padecer desde los cuatro años de edad por parte de su familia.

Y Agregan:

Si para la madre de Miriam la sexualidad era mala y humillante, para Ricardo era signo de valía y orgullo. Sin embargo, en su inconsciente (el de Miriam) persistía la necesidad de castigo corporal y emocional, así como la liga entre el sexo y los golpes (p. 50).

Esta interpretación, que apela a la búsqueda de satisfacción de deseos inconscientes, no considera que entre Miriam y Ricardo existió una relación de desigualdad de poder, donde además de la manipulación emocional, la violencia física y sexual, Miriam también fue sometida al uso de drogas que la pusieron en una mayor situación de desventaja física y psicológica frente a su esposo.

A pesar de que fue solamente Miriam quien acudió al servicio de atención psicológica, Ricardo también es pseudoanalizado por los autores, pues a través del discurso de Miriam, de los datos que ella conoce sobre su historia familiar, se plantea la posibilidad de que Ricardo buscara descargar la violencia que no podía infligir en su propia madre, quien lo abusó sexualmente en la adolescencia. Lo plantearon de la siguiente manera:

Es posible decir entonces que en esta pareja se dio un entrecruzamiento de expresiones pulsionales sumamente regresivas, la repetición de traumas infantiles, mecanismos defensivos de nivel muy primitivo, y una relación interdependiente caracterizada por las mutuas e intensas proyecciones de configuraciones relacionales (p. 51).

Esta viñeta clínica ilustra como Pagaza y Sánchez, (2006) perpetúan la concepción de que una mujer que permanece en vínculos violentos lo hace por encontrar la satisfacción de deseos inconscientes a través del sufrimiento, a causa de traumas infantiles o “regresiones”. Poco se cuestionó en este caso, la relación de poder entre una mujer vulnerable proveniente de un núcleo familiar violento y un hombre mayor,

de alto estatus social, violento y misógino con acceso al uso de sustancias para controlar a su pareja.

### **5.3.5 Las salvadoras**

Clarissa Pinkola Estés es una psicoanalista junguiana que hace uso de historias de folclore para ilustrar conceptos teóricos complejos sobre la psique humana. En *Mujeres que corren con los lobos* (1992) recuperó un cuento japonés titulado *Tsukina Waguma* (el oso de la luna creciente), el cuento va de lo siguiente:

Una mujer joven vivía con su esposo en un bosque de pinos. El esposo, después de varios años lejos combatiendo una guerra, regresa al hogar “de muy mal humor” y se rehúsa a entrar a su casa. La esposa intenta convencerlo, pero él le grita y la aleja lanzando la comida que ella le había preparado para recibirlo. Después de varios intentos por convencerlo de entrar al hogar, la joven decide salir a buscar a una curandera con la esperanza de que le ayudara a sanarlo, el cuento sigue así:

—Mi marido ha sufrido graves heridas en la guerra —le dijo—. Está constantemente furioso y no come nada. Desea permanecer apartado y ya no quiere vivir conmigo como antes. ¿Puedes darme un brebaje que lo haga volver a quererme y ser cariñoso? (p. 282).

La curandera le afirma que puede ayudarla, pero que necesita un ingrediente para su brebaje, debe encontrar al oso negro con un manchón de pelo en forma de luna creciente en la garganta y traer un solo pelo

Algunas mujeres se hubieran dado por vencidas ante semejante tarea, algunas mujeres lo hubieran considerado como una hazaña imposible de lograr. Pero ella no, pues era una mujer enamorada.

La joven emprende el camino encontrándose con una serie de adversidades que no la detenían. A lo largo de su travesía, se le describe como una mujer dulce que repite *arigato zaisho* para agradecer a las montañas, a las ramas, las espinas y el frío. El cuento repite que soporta todas las inclemencias del bosque “porque era una mujer que amaba”.

Cuando por fin llega a la cueva donde se encontraba el oso, la mujer atemorizada busca acercarse a través de dejarle comida cada vez más cerca. Por varias noches, el intento de acercarse y volverse a esconder se repite hasta que, armándose de valor, la mujer se hace visible al animal para hacerle la petición.

El oso abre sus fauces apoyándose solo en dos patas, aterrorizando a la mujer que ya temblaba de miedo, pero con los pies bien plantados en el suelo. Y le suplica:

—Por favor, querido oso, te he estado dando de comer todas las noches.  
¿Me podrías dar uno de los pelos de la luna creciente que tienes en la garganta?  
El oso la miró. Aquella mujercita hubiera sido un bocado muy sabroso. Pero de pronto se compadeció de ella.  
—Es verdad —dijo el oso de la luna creciente—, has sido buena conmigo (p. 283).

Después de varias reverencias, la mujer llega con la curandera quien, al recibir el preciado encargo, ante la sorpresa de la mujer lo arroja al fuego. Y le dice:

¿Recuerdas cada uno de los pasos que diste para subir a la montaña?  
¿Recuerdas todos los pasos que diste para ganarte la confianza del oso de la luna creciente? ¿Recuerdas lo que viste, lo que oíste, lo que sentiste?  
—Sí —contestó la joven—, lo recuerdo muy bien.  
La anciana curandera la miró con una dulce sonrisa y le dijo:  
—Te ruego, hija mía, que regreses a casa con los nuevos conocimientos que has adquirido y obres de la misma manera con tu esposo (p.284).

Pinkola (1992) utiliza este cuento para ilustrar sobre la importancia de la paciencia para curar la cólera y la furia, a través de adentrarse en un territorio poco explorado como puede ser la psique. Explicó que la esencia del cuento está en la aplicación

de la paciencia y el amor para calmar la furia, y que el proceso puede implicar grandes esfuerzos.

Este cuento, si bien busca exponer la aplicación de la cura a la furia propia, también resulta ilustradora de una idea generalizada sobre amor romántico, que establece que al ser amado se le cuida con paciencia y dulzura, sin importar lo que haga ese ser furioso, que con ello basta para curarle la furia.

Esto lo expuso Coral Herrera (2010) cuando planteó los mitos del amor romántico, entre los cuales se encuentra el mito de la omnipotencia: la creencia de que el amor lo puede todo o que solamente basta con amar, sujetando así a las mujeres en la permanencia en relaciones violentas, con la expectativa de que existe en ellas un poder capaz de cesar la furia y las agresiones cuando el que agrede se sienta amado.

Así como el imponente oso de la media luna, que cedió a una petición ya que la joven esposa fue buena y lo alimentó varias noches, así seguramente reaccionaría el esposo enfermo de furia, ya que “era una mujer que amaba”, con la capacidad de cuidar al bosque y sus criaturas.

De esta manera, el relato de que la furia se cura con amor y cuidados puede fomentar la concepción de las mujeres como las personas particularmente idóneas para desempeñar tareas de cuidado y brindar amor incondicional, y con ello, que permanezcan en vínculos violentos a razón de que su amor y sus cuidados les harán transformar la cólera de sus esposos o parejas, salvándolos de sí mismos.

A esto se agrega lo que para Nora Levinton (2000) es la narcisización de la frustración en las mujeres, cuando se les enseña a hacer de la frustración una virtud, para así cumplir con el requerimiento de que es el deber de las mujeres ser

cuidadoras de otros y procurar que los vínculos se mantengan, aun si eso implica renunciar a sus propias demandas, necesidades y deseos.

De acuerdo con Levinton (2000) el superyó de las mujeres, producto de contenidos implantados a partir de la intersubjetividad, se organiza en función de restricciones e idealizaciones entre los que destaca la represión de la agresividad y la figura de la madre como ideal (y como identidad de género). Para Levinton (2000), la moral de las mujeres se constituye priorizando el cuidado de otros en función del miedo a la pérdida de vínculos o, en su caso, a la culpa por renunciar al mandato de género que consiste en estar y ser para los otros.

Tal como Chodorow (1984) exploró desde diferentes teorías psicoanalíticas, el mandado de cuidado se refleja en cómo desde la familia se transforma a las mujeres en madres, debido a la diferenciación en las dinámicas relacionales entre niños y niñas. Ya que se instalan capacidades distintas entre niños varones y niñas a partir de los juguetes y juegos diferenciados.

Los juguetes típicos para las niñas que son los muñecos que parecen bebés y utensilios de cocina a escala, las conducen de forma casi inocente a jugar a la mamá y al ama de casa, y con ello se reproducen aspectos de la división sexual del trabajo donde la mujer, en su desenvolvimiento doméstico, es colocada como la principal encargada del desarrollo y sostén emocional primero de su familia de origen y después de su propia familia. Para Chodorow (1984), se instala la maternidad a la vez que ocurre la constitución psíquica de las mujeres (Constantino y Amiconi, 2015).

Se señala el rol de maternaje para exponer que, aún sin la existencia de hijos biológicos, las mujeres podrían permanecer en vínculos violentos debido a lo que Rutenberg (2022) expone como el mandato “no dejarás”, para referirse a la dificultad para abandonar relaciones violentas dada la culpa que provoca la idea de estar abandonando al otro: “asumen la culpa de la depresión del otro y sienten vergüenza

ante su propio deseo, porque al igual que una “mala madre” lo estarían abandonando” (Rutenberg, 2022, p. 108).

De este modo, la caracterización de las mujeres-madres queda ligada a las convenciones sociales que obstaculizan su retirada de vínculos violentos, bajo la demanda de ser la cuidadora, y la ser la que permanece en la desautorización de desear. Sin tomar en cuenta esta ligazón, se estaría apelando a un *super yo* débil cuando acude a analizarse una mujer que creció en una familia violenta y que de adulta permanece en un vínculo violento de pareja.

Las concepciones que aquí se proponen sobre las mujeres que han padecido violencia, es decir, que sean percibidas como mujeres histéricas, provocadoras, masoquistas, las Cassandras y las salvadoras, convergen en lo siguiente: es sobre ellas en donde cae la responsabilidad de la violencia, en tanto que ellas la provocaron (las provocadoras) o la buscaron en función de satisfacción de deseos inconscientes (las masoquistas) y, también, en tanto que ellas pudieron haber calmado la violencia a través de amor y cuidados de aquel que violenta pero no lo lograron (las salvadoras).

También se juega la posibilidad de que no sea verdad cuando denuncian la violencia (las Cassandras), bajo el supuesto de que son exageraciones o reacciones irracionales provenientes de una mujer que en realidad *no sabe* sobre sus propios deseos y malestares (las histéricas) y, por lo tanto, es responsable de ilustrarse para saber, como se expone en la figura 1.

Estas concepciones reflejan modos particulares de vivir en la opresión y la violencia patriarcal, representa en todos los casos, la privación de la libertad. Como una explicación al por qué las mujeres no salen de vínculos violentos, se expone lo que Lagarde, (1990) propuso: la categoría *cautiverio* para definir la posición política en la que se encuentran las mujeres en el mundo, caracterizada por la opresión y la

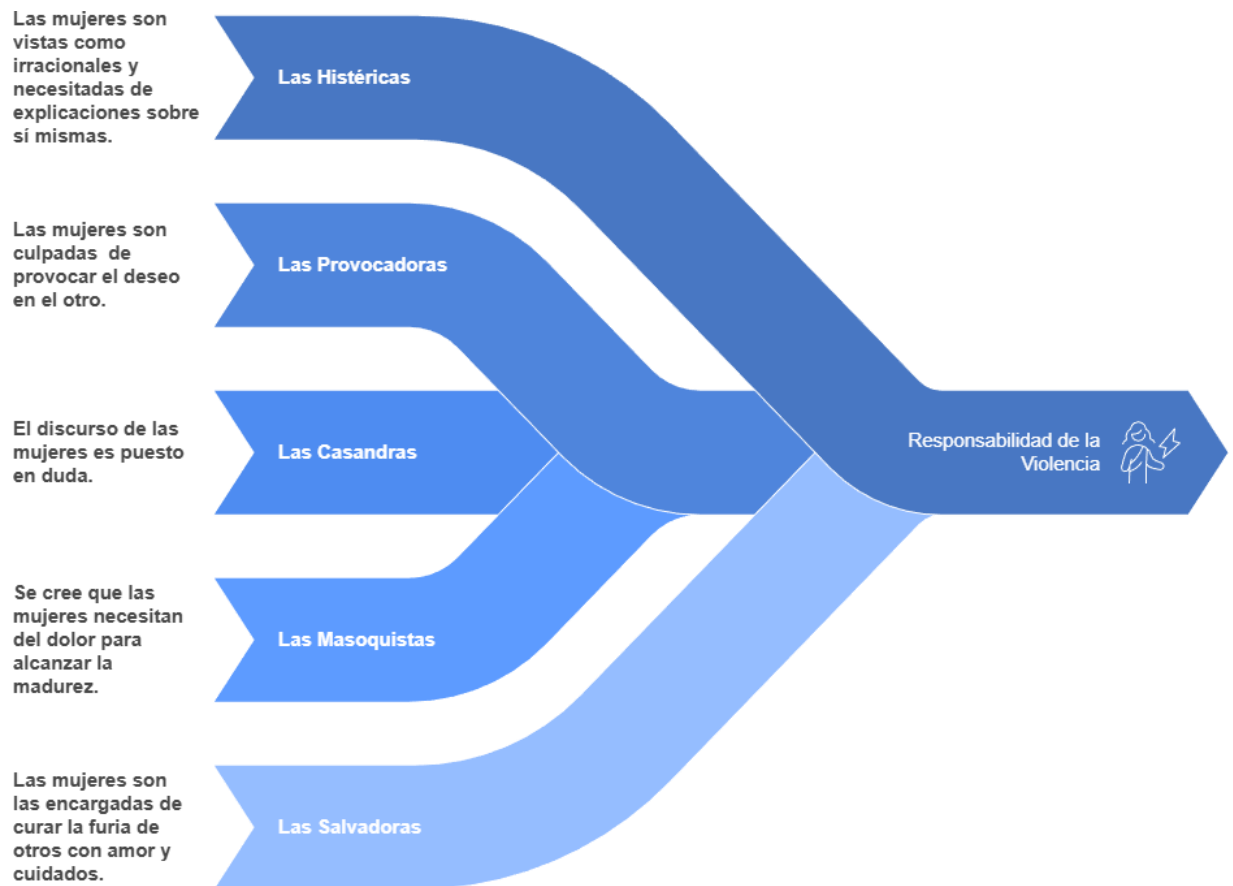
privación de la libertad. Se trata de la articulación de factores culturales y políticos que propician la inferiorización y la dependencia de las mujeres en las relaciones con los otros. Lo explica así:

Las mujeres estamos sometidas a la opresión porque, para establecer vínculos y ser aceptadas, con nuestra anuencia o contra nuestra voluntad, vivimos la reificación sexual de nuestros cuerpos, la negación de la inteligencia y la inferiorización de los afectos, es decir, la cosificación de nuestra subjetividad escindida (p. 17).

A ello se agrega lo que Lagarde (1900) denominó las *cautivadas*, ya que el cautiverio no solo es vivido con dolor, conflicto y contrariedades, sino también está el hecho de que “la felicidad femenina se construye sobre la base de la realización personal del cautiverio que, como expresión de feminidad, se asigna a cada mujer” (p. 36).

**Figura 1.**

**Concepciones sobre las mujeres que experimentan violencia de género.**



Made with Napkin

Fuente: Elaboración propia

Tales concepciones, representan la perpetuación del discurso dominante de revictimización, donde se responsabiliza a las mujeres violentadas y se le resta responsabilidad al agresor.

Su supuesta responsabilidad sobre las mismas violencias que las oprimen representa, según la lógica patriarcal, que no hay otros culpables más que ellas, que no se trata de un asunto sociopolítico sino meramente individual, a razón de problemas psicológicos.

Poco se considera entonces que, en el entramado de fenómenos sociales, se propicia a la búsqueda de realización personal de las mujeres a través de sus vínculos, de ser para otros.

## **5.4 La práctica psicoanalítica con perspectiva de género y sus efectos en analizantes que han padecido violencia de género**

El “continente oscuro” no es ni oscuro ni inexplorable: No se ha explorado únicamente porque nos han hecho creer que era demasiado oscuro para ser explorado.  
Hélène Cixous, 1975

El método psicoanalítico ha apelado a la singularidad del sujeto, siguiendo el principio del caso por caso, donde se rechazan generalizaciones o la aplicación de tratamientos estandarizados. Se fundamenta en que la transferencia es singular y que, por lo tanto, no hay técnicas universales.

Sin embargo, como se ha abordado en capítulos anteriores, las interpretaciones psicoanalíticas tienen una tendencia a priorizar al universal masculino. En este apartado se explorarán algunas consecuencias de la integración del género como categoría que incide en la escucha psicoanalítica, concretamente en los casos donde hay presencia de violencia de género.

Para esta revisión será necesario considerar el uso del concepto *género* como lo propone Bochar (2018) a partir de esta cita: el género como organizador social (Lamas, 2006). Bochar (2018) encontró que, si bien muchos psicoanalistas integraban el concepto como categoría de análisis, lo consideraban más bien un atributo o un referente en las relaciones interpersonales y no precisamente como una perspectiva en el ordenamiento que constituye relaciones de poder en la estructura social.

Esta consideración del concepto, favorece a lo que Ana María Fernández (1996) planteó: “la importancia de este diálogo no es sólo teórica ya que muchos analizantes -tanto hombres como mujeres- no pueden ser escuchados en sus sufrimientos de género” (p.146). Y en particular, para el entendimiento de la

violencia de género “como un ejercicio de dominio y subordinación de hombres hacia mujeres, y ya no como un problema psicopatológico de los varones o de las mujeres” (Bochar, 2016, p. 29).

#### **5.4.1 Sobre el complejo edípico**

La psicoanalista uruguaya Elina Carril (2023), expuso algunas situaciones clínicas donde se trataba de mujeres que habían sido abusadas sexualmente en la infancia. El primer caso, que comentó es el de Patricia, una mujer con síntomas histéricos (conversivos) tuvo lugar cuando Carril seguía en formación como psicoterapeuta psicoanalítica.

En una ocasión después de dos años en análisis, donde Patricia rara vez hablaba del padre, surgieron recuerdos de escenas sexuales que acontecían en el escritorio de él, esto cuando ella tenía cinco y hasta sus nueve años de edad. Contó a su madre lo ocurrido ya en la adolescencia, pero su madre no le creyó y Patricia es referida a una consulta psicológica por “fantasiosa, rebelde y mentirosa”. Su psicoanalista, que ahora la escuchaba en la edad adulta, expresó: “para mis adentros, yo tampoco le creí”.

En su relato, Patricia enfatizaba que no huía cuando su padre la llamaba a su escritorio y, por lo tanto, brotaba en ella la sensación de culpa por no negarse aun sabiendo lo que iba a ocurrir, que esto le hacía preguntarse si era algo que incluso disfrutaba. Carril (2023) expresó:

¿Cómo pude dudar del relato de Patricia acerca de los abusos de su padre? Hice casi lo mismo que había hecho su madre. ¿Y por qué digo <<casi>>? Porque basculaba entre lo que decía el psicoanálisis canónico y mis incipientes lecturas y posicionamientos feministas (p. 63).

Esta declaración pone de manifiesto que, de no ser por las lecturas y la postura feminista de la psicoanalista, muy probablemente el caso de Patricia se habría entendido como una típica escena de fantasía edípica de incesto y nada más.

Esta diferencia tiene que ver con lo que para Bochar (2018), fue una de las consecuencias de que Freud abandonara su teoría de la seducción, que le hizo pasar de la responsabilización en el deseo del adulto a la responsabilización del deseo de los hijos y las hijas, en tanto que ellos y ellas serían los seductores a partir de sus fantasías inconscientes. Así, la histeria (y la neurosis) se explicó como producto de los deseos sexuales reprimidos que iban dirigidos a los progenitores del sexo opuesto.

Así, “la teoría de la fantasía aniquiló la posibilidad de que este mal tuviera algo que ver con el hecho concreto del incesto” (Bochar, 2018, p. 45) o como también lo señaló Rutenberg (2019), “la fantasía de seducción existe, pero se origina sobre una realidad” (p.2).

Tomar en cuenta que los actos incestuosos sí ocurren y que, el postulado del Complejo de Edipo niega la seducción del padre y, además, que es un análisis que en su origen dejó fuera el contexto donde la mujer estaba supeditada al deseo masculino, habilita por lo regular una interpretación distinta de las y los analistas a mujeres que han sido abusadas sexualmente.

#### **5.4.2 Sobre la pasividad femenina**

Posteriormente en su texto, Carril (2023) expone otro caso clínico, el de Felicia, una mujer con dificultades para estudiar, para relacionarse con personas en su trabajo y problemas con su pareja, quien resultó ser un colega de Carril que además la había derivado con ella.

Felicia vivió en la casa de sus abuelos paternos desde los cuatro hasta los dieciocho años de edad, tras la separación de sus padres y el intento de su padre por resguardarla de la inestabilidad de su madre, quien constantemente era internada en psiquiátricos.

La relación de pareja entre Felicia y el colega, señala Carril (2023), era completamente asimétrica. Él era treinta años mayor que ella y tomaba todas las decisiones dentro de la relación, ella se encargaba de todas las labores domésticas y recibía algo de dinero para pagar sus cuotas de transporte y de la terapia.

Vivían juntos de manera secreta, él la ocultaba en su consultorio y por ello algunas veces ella salía a la calle mientras él trabajaba. “Todo sucedía en el filo del maltrato y la sumisión. Nuevamente” (Carril, 2023, p. 64). Y se agravaba para Felicia la percepción negativa sobre sí misma, en tanto se consideraba incapaz de entender los textos que debía revisar en su carrera universitaria.

Felicia relató sobre abusos de distintos tipos provenientes de su abuelo y del hermano menor de su padre. La psicoanalista expresó: “le creí, claro, pero antes de eso ya tenía -casi- la certeza de que había sido abusada” (p.64).

En cierta ocasión posterior, con vergüenza Felicia relata haber sido violada por su tío:

Yo tenía trece años...y él era bueno conmigo. Cuando yo volvía del liceo, tomábamos la merienda y veíamos dibujitos en su cuarto. Y así empezó... yo creo que me gustaba. No me negaba, además, porque él me amenazaba con contarle a toda la familia que yo lo había buscado [provocado] (Carril, 2023, p. 65)

Se señala que Felicia no refirió al abuso sexual como tal, pero su psicoanalista sí. Incluso expresa haberlo sospechado del abuso sexual antes que ella lo relatara, muy seguramente, debido a que en su interpretación ya estaba presente la comprensión de la configuración patriarcal en el escenario de este caso, lo explicó así:

No nos alcanzan, para comprender las ferocidades de los vínculos violentos, teorías que únicamente ponen el acento en lo intrapsíquico y que no nos habilitan a comprender el peso de la cultura patriarcal en los procesos de subjetivación de hombres y mujeres, así como sus prácticas y arreglos afectivos sexuales (Carril, 2023, p.67).

Es decir, la integración de la perspectiva de género en el caso de Felicia también puede apuntar a otras explicaciones más allá de un supuesto de pasividad femenina o incluso masoquismo femenino, dado que su psicoanalista interpretó su propia dificultad para la comprensión de textos como una dificultad para comprender su propio texto de historia personal y familiar.

Para Felicia, era indescifrable como podía sentir amor por los mismos familiares que la habían violentado, y una posible consecuencia era percibirse a sí misma como alguien incapaz para el desenvolvimiento intelectual, que estaría relacionado con la supuesta predisposición a la dificultad para el desenvolvimiento social e inmadurez intelectual, asociada a la concepción psicoanalítica de la meta sexual pasiva en las mujeres.

Estas dos interpretaciones típicas en el psicoanálisis, sobre el complejo edípico y sobre la pasividad femenina, pueden incidir en la concepción de que permanecer en vínculos violentos es una consecuencia inevitable, algo que puede repetirse dado que se trata de deseos inconscientes. Así, revictimizadas y con miedo ¿en qué posición quedan las mujeres que atraviesan violencia, después de recibir una interpretación como esa? A manera de respuesta, se puede recurrir a lo señalado por Lagarde (1990) sobre los cautiverios de las mujeres, particularmente al de *la locura*.

La característica básica de la mujer calificada como loca por los otros, es el miedo. Desde el poder, su miedo es visto como síntoma de locura [...] ya catalogada como loca, la mujer -que siempre ha estado tutelada-, queda bajo custodia y sujeta al poder absoluto, total (p. 774).

Así, el discurso de la mujer cuyo Edipo no ha resuelto y, por lo tanto, no alcanza el grado suficiente de madurez, así como el discurso de la mujer inherentemente pasiva, reflejan la necesidad de que sea una mujer bajo tutela, ya sea por la familia, el esposo.

### **5.4.3 El caso de una psicoanalista con perspectiva de género**

Con el argumento de que los sesgos androcéntricos en la teoría psicoanalítica permean en la práctica clínica, Bochar (2018) realizó dieciséis entrevistas a profundidad a psicoanalistas cuya formación se había llevado a cabo en instituciones de prestigio en Uruguay. Ocho mujeres, ocho hombres, en edades entre los cuarenta y los sesenta años, elegidos al azar a partir de listas proporcionadas por instituciones a las que estaban asociadas y asociados.

Su intención, más que respondieran teóricamente sobre la concepción de género, era de conocer cómo había sido la incidencia del género en su práctica.

De las dieciséis entrevistas, solamente en una la psicoanalista pudo observar una práctica orientada a la perspectiva de género, la psicoanalista Adriana. El relato de vida de Adriana contiene lo que para Bochar (2018) es un entrecruzamiento entre los deseos familiares, la expectativa social y las inscripciones institucionales, tal entrecruzamiento se registra en las entrevistas de la investigación, para enmarcar los sucesos que marcaron su subjetividad.

La historia familiar de Adriana, una mujer psicoanalista de 48 años de edad, comienza con el matrimonio arreglado de su abuela. El esposo que eligieron por ella era un hombre diez años mayor, médico de profesión. El arreglo fungió como un

intercambio de capital económico (ella era heredera de tierras y tenía mucho dinero) y capital intelectual (ya que eran pocos los que podían formarse como médicos).

No fue un matrimonio feliz el de sus abuelos, relató, incluso menciona el rumor de que la hija menor del matrimonio no era hija biológica del médico y, que al enterarse él, se suicidó. Como en esa época las mujeres no podían administrar sus bienes, le fue asignado un tutor, quien la estafó y esto conllevó una lucha jurídica. La abuela fue ingresada a un manicomio, de donde se escaparía más tarde y, más adelante su hija menor, “la hija del otro hombre” también correría el mismo destino, y ambas fueron llamadas *las locas* en la familia.

La abuela, en otro desacato al canon femenino de la época, se volvió a casar. Esta vez con un carnicero diez años menor que ella, de quien se separó al poco tiempo debido a las infidelidades de él. Las tres primeras hijas de la abuela estudiaron medicina, la cuarta hija, después de ser internada en el psiquiátrico, no estudió ni trabajó, permaneció junto a su madre el resto de su vida.

Cuando Bochar (2018) le preguntó a Adriana por qué pensaba que su abuela y su tía habían sido ingresadas en un psiquiátrico, ella lo comparó con la prisión preventiva, para domesticar el deseo de estas mujeres.

Relata también, que después de un altercado familiar, una de sus tías (hija del segundo matrimonio de su abuela materna) denunció haber sido abusada sexualmente por el padre de Adriana, y que, además, el segundo esposo de su abuela había abusado de sus hermanas. No queda muy claro qué sucedió en la familia después de aquel pronunciamiento de tal secreto familiar, pero lo que sí se expresa es cómo esto determinó nuevas formas de entender su propia historia y con ello, la de las mujeres que acompaña, lo expresó así:

Entonces todo esto lo vemos en la clínica y decimos, este chiquito ¿tiene que cargar con la cruz de este padre hasta el fin de sus días? No tenés derecho, sea el padre el re padre, el que le dio el apellido, el que lo lleva a la escuela, no, no, como el padre es un pilar importante en el psicoanálisis, cuando ves estas cosas te empezás a cuestionar una cantidad de conceptos dados que yo cuando los estudié, los aprendí, los apliqué y no me los cuestioné. Y ahora me los cuestiono (Adriana, en Bochar 2018, p. 40-41).

El cambio no solo ocurrió para su ejercicio como psicoanalista, también sucedió una resignificación de su propio análisis. Relata que su primer proceso de análisis fue del tipo “interpretaciones edípicas” y que le había dejado la sensación de que “algo no había sido escuchado”. El final de su psicoterapia psicoanalítica, coincidió con su culminación de estudios universitarios y a la vez, con su primer matrimonio.

Un año después, se embaraza de su primer hijo y la maternidad la refiere como una serie de complicaciones que la alejan de sus estudios, pero no del trabajo. Se separa por primera vez de su esposo cuando comenzaba a ejercer como psicóloga clínica y, al enfermar de trombosis, decide regresar con su marido. Se embaraza de nuevo, esta vez de dos niñas gemelas, quienes quedan al cuidado de la madre de Adriana cuando ella enferma nuevamente. Cuatro años después, retoma sus estudios en psicoanálisis.

Fue en este regreso, donde conoce la perspectiva de género, de referentes como Irene Meler, Emilce Dio Bleichmar y Mabel Burin. Esta inserción teórica, le permitió abordar conceptos canónicos del psicoanálisis que no había cuestionado antes, lo expresó así:

Nada ya será lo mismo, la historia, la antropología, el estudio de lo que sea. La perspectiva de género hizo visibles las relaciones de poder entre hombres y mujeres tanto para volver a pensar las subjetividades como para analizar la historia de los conceptos psicoanalíticos.

Con perspectiva de género ya no se puede seguir viendo el mundo de la misma forma; se ven cosas que antes no se veían, pero no porque no estuvieran allí, sino por carecer de instrumentos para mirarlo, analizarlo y considerarlo (Adriana en Bochar, 2018, p. 49).

Se resalta el entrecruzamiento ocurrido en la vida personal, académica y laboral de la psicoanalista Adriana, para subrayar que la categoría de género fue un punto de partida para resignificar su propia historia familiar, y con ello, repensarse a sí misma como hija, madre y pareja en un segundo análisis.

Pues como ella lo señaló, solo en un segundo análisis, que además tuvo lugar después de escuchar las historias de abuso sexual dentro de su familia, pudo interpretar fuera del complejo edípico y a la vez, resignificar las historias de las mujeres que habían sido consideradas como las locas de la familia.

De esta manera, se devela como integrar la categoría de género dentro del análisis implica no solo poner en cuestión concepciones canónicas de la teoría psicoanalítica, sino que también implica dirigir la mirada hacia la propia historia familiar de la o el analista, hacia su historia de vida. Estas implicaciones quizá sean la respuesta a la pregunta sobre por qué hay analistas que se resisten a integrar el género como categoría, no solo por la necesidad de ilustrarse en materia de género en el sentido estrictamente académico, sino porque compromete a romper el pacto patriarcal con la familia y con colegas, incluso afrontar la misoginia interiorizada en una o uno mismo.

## **VI. Resultados y discusión**

### **Resultados**

En el primer capítulo, se logró distinguir concepciones clave de la feminidad desde el psicoanálisis de Freud. Por ejemplo, la premisa de que la meta sexual en la mujer es una meta pasiva, dando pie a explicaciones posteriores a cerca del masoquismo como característica propia de lo femenino, atributo con el que se explicaba la también supuesta incapacidad de las mujeres para el control de sus emociones y con ello, la toma de decisiones.

Esta interpretación favoreció a la creencia de que las mujeres necesitaban la tutela de los padres y después de los maridos, pues se consideraba que su predisposición a las actividades consideradas pasivas (como las labores domésticas y de cuidados), las convertía en menos capaces en el desarrollo intelectual.

Durante esa primera etapa del surgimiento del psicoanálisis, Freud basó sus explicaciones sobre la subjetividad de las mujeres, en la interpretación de que, si la meta sexual femenina era fundamentalmente pasiva, está ligada a una búsqueda inconsciente de castigo. Se propuso en esa etapa también, que la niña desarrollaría envidia del pene, como un desprecio a la condición femenina y al rol de inferioridad que esto conllevaba.

Los destinos de la niña serían entonces el deseo inconsciente de tener un pene o el deseo inconsciente de dar un hijo al padre, pues a este hijo, le transferiría toda la ambición que ella tuvo que reprimir. Estos deseos que acompañarán a la niña durante toda su vida, implican que no hay una disolución completa del Edipo en la mujer, por lo que el resultado es una mujer inmadura y con déficit en el sentido de justicia, pues para Freud, el Edipo sepultado es lo que posibilita adherirse a una moral universal, como si sucedía en los hombres.

En el segundo capítulo, la revisión a los casos de *Estudios sobre la Histeria*, rescató las historias de abuso sexual que habían de trasfondo al diagnóstico de histeria, donde incluso era el padre el perpetrador de la violencia.

Resalta el hecho de que se explicó la causa de la neurosis como parte del horror al descubrimiento de la sexualidad, a razón del ánimo virginal de las mujeres jóvenes, pero lo que no había quedado claro era que en realidad se trataba de mujeres descubriendo, más bien, el abuso sexual.

Se encontró también, que la histeria no fue una condición considerada propiamente de las mujeres, al menos no fue así en un principio. La tesis de la masculinidad primaria y la envidia del pene fueron los supuestos que dieron lugar a la explicación de que las mujeres eran más proclives a la histeria, además, el antecedente histórico sobre el origen de esta condición asociada al útero y con ello, la idea de inferioridad corporal e intelectual desde la Grecia Antigua, apareció como dogma extendido en la literatura médica posterior.

Los casos de histeria masculina fueron nombrados distinto, se les llamó “neurosis de guerra” u hombres con una desviación de su virilidad, es decir, se buscó crear distancia entre la histeria y la masculinidad, dando pie a que la histeria fuera catalogada como la enfermedad femenina por excelencia.

Asimismo localizamos que, aunque algunos psicoanalistas utilizan la categoría de género, esta integración no precisamente refiere al género como ordenador social, sino que lo refiere meramente como un atributo. Esta diferencia tiene repercusiones cuando se trata de casos de mujeres que han padecido violencia, en tanto que se les puede percibir como provocadoras de ésta, por consecuencia de deseos inconscientes o por masoquismo femenino.

Tales concepciones perpetúan el discurso que revictimiza, pues responsabiliza a las mujeres de permanecer en vínculos violentos, restándole así responsabilidad a quien comete la violencia.

En el tercer capítulo se develó que cuando psicoanalistas han integrado la perspectiva de género, les ha implicado cuestionar concepciones canónicas del psicoanálisis como el complejo edípico y la pasividad como característica de lo femenino. Estos replanteamientos favorecen la escucha de que las pacientes enuncien violencias, relaciones desiguales, violencia sexual sin que se dé por hecho que se trate de una fantasía edípica o se le revictimice.

Implica también, a nivel personal, que el o la psicoanalista sea capaz de analizar el entrecruzamiento de su vida personal, familiar, laboral y académica con todo aquello que la perspectiva de género conlleva.

## **Discusión**

La afirmación de Freud sobre que la meta sexual de las mujeres es pasiva (1905, 1925, 1933), fue ligada a la concepción de que en las mujeres había dificultad o incapacidad para tomar decisiones y para desempeñarse en labores del espacio público, como el trabajo y el estudio. Esta noción parecía justificar la necesidad de que fueron los padres, esposos, parientes varones o médicos los que tutelaran a las mujeres, controlando las decisiones sobre sus bienes y sus vidas (Showalter, 2017), siendo esta una noción que en se repite aún en la actualidad en espacios dedicados al estudio del psicoanálisis, puesto que se reitera la infantilización de las mujeres (Rutenberg, 2019).

Lo que, para Freud, que fue un observador de la subjetividad de su época, significó una clara tendencia de las mujeres a encaminarse a actividades consideradas pasivas en el espacio privado (labores domésticas y de cuidados) posteriormente fue discutido por Meler (2007) quien señaló el carácter imaginario de esta elucidación freudiana. Planteó que, en cierto momento, la teoría de Freud se tornó biologicista y, al concebir a la vagina como un órgano de menor categoría que el

pene, puesto que implica una falta, en la niña se terminaría por desarrollar una envidia que le perduraría toda la vida.

Para Meler (2007) este planteamiento se explica contextualizando que surgió en una época donde las mujeres eran pasivizadas, refiriéndolas solamente a rubros del espacio privado, pero que no indicaba que la subjetividad femenina tendiera a la pasividad per sé. Una puntualización importante es la de Irigaray (2007) sobre la conceptualización de la vagina en función del pene y con ello, la puesta en duda de la “falta” en las mujeres.

Esta crítica, no fue solamente para el psicoanálisis sino para todos los campos del saber que tuvieran lo masculino como referente universal. Si se continua con el universal masculino en el psicoanálisis, estaríamos perpetuando el planteamiento de Freud (1925) quien consideró despreciar la condición femenina en la niña que, tras el reconocimiento de la diferencia anatómica, deberá alejarse de la masculinidad y comenzar la búsqueda de nuevos caminos para el desarrollo de su feminidad: el deseo de tener pene y el deseo de darle un hijo al padre (1924).

Estos deseos inconscientes, que además perdurarán toda la vida, de acuerdo con Errázuriz (2012) establecen que no hay posibilidad de que las mujeres alcancen autonomía como sujetos, pues la posición que ocupa en el ordenamiento simbólico sexo-género es de fijación al padre, al marido y después al hijo varón.

Otra supuesta repercusión en las mujeres, al tener una elaboración edípica distinta a la de los hombres, es el desarrollo de una ética relativa, con normas morales dependiendo del caso particular y no una moral universal como sucedería en un Edipo sepultado (Freud, 1923).

Esta noción desembocó en la percepción de que hay en las mujeres un déficit del sentido de justicia, sin embargo, Gilligan (1985) explicó que, si bien hay una diferencia entre los criterios morales de hombres y mujeres, esto no implica un déficit en ellas sino una “ética de cuidados” donde prevalece la defensa al más vulnerable en lugar de los intereses individuales.

Estas autoras, a través del cuestionamiento de nociones canónicas freudianas, desarticulaban estereotipos de lo femenino que repercutían en el ejercicio clínico. La concepción de la mujer masoquista, cuya pasividad era un rasgo intrínseco de su feminidad, la mujer maliciosa y provocadora, o carente de buen juicio sobre sí misma, fueron algunos de los arquetipos de mujer que impedían escuchar sus malestares causados por violencias, incesto y condiciones de vida desiguales.

Tales interpretaciones sobre el sufrimiento femenino, demuestran una lectura que individualiza y patologiza la experiencia de las mujeres que padecen violencia de género, pues las manifestaciones del trauma quedaban asociadas a un problema de personalidad, de debilidad del yo, Edipo no resuelto o a razón de rasgos histéricos.

La tradición de que la histeria estaba asociada a lo femenino, negando incluso la existencia de la histeria en varones, fue lo que Micale (1995) llamó la feminización “artificial” de la histeria, continuando así con el discurso dominante donde son ellas las del cuerpo enfermo o que ha de ser dirigido por otros, tutelado. No así con ellos, que lo que padecen solo es denominado como secuelas de guerra, o en su caso, la desviación de su masculinidad que los acerca entonces sí a lo femenino, a lo enfermo o que ha de ser corregido.

Como apuntó Rutenberg (2022), el psicoanálisis mantiene como pregunta característica de la histérica “¿quién soy?” y esto favorece a la tradición de que sean otros los que le definan y le expliquen un saber sobre sí misma que a ella le falta; así, se mantiene el tabú de las mujeres, que desautoriza e inferioriza sus ideas, convicciones y pensamientos (Rutenberg, 2019).

A ello se agrega lo propuesto por Lagarde (1990) sobre cómo los *cautiverios* de las mujeres, que son el entramado sociocultural que coloca a las mujeres en una posición de dependencia con los otros, tras la inferiorización de sus afectos y la escisión de su subjetividad, por lo que no se trata de un problema individual o una cuestión de déficit en la psíquica de una mujer, sino, de un problema estructural.

Cuando se toma a consideración lo anterior, la perspectiva de género se vuelve imprescindible, pues como refirió Bochar (2018) esta perspectiva hace visibles las relaciones de poder que siempre han existido, una vez que se integra a la práctica psicoanalítica no se puede interpretar la subjetividad de la misma manera.

La integración del género en la práctica del psicoanálisis, incide entonces en la dirección de la cura, al habilitar la posibilidad de descolocarse en las asignaciones por género (Bochar, 2016) que, en el caso de las mujeres, las coloca de lado de la pasividad y la naturalización de su tendencia a las labores de cuidado y estar para otros.

En aquellos casos en que las mujeres que han padecido violencia, la perspectiva de género también contribuye a “desposicionar” a las víctimas de ese lugar, y posibilitar una reconstrucción de su subjetividad que si bien, implica la reorganización de sus propios recursos yoicos, al analista le confiere la revisión de supuestos canónicos como lo es de la neutralidad (Carril, 2023).

Un psicoanálisis con perspectiva de género, es entonces un psicoanálisis que deja de considerar a las mujeres como un continente oscuro hasta para sí misma, donde delega a otros el saber sobre su persona (López, 2021) y así, que la dirección de la cura sea la disposición para la identificación de sus deseos sin el imperativo de adecuarse al deseo de otros/otras.

## **VII. Conclusiones**

A lo largo de esta investigación, se ha develado la existencia de un universal masculino como referente en el psicoanálisis y en todos los campos del saber. Tal referente explica que la concepción de lo femenino fue construida a partir de sesgos que naturalizaron relaciones de poder, pues justificaron relatos de desigualdad a razón de características intrínsecas a ser mujer o ser hombre.

Si bien, tras el análisis en este trabajo, se pudo señalar que el contexto histórico social del cual surgió el psicoanálisis fue determinante para las nociones canónicas en su teoría, hoy se reconoce la necesidad de integrar los hallazgos de ciencias sociales en torno a la teoría de género.

La perspectiva de género, lejos de sugerir que se considere al género como el atributo de una persona, propone que éste funciona como ordenador social. Que el conjunto de roles atribuidos, tienen repercusión en su concepción como individuo y en las demandas que se le exigen, en la conformación de su subjetividad.

Integrar el género, de este modo, implica interpretar los discursos de las analizantes fuera del complejo edípico, de la naturalización del masoquismo femenino y de la pasividad femenina. Cuando se interpreta así, se da lugar una escucha sensible frente a las historias de violencia, incesto y desigualdades, por lo tanto, implica tomar distancia de las explicaciones sobre la fantasía de seducción y del supuesto de neutralidad del analista.

A través de este recorrido teórico, se ha extraído la percepción de las mujeres que atraviesan violencia de género, catalogándolas como responsables de permanecer en vínculos violentos, de provocar la violencia o de buscarla por la satisfacción de supuestos deseos inconscientes. Pero al integrar la perspectiva de género, se contextualiza al fenómeno de la violencia como un problema estructural y no como algo propio de las características de personalidad en los individuos.

La noción sobre la supuesta elaboración edípica no resuelta en las mujeres, donde la deja fuera de la posibilidad de alcanzar autonomía como sujeto, sirvió para reforzar la tradición de que las mujeres debían ser tuteladas, a la devaluación de su racionalidad y a la percepción de que sus afectos son desbordados, irracionales o exagerados.

Una de las conclusiones más notables es que esta noción, que ha formado parte medular del corpus teórico del psicoanálisis, ha sido de carácter imaginario; pues se trató de un postulado producto de su época, donde las mujeres eran pasivizadas por el entorno y que la pasividad no era una característica inherente de la feminidad.

El reconocimiento del carácter imaginario de esta teorización ha sido posible con la contextualización histórica y la integración del género como categoría de análisis, por lo que resalta la necesidad de visitar la teoría psicoanalítica a la luz de los planteamientos de las ciencias sociales y humanidades.

El dispositivo analítico, por más neutral que se pretenda, no está exento de perpetuar violencias y opresiones, que, si bien el psicoanálisis no es una terapia adaptativa, resulta necesario revisar la dirección de la cura psicoanalítica asociada a las teorizaciones más clásicas que han naturalizado las relaciones desiguales entre hombres y mujeres.

Esta investigación ha reflejado como la incidencia de la perspectiva de género dentro de la teoría y la práctica del psicoanálisis, permite situar el sufrimiento psíquico en una red de significaciones más amplia, donde los procesos subjetivos comprenden una articulación de los discursos y las prácticas sociales, que a su vez organizan las relaciones entre los sexos.

De modo que las interpretaciones clínicas en un psicoanálisis con perspectiva de género, sobre todo en casos de mujeres que han padecido violencia de género, no individualiza experiencias que en realidad son producidas por las condiciones socioculturales.

Tal reconocimiento cobra relevancia en el contexto de un país donde ocurre la máxima expresión de violencia hacia las mujeres, el feminicidio, alrededor de diez veces al día, mientras que los señalamientos que les revictimizan continúan en el discurso dominante.

Con la observación de tales condiciones estructurales, se generan marcos de interpretación donde se favorezca a la significación del trauma por fuera de la culpabilización de las mujeres por la misma violencia de la que han sido víctimas. Así, la dirección de la cura se orienta hacia la singularidad del sujeto sin desatender las determinaciones sociales que le atraviesan.

Este trabajo surgió de la inquietud por reafirmar que, en el quehacer clínico, hay espacio para los relatos que descoloquen a las mujeres en el rol heteronormado. Dicha inquietud, vino de ser testigo como profesionales de la salud mental actualmente siguen replicando (discursivamente y en su práctica) que la dirección de la cura ha de ser apegarse al ordenamiento sexo-genérico y sus roles diferenciados para hombres y mujeres.

Entre los efectos que este trabajo ha tenido en mi persona, ha sido la confianza para decir en voz alta que el sistema patriarcal produce síntomas, malestares, que conforma subjetividades.

Finalmente, en vista de que el supuesto con el que se inició este trabajo se sostiene en el recorrido teórico realizado, queda manifiesta la necesidad de seguir problematizando las maneras en las que el género incide en la conformación de la subjetividad y el malestar psíquico, con una dirección a la cura libre de prejuicios y estereotipos, por lo que un efecto esperado en quien lea esta investigación, es continuar con el propósito de enriquecer la práctica clínica de un psicoanálisis a la altura de nuestra época.

## VIII. Referencias

- Abeijón, M. (2019). *El cuerpo histérico en las experiencias clínicas de la Salpêtrière: Un análisis performativo*. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 12, 206–222. <http://www.teocripsi.com/ojs/>
- Aguilar, R. (2024). Estudios sobre la histeria. Una lectura desde una epistemología feminista. En R. Aguilar & M. A. de la Garza (Coords.), *Las mujeres en la historia del psicoanálisis* (pp. 49-67). Ediciones Navarra.
- Aguilar, Y. (2009). Lineamientos para la psicoterapia de mujeres sobrevivientes a relaciones de pareja violentas: Una aplicación del psicoanálisis con perspectiva de género. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 14(32), 53-62. Recuperado en 20 de abril de 2023, de [http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1316-37012009000100006&lng=es&tlng=es](http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012009000100006&lng=es&tlng=es).
- Araque, N. (2010). *Karen Horney: Una doctora que revolucionó el mundo de la psiquiatría durante la primera mitad del siglo XX*. *Faísca*, 15(17), 111–135.
- Bassó, O. (2022). *Psicoanálisis, géneros y violencias; perspectiva, abordaje e implicación*. III Congreso Internacional de Victimología (Ensenada, 28 al 30 de octubre de 2021). <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/153258>
- BBC News Mundo. (2024, 19 de diciembre). *Quiénes son los 51 hombres condenados por violar a Gisèle Pelicot, la mujer francesa drogada por su esposo y abusada durante más de una década*. BBC. <https://www.bbc.com/mundo/articulos/cq8qy9kn0pno>
- Benjamin, J. (1988). *Lazos de amor: Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Paidós, 1996.
- Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina*. Paidós.
- Bochar, J. (2014). *La categoría de género en la práctica contemporánea del psicoanálisis. Caso Uruguay*. Tesis de grado doctoral. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Bochar, J. (2016). *El cruce entre psicoanálisis y género*. *Alternativas en Psicología*, 20(1), 20–33. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. <https://alternativas.me/el-cruce-entre-psicoanalisis-y-genero/>
- Bochar, J. (2018). *Género y psicoanálisis*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Bravo, E. (2024). Martha Bernays: Imprescindible. En R. Aguilar & M. A. de la Garza (Coords.), *Las mujeres en la historia del psicoanálisis* (pp. 35-46). Ediciones Navarra.

- Burin, M. (1987). *Estudios sobre la subjetividad femenina: Mujeres y salud mental*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis: Subjetividades femeninas vulnerables. En Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar (comps.) *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Paidós.
- Burin, M. y Dio Bleichmar, E., (comp.) (1996). *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Paidós.
- Burin, M., Moncarz, E. y Velázquez, S. (1990). *El malestar de las mujeres: la tranquilidad recetada*. Paidós.
- Burin, M., y Meler, I. (2000). *Varones: Género y subjetividad masculina*. Paidós.
- Butler, J., (1990). *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Routledge.
- Carril, E. (2023). Una clínica engenerada. Un psicoanálisis que empuje hacia adelante. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 136/137, Article 136/137. <https://doi.org/10.36496/n136-137.a3>
- Chauvelot, D. (2001). *Historia de la histeria: sexo y violencia en lo inconsciente*. Alianza.
- Chodorow, N., (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Gedisa.
- Cixous, H., & Clément, C. (1975). *La jeune née*. Union Générale d'Éditions.
- Clúa, I. (2007). El cuerpo como escenario: actrices e histéricas en el *fin-de-siècle*. *Dossiers Feministes*, 10, 157-172.
- Comisión Interna para la Igualdad de Género de la Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información, UNAM. (s. f.). *Androcentrismo*. Bibliotecas UNAM con perspectiva de género. [CInIG UNAM](#)
- Constantino, M. N. y Amiconi, A. M. (2015). *Feminismo psicoanalítico norteamericano: apuntes teóricos de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin*. En VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-015/21>
- De Beauvoir, S., (1976). *El segundo sexo*. Siglo XXI.
- Del Mar, M. (2024). *Coger y comer sin culpa*. U-Tópicas.
- Despentes, V. (2018). *Teoría King Kong*. Literatura Random House.
- Didi-Huberman, G. (2007). *La invención de la histeria: Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Cátedra.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina: De la niña a la mujer*. Paidós.

Dio Bleichmar, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria*. Adotraf.

Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública. (25 de septiembre de 2018). *Boletín de prensa núm. 425/18*.  
[https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSegPub/envipe2018\\_09.pdf](https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSegPub/envipe2018_09.pdf)

Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares. (22 de noviembre de 2018). *Estadísticas a propósito del día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer (25 de noviembre) / datos nacionales*.  
[https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2018/violencia2018\\_nal.pdf](https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2018/violencia2018_nal.pdf)

Errázuriz Vidal, P. (2012). *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Fernández, A. (1997). La diferencia como problema: Género y psicoanálisis. *Nómadas* (Col), (6).

Freud, S. (1897). *Carta 69*. En Fragmentos de la correspondencia con Fliess (Tomo I).

Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. En Obras completas (Tomos IV–V). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras completas (Tomo VII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1908). *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. En Obras completas (Tomo IX). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. En Obras completas (Tomo X). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1910). *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre*. En Obras completas (Tomo XI). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1913). *Tótem y tabú*. En Obras completas (Tomo XIII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1919). *Pegan a un niño*. En Obras completas (Tomo XVII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. En Obras completas (Tomo XVIII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En Obras completas (Vol. XIX). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1924). *El problema económico del masoquismo*. En Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. En Obras completas (Tomo XX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1931). *La sexualidad femenina*. En Obras completas (Tomo XXI). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933). *33.ª conferencia: La feminidad*. En Obras completas (Tomo XXII). Amorrortu Editores.
- Freud, S., y Breuer, J. (1895). *Estudios sobre la histeria*. En Obras completas (Tomo II). Amorrortu Editores.
- Fridman, I. (2020). *Violencia de Género y Psicoanálisis. Agonías impensables*. Lugar Editorial.
- Friedan, B. (1963). *La mística de la feminidad*. W. W. Norton & Company.
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría*. Fondo de cultura económica.
- Gutiérrez Coranti, I. (2026). *Complejo de Casandra: Origen del mito y características*. <https://psicocode.com/clinica/complejo-casandra/>
- Gutiérrez de Piñeres Botero, C., Coronel, E., & Pérez, C. A. (2009). Revisión teórica del concepto de victimización secundaria. *Liberabit. Revista Peruana de Psicología*, 15(1), 49–58. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=686/68611923006>
- Herman, J. (2004). *Trauma y recuperación: Cómo superar las consecuencias de la violencia* (Trad.). Espasa. (Obra original publicada en 1992).
- Hernández, E. (2006). La categoría de género y la investigación en comunicación: Caso específico, la historia de la prensa nacional. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 48(197), 163–175. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2006.197.42535>
- Hernández, R. (2019). Brujería e histeria: el síntoma como crítica. *Affectio Societatis*, 16(30), 185–207. <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v16n30a10>
- Heroínas. (2019, 28 de mayo). *Bertha Pappenheim: defensora y pionera de los derechos de la mujer y la infancia*. <https://www.heroinas.net/2019/05/bertha-pappenheim-defensora-y-pionera.html>
- Herrera, C. (5 de agosto de 2010). Los mitos del amor romántico. *Blog de Coral Herrera*. Fuente: Blogger.com [Los mitos del Amor Romántico - Coral Herrera Gómez Blog](#)

- Horney, K. (1970). *La negación de la vagina: Contribución al problema de las angustias genitales específicas de las mujeres*. En K. Horney, *Psicología femenina* (pp. 167–196). Psique. (Trabajo original publicado en 1933).
- Horney, K. (1981). *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Paidós.
- Horney, K. (1939). *El nuevo psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2016: Principales resultados*. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2016/doc/endireh2016\\_presentacion\\_ejecutiva.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2016/doc/endireh2016_presentacion_ejecutiva.pdf)
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2018). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2018: Principales resultados*. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2018/doc/envipe2018\\_presentacion\\_nacional.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2018/doc/envipe2018_presentacion_nacional.pdf)
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer* (R. Sánchez Cedillo, Trad.). Ediciones Akal. (Obra original publicada en 1974)
- Irigaray, L., (2009). *El sexo que no es uno*. Akal.
- Klein, M. (1990). *Estadios tempranos del conflicto edípico*. En Obras completas (Tomo I). Paidós.
- Kristeva, J. (1974). *El tema en cuestión: el lenguaje poético*. En Lévi-Strauss, C. (Ed.) *Seminario la identidad*. Ediciones Petrel.
- Kristeva, J. (1980). *Poderes del horror: Ensayo sobre la abyección*. Siglo XXI Editores.
- La Jornada. (23 de abril de 2020). Sube 80% llamadas por violencia de género durante confinamiento: RNR. La Jornada. <https://www.jornada.com.mx/ultimas/sociedad/2020/04/23/sube-80-llamadas-por-violencia-de-genero-durante-confinamiento-rnr-417.html>
- La Jornada. (23 de abril de 2022). Femicidios, al alza: ya suman más en 2022 que en todo 2021: Conavim. La Jornada. <https://www.jornada.com.mx/2022/04/23/politica/004n1pol>
- Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lamas, M., (2002). *Cuerpo diferencia sexual y género*. Taurus.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (2018). *Diccionario de psicoanálisis* (F. Gimeno Rubio, Trad.). Editorial Paidós. (Obra original publicada en 1967).
- Laqueur, T. W. (1994). *La construcción del sexo: Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud* (E. Barroso, Trad.). Cátedra. (Obra original publicada en 1990)

- Levinton, N. (2000). *El superyo femenino. La moral en las mujeres*. Biblioteca Nueva.
- López, L. (2021). El patriarcado inconsciente de Freud y la plasticidad de las mujeres. *Aperturas psicoanalíticas*, (66), 1-17  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7800340>
- Luna, M. (2022, 26 de septiembre). *Borrado patriarcal: La histórica anulación de las mujeres desde los clásicos*. Cimac Noticias.  
<https://cimacnoticias.com.mx/2022/09/26/borrado-patriarcal-la-historica-anulacion-de-las-mujeres-desde-los-clasicos/>
- MacCain, P. [@petermccain]. (29 de octubre 2024). "Agustine" is a dance piece that jouney through the eight stages of possession, evoking the 1870s photographs taken by Jean-Martin...[video y fotografía] Instagram  
[https://www.instagram.com/p/DBt6d2zxJmT/?utm\\_source=ig\\_web\\_button\\_share\\_sheet](https://www.instagram.com/p/DBt6d2zxJmT/?utm_source=ig_web_button_share_sheet)
- Martínez, A., & Cabezas, M. (2022). Violencia sistémica y género: Disidencias y resistencias. *Methaodos. Revista de Ciencias Sociales*, 10 (1), 1–152.  
<http://www.methaodos.org/revista-methaodos/index.php/methaodos/index>
- Meler, I. (1997). *Violencia entre los géneros. Cuestiones no pensadas o "impensables"*. Actualidad Psicológica.
- Meler, I. (2007). Psicoanálisis y género: deconstrucción crítica de la teoría psicoanalítica y nuevos enfoques teóricos. *Cuestiones de Género: de la igualdad y la diferencia*, (2), 13–48. <https://doi.org/10.18002/cg.v0i2.3873>
- Micale, M. S. (2008). *Hysterical men [Hombres histéricos]*. Harvard University Press.  
<https://www.jstor.org/stable/j.ctt13x0fj4>
- Mitchell, J. (1974). *Psicoanálisis y feminismo*. Anagrama.
- Moral, P. (1997). *El sexo como terapia: Las mujeres histéricas*. Gaceta Médica de México, 133(6), 45–52.
- Ons, S. (2009). *Violencia*. S. Paidós.
- Ons, S. (2016). *Amor, locura y violencia en el siglo XXI*. Paidós.
- Osborne, R. (2008). De la "violencia" (de género) a las "cifras de la violencia". *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, (15), 99–124.  
<https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/197107>
- Pagaza A., y Sánchez, J. (2006). La pareja perversa sádico-masoquista. Un caso clínico. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 8(2), 41-60.

- Pérez, M. (2000). Feminismo y psicoanálisis en Amorós, C. (Ed.), *Feminismo y Filosofía* (pp. 215-230). Editorial Síntesis.
- Pichot, M. (25 de marzo de 2014). El hijo sano del patriarcado. Télam. Recuperado de: <https://www.telam.com.ar/notas/201403/56570-el-hijo-sano-del-patriarcado.html>.
- Pinkola, C. (1992). *Mujeres que corren con los lobos*. Libros Ballantine.
- Preciado, B. (2004). *Género y performance*. <http://www.hartza.com/performance>
- Preciado, B., (2002). *Manifiesto contrasexual*. Anagrama.
- Regnard, P., & Bourneville, A.-L. (1880). *Iconographie photographique de la Salpêtrière: service de M. Charcot*. Progrès médical. [https://archive.org/details/b21912865\\_0001](https://archive.org/details/b21912865_0001)
- Reitter, J. N. (2018). *Edipo Gay. Heteronormatividad y psicoanálisis*. 2ed. Letra Viva
- Roudinesco, E., y Plon, M. (2007). *Diccionario de psicoanálisis* (J. Piatigorsky, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Rubin, G. (1986). *El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*. Nueva Antropología, VIII (30), 95-145.
- Rutenberg, S. (2019, 19 de septiembre). *Los dos tiempos del abuso sexual*. Polvo. <https://www.polvo.com.ar/2019/09/rutenberg-tiempos-abuso/>
- Rutenberg, S. (2022). *Hacia un feminismo freudiano*. La Docta Ignorancia.
- Salguero, M. [@msalguerb]. (29 de enero de 2020). Durante 2019 asesinaron a 3825 mujeres. Es un incremento del 6% con respecto a 2018. En México se asesinan entre 10 y 11 mujeres al día [Tweet]. Twitter. [https://twitter.com/msalguerb/status/1222615704735645696?ref\\_src=twsrc%5Etfw%7Ctwcamp%5Etweetembed%7Ctwterm%5E1222615704735645696%7Ctwgr%5E%7Ctwcon%5Es1 &ref\\_url=https%3A%2F%2Fverne.elpais.com%2Fverne%2F2020%2F02%2F18%2Fmexico%2F1582062096\\_338935.html](https://twitter.com/msalguerb/status/1222615704735645696?ref_src=twsrc%5Etfw%7Ctwcamp%5Etweetembed%7Ctwterm%5E1222615704735645696%7Ctwgr%5E%7Ctwcon%5Es1 &ref_url=https%3A%2F%2Fverne.elpais.com%2Fverne%2F2020%2F02%2F18%2Fmexico%2F1582062096_338935.html)
- Schopenhauer, A. (1851). *Sobre las mujeres*. En *Parerga y paralipómena* (Vol. II, pp. 627–637). Conectorium. <https://www.conectorium.com/content/files/2022/05/Arthur-Schopenhauer---Parerga-y-Paralipo-mena-II.pdf>
- Showalter, E. (2017). *El mal de las mujeres: Locura y feminidad en la cultura inglesa (1830–1980)* (H. Vivancos Peñas, Trad.; P. Mascarell, Pról.). Barlin Libros.
- Solnit, R. (2016). *Los hombres me explican cosas*. Capitán Swing.

- Stoller, R. J. (1968). *Sex and gender: On the development of masculinity and femininity*. Science House.
- Tajer, D. (2000). Subjetividades sexuadas contemporáneas: La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión. En I. Meler & D. Tajer (Comps.), *Psicoanálisis y género: Debates en el foro* (pp. 137–155). Lugar Editorial.
- Tena Valades, L. (2024, 12 de marzo). *La mujer, el continente negro del psicoanálisis*. Sociedad Freudiana de la Ciudad de México. <https://sfreudiana.mx/la-mujer-el-continente-negro-del-psicoanalisis/>
- Trujano, P. (1992). *Violación y atribución de culpa* (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Barcelona.
- Weissberg, K. (2024). El caso Dora. En R. Aguilar & M. A. de la Garza (Coords.), *Las mujeres en la historia del psicoanálisis* (pp. 69-87). Ediciones Nav

